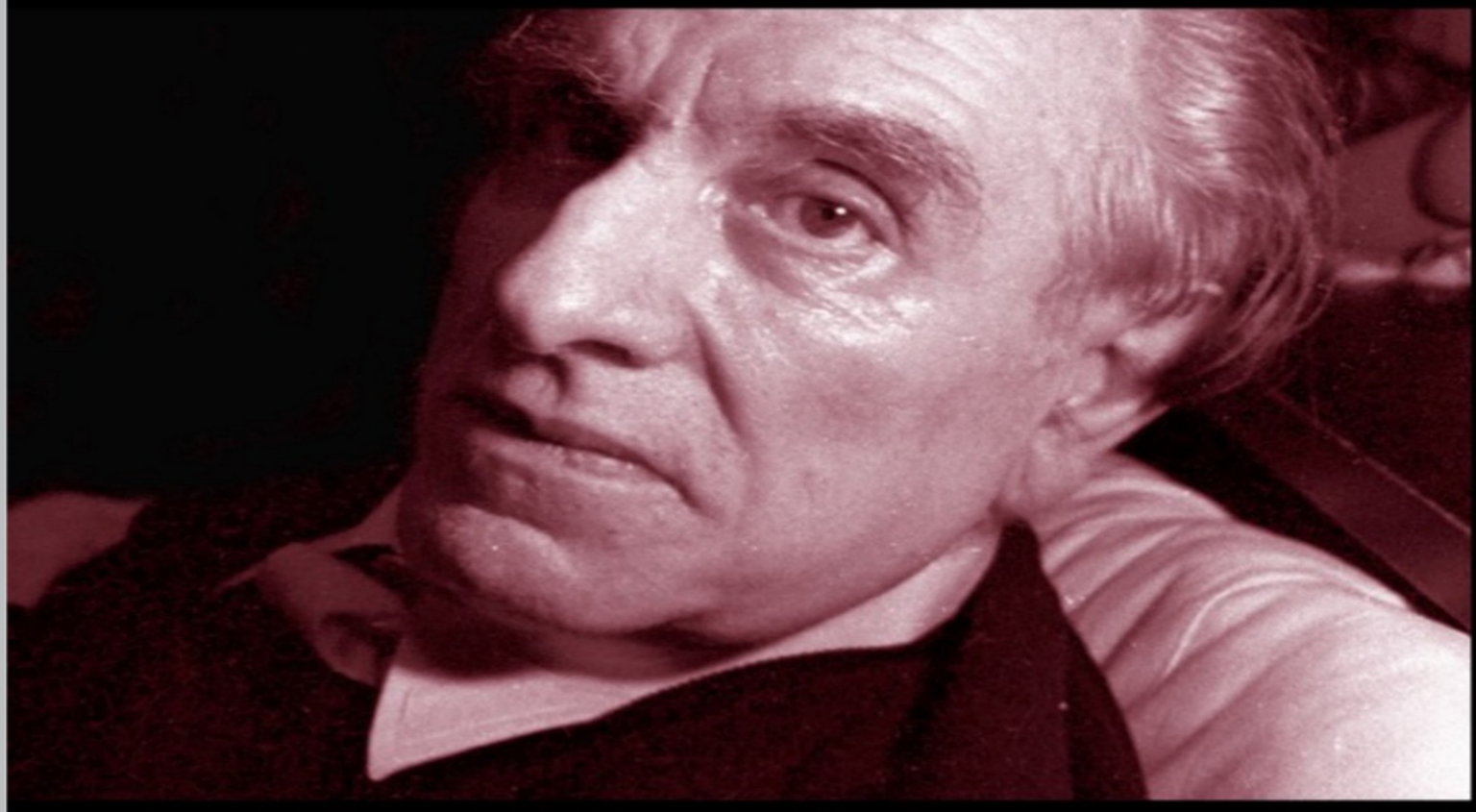
EL PEQUEÑO LIBRO NEGRO



CITAS DE JULIUS EVOLA

El pequeño Libro Negro
Citas de Julius Evola

60º Aniversario de Cabalgar el Tigre

En 2021 se cumple el 60º aniversario de la publicación de Cavalcare la Tigre, una obra que todavía hoy tiene resonancias y cuyo campo de aplicación excede a los movimientos que aún hoy se reclaman "fascistas". Su autor, Julius Evola, nunca fue "fascista", es más, realizó una crítica al fascismo (Il fascismo visto dalla Destra), a pesar de que conoció personalmente a Mussolini (también se encontraba presente en el Cuartel General de Hitler -ver foto- cuando el Duce llegó tras ser liberado por los comandos especiales de Otto Skorzeny), sin embargo, tiene perfecto derecho a figurar en esta revista por dos motivos: colaboró con la República Social Italiana, cuando todo estaba perdido y era imposible hacerse ilusiones sobre el final de la guerra; y, en la postguerra, se convirtió en la referencia para varias generaciones de neo-fascistas.

Hemos traducido esta obra de la primera edición italiana (*Citazioni*, Ed. Volpe, Roma), publicada a principios de los años 70. Es un pequeño volumen que nos ha acompañado allí a donde la vida nos ha llevado. Hoy, las portadas, las primeras páginas y los índices se han perdido y el volumen, deshilachado y maltrecho por el tiempo, sigue ocupando un lugar destacado en nuestra biblioteca y en nuestro corazón. La falta de tiempo, nos había impedido traducirlo antes. Lo hemos acompañado de una Prefacio publicado por Gianfranco de Turris, presidente de la Fundación Julius Evola, escrito para una de las ediciones francesas de esta obra.

Lo que el lector va a encontrar en las páginas que siguen no es, exactamente, nada que tenga que ver con la "historia del fascismo", pero sí con una parte de las ideas que el fascismo encarnó en la primera mitad del siglo XX. Evola nos enseñó que las ideas fascistas solamente tenían valor en la medida en que representaban, para el hombre del siglo XX, ideas y valores de "siempre", presentes en nuestra gran Tradición occidental. Por eso lo hemos incluido en esta colección.

Leer a Evola no es fácil, traducirlo todavía resulta más complicado. De hecho, si el impacto del pensamiento evoliano en el área hispana ha sido menor se ha debido a la mala calidad de buena parte de las traducciones. Evola utilizaba una forma muy particular de construcción de las frases que precisa una adaptación continua para su comprensión fuera de la lengua de Dante. Y esa adaptación no es siempre fácil de realizar. Hemos colocado entre corchetes traducciones de frases, habitualmente en latín y adaptado lo más posible el texto, respetando su espíritu.

Es posible que algunas frases contenidas en esta selección puedan parecer "oscuras" a los lectores que poco familiarizados con la obra de Evola. Este volumen es una incitación a la lectura de este autor y, tan solo es una introducción general a las temáticas que trató. No es, en absoluto una exposición completa y sistemática de su obra.
De Turris en el prefacio explica que esta obra se elaboró para que los militantes neofascistas dispusieran de un "manual" equivalente al "Pequeño Libro Rojo" de Mao Tse Tung. Es significativo que China sea la futura potencia hegemónica y que su lema sea "Un país, dos sistemas", aludiendo al capitalismo y al socialismo. Quien haya leído el *Revuelta contra el Mundo Moderno,* la obra cumbre de Evola, recordará que, en su último capítulo, el autor ya afirmaba la colusión entre ambos sistemas. La China actual, heredera de la China construida por Mao terminó reconociendo, en la práctica, su identidad de objetivos con el mundo capitalista. Ahí están los hechos que lo demuestran cada día. También en esto, Evola tuvo razón.

"Teniendo como ideal al héroe antes que al santo y al vencedor antes que al

mártir; cuyos valores se resumían en la fidelidad y el honor, más que en la caridad y el amor; viendo en la cobardía y en la vergüenza males peores que el “pecado”; poco inclinado a no resistir al mal y a devolver bien por mal, sino, más bien, habituado a castigar la injusticia y devolver mal por mal; excluyendo de sus filas aquellos que mantuvieran el principio cristiano de "No matarás", teniendo por principio no amar al enemigo sino combatirlo y no demostrar magnanimidad con él sino tras haberlo vencido; en todo esto, la Caballería medieval afirma, casi sin alteración, una ética heroico-pagana y aria en el seno de un mundo que tenía de católico solo el nombre”.

Julius Evola

PREFACIO

El fin del milenio marca una fecha simbólica para el cristianismo, a pesar de que no convenga olvidar que no tiene un significado particular para hindúes, musulmanes, judíos y budistas. Y, sin embargo, la crisis general que está ocurriendo a principios del siglo XXI y que preocupa a la sociedad globalizada es visible a simple vista. Poco importa si esta crisis coincide o no con el inicio del tercer milenio: lo importante es darse cuenta de su existencia y de los efectos negativos que produce en nuestros países.

El problema que se plantea entonces a todo individuo consciente de sí mismo y del mundo que le rodea, consiste en saber cómo afrontar esta crisis, dada la poca influencia que tiene, ante la globalización, en los acontecimientos políticos, sociales, económicos, que a menudo son dirigidos

desde el exterior por poderes “fuertes”, de los que, en ocasiones, se ha dicho que son “ocultos” pero que hoy actúan a plena luz, y esto a pesar de que los individuos puedan expresar dentro de los límites permitidos por las democracias modernas (elecciones, referendos, medios de comunicación) opiniones muy diferentes, y que, inevitablemente, jamás se tienen en cuenta.

La existencia de una crisis es reconocida unánimemente por sociólogos y psicólogos, filósofos, economistas y científicos. Solamente la clase política tienen interés en ocultar lo que, en realidad, deberían poder controlar. Pero, las recetas para superar esta crisis no son unánimes. Con demasiada frecuencia se recurre a un pensamiento “blando” que admite la crisis, reconoce que no puede prevenirla y se deja llevar por la corriente sin intentar en modo alguno trastornarla: sólo busca comprender y adaptarse. Su expresión común es la political correctness (“corrección política”), aspecto moderno de hipocresía alimentada por la demagogia más extrema. Cerrar los ojos a la fealdad de la sociedad tratando de eliminarla del discurso; disfrazar hechos, acontecimientos y hombres, encontrando nuevas definiciones para ellos, a menudo ridículos y grotescos; eliminar del lenguaje hablado e incluso de los diccionarios los términos considerados inapropiados por diferentes lobbies (intelectuales, religiosos, políticos, étnicos). Así es como procede.

El pensamiento tradicional sigue siendo una brújula posible en el caos contemporáneo, aquel que había anunciado en su momento lo que iba a suceder y que había propuesto alternativas y remedios. Como sabemos, René Guénon y Julius Evola encarnaron dos caminos, el de la contemplación y el de la acción, brahaman y kshatryia. Según Evola, el camino de la acción (desinteresado y espiritual) debe aconsejarse por dos motivos: primero, porque encaja mejor con la forma de ser occidental; y, en segundo lugar, debido a que, tener que vivir en el kali-yuga, la edad última anunciada por muchas tradiciones no sólo orientales sino también occidentales, la única filosofía que se puede prescribir es la de los Tantra, eso que también se llama Vía de la mano izquierda.

Julius Evola (1898 1974) es un pensador complejo y polifacético, en el sentido de que, durante medio siglo de intensa actividad intelectual, se interesó, a nivel teórico y práctico, en múltiples cuestiones, orientaciones del espíritu y actividades: fue pintor y filósofo, poeta y hermetista, morfólogo de la historia y politólogo, crítico de costumbres y sexólogo, orientalista y mitólogo, especialista en religiones y en la Tradición. Pero también fue un valioso alpinista y profesor universitario. Esto debería permitir a los interesados elegir un aspecto particular de su pensamiento: a menudo, sin embargo, los múltiples temas están entrelazados y pueden producir cierta confusión. Por tanto, se ha hecho necesario, como guía de las ideas evolutivas, establecer una especie de síntesis que permita, por un lado, tener una visión general del pensamiento de uno y, por otro, hacer una elección. Esto, especialmente para los

lectores más jóvenes.

En 1971, en pleno auge de los movimientos de protesta, formulé una idea de este tipo, con el fin de orientar a las generaciones atrapadas en este tumulto que, treinta años después, daría origen a nuestra sociedad. Entonces recurrí a un especialista, Giovanni Conti, que había desarrollado para su uso personal una selección de pensamientos evolutivos. Fue así como Giovanni Volpe, hijo del célebre historiador Gioacchino Volpe, editó un pequeño volumen de extractos extraídos de las obras (libros, ensayos, artículos y entrevistas) de Evola y que se tituló Citazioni era una referencia claramente provocativa a las citas de las obras de Mao que, en ese momento, circulaban entre los jóvenes en rebelión bajo el nombre habitual de Pequeño Libro Rojo. A pesar de la desigual distribución, las ideas de Evola se oponían metódicamente a las que entonces simbolizaban la subversión. Independientemente de lo que sucedió en ese momento, podemos decir que, si en la actualidad los pensamientos del líder chino ya no interesan a nadie, las ideas de Evola siguen teniendo cada vez más eco y difusión, no solo en Italia sino también en Francia y en otros lugares. (Evola se ha traducido en Estados Unidos, Rumanía, Hungría y Turquía).

La edición francesa que aquí presentamos está inspirada en la elección de citas que se había realizado en 1972 y sale en paralelo con la nueva edición italiana denominada L'Evola portatif. Las dos ediciones están dirigidas tanto a los nuevos lectores de Evola como a los más consumados, buscando ofrecerles una síntesis aceptable del pensamiento evoliano para guiarlos en su elección.

Julius Evola siempre luchó por una revolución interior, una revolución espiritual, buscando reconciliar el concepto metafísico de Tradición con el concepto ideológico de derecha, e incluso de derecha espiritual, tal como él mismo describió con frecuencia. Evola quedó paralizado tras un bombardeo en Viena en 1945. Luego fue acusado, durante un juicio en Roma en 1951, de haber sido mentor de un grupo de jóvenes detenidos por "reconstituir el partido fascista" y por la comisión de actos violentos. Durante su defensa, reclamó su pertenencia a la Tradición, su adhesión al fascismo en la medida en que pudiera coincidir con la Tradición, y su lucha por una revolución espiritual más que por una revolución hecha de actos o acciones violentas.

Por eso es importante el pensamiento de Julius Evola: por un lado, su Revuelta contra el mundo moderno es total y nos da las causas de la crisis en Occidente; por el otro, proporciona contramedidas individuales: salir ileso, espiritualmente ileso, de la crisis general; afrontar y vencer el mal que sucumbe a Europa, el nihilismo; para no caer en esta perversión de lo sagrado operada por el neo espiritualismo que, hoy, ha tomado el nombre de New Age; para no estar condicionados por los hechos y las ideas de la dictadura centrada en Estados Unidos, del humanismo progresivo, de la globalización de los

mercados, de la estandarización de los gustos y de la moda, en resumen de esta “sociedad de lloriqueos”, tal como la describió el crítico inglés Richard Hugues, y cuyo verdadero rostro es un pensamiento monolítico que elimina a los contradictorios y restablece en ciertos países europeos el crimen de opinión para silenciar a toda costa a los que se niegan a conformarse. Después de la caída de las dictaduras comunistas en Oriente, parece que el Occidente liberal y democrático encontró necesario adoptar algunos de sus métodos para consolidar a los regímenes democráticos existentes.

Tal panorama es suficiente para definir el “buen combate”, tal como debe practicarse, es decir, independientemente de sus resultados efectivos. Además, existe un aspecto positivo y reafirmante: Evola no está dirigida a quienes se refugian en una torre de marfil, sino a quienes, incluso a nivel personal, les gusta dar un testimonio, un testimonio de coherencia. Las actitudes extrovertidas no son necesarias: simplemente es necesario, como a menudo escribió Evola, hacer lo que debe ser hecho, según la antigua máxima sánscrita; hacerlo de acuerdo con la propia ecuación personal que, por supuesto, no es la misma para todos. Precisamente pensando en la diversidad de sus lectores, el filósofo tradicionalista escribió sus obras. Lo señaló explícitamente en diferentes ocasiones:

— para quienes quieran seguir la “Vía Occidental”, está La Tradición Hermética y El Misterio del Grial;

— para aquellos que quieran seguir la “Vía Oriental”, están a su disposición La Doctrina del Despertar y El Yoga de la Potencia;

— para aquellos que quieran seguir un camino existencial e interior, Cabalgar el Tigre;

— para los que quieran seguir un camino político y de acción exterior, Los hombres y las ruinas.

No puede haber ambigüedad en las palabras de Evola. Incluso en la síntesis que constituye este breviario, no hay ninguna. Asimismo, esperamos que esta obra pueda constituir una guía ágil y eficaz a lo largo de las vías distintas del pensamiento evoliano. Un breviario para sustraerse a los meandros del caos y para escapar del laberinto del mundo moderno.

GIANFRANCO DE TURRIS

Presidente de la Fundación Julius Evola

Julius Evola

C I T A S

recopiladas por Giovanni Conti

“Un ‘hombre diferenciado’ es aquel cuya personalidad,
está en condiciones de superar con una actitud activa,
o incluso pasiva, todo lo que en él es
instintividad, pasión, impulso, afectividad, ‘naturaleza’ ”

I

LA TRADICION

En toda su obra, Julius Evola siempre ha presentado a la Tradición como única en su esencia, aun admitiendo las distintas formas de expresión y realización con que se manifiesta en el curso de la historia: la Tradición, de hecho, no se identifica con ningún contenido, sino que se reencarna siempre en nuevas formas históricas, en las que la fidelidad a la Tradición debe identificarse, sobre todo, con la fidelidad a los «principios». Una tradición es válida, pues, no por lo que puede tener de limitado y particular, sino por lo que en ella se refiere a un contenido metafísico (o «esotérico»),

reconocible también, en formas diversas, en otras tradiciones.

La referencia a la Tradición es una constante en el pensamiento de Evola. Esta tradición, en el sentido que acabamos de recordar, se funda sobre los símbolos de la acción más que sobre los de puro conocimiento o contemplación. Tal es la Tradición cuya *forma mentis* [forma/idea de la mente] resulta predominante en Occidente, y que más eficaz y profundamente podría actuar hoy en dirección a una restauración de los valores tradicionales. Quien reconoce tales valores y vive para afirmarlos, puede llamarse, en nuestro tiempo, «hombre de la Tradición».

Los fragmentos referidos en el presente capítulo han sido tratados en obras que de forma particular han tratado esta temática: *La Tradizione Ermetica, Rivolta contro il mondo moderno, Gli Uomini e le rovine, L'Arco e la clava,* como también en varios artículos y ensayos del Autor publicados en varios periódicos.

"Solo el retorno al espíritu tradicional podría salvar a Occidente en una nueva conciencia ecuménica europea".

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

Más allá del *pluralismo* de civilizaciones debe reconocerse –sobre todo si nos limitamos a tiempos hasta los cuales la mirada puede distinguir con cierta seguridad las estructuras esenciales– un *dualismo* de civilizaciones. Se trata de la civilización moderna de un lado y, de otro, del conjunto de todas las civilizaciones que la han precedido (para Occidente, hasta finales de la Edad Media). A partir de aquí, la fractura es completa. Más allá de las variedades múltiples en sus formas, la civilización premoderna o, como puede llamarse, *tradicional,* supone algo completamente diferente. Se trata de dos mundos, de los cuales uno se ha diferenciado hasta no tener ya casi ningún punto espiritual de contacto con el precedente. Con lo que, también las vías para una efectiva comprensión de este último están vedadas para la gran mayoría de los modernos.

La Tradizione Ermetica (1931)

Cuando oponemos el mundo moderno al mundo tradicional, esta oposición es simultáneamente ideal. El carácter de temporalidad y de «historicidad» es inherente, en realidad, sólo a uno de los dos términos de tal oposición, mientras que el otro, el referido al conjunto de las civilizaciones de tipo tradicional, se caracteriza por la sensación de que está más allá del tiempo. Un contacto con la realidad metafísica, confiere a la experiencia del tiempo una forma diversa, «mitológica», casi de ritmo y de espacio más que de tiempo cronológico, por utilizar la expresión de Max Schelling. Una de las características del mundo moderno es el haber perdido este contraste, verse disuelto en el espejismo de un puro fluir, de un huir, de una marcha que empuja cada vez más allá la propia meta, de un proceso que no puede y no quiere detenerse en lugar alguno y que, en todo y por todo, se consuma en términos de «historia». Tal es el límite que separa dos épocas, no solo, y no tanto, en sentido histórico, como, sobre todo, en sentido ideal, orgánico y metafísico. Por tanto, el hecho de que, respecto al momento actual, las civilizaciones de tipo tradicional se encuentren en el pasado, es meramente accidental: mundo moderno y mundo tradicional pueden ser considerados siempre como dos tipos universales, como dos categorías apriorísticas de civilización.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

¿Qué se trata de «conservar»? ¿a qué orígenes debería volverse? A parte de la experiencia fascista, a diferencia de la de otras naciones europeas, la historia italiana ofrece bien poco, como realidad concreta, a menos que tomemos como punto de referencia la romanidad. Pero no existen más allá del tiempo nexos ideales y electivos, que sean concretos y tradicionales, con la romanidad: esto implica el riesgo de desembocar en una retórica inoperante. El «conservar» no puede estar orientado a la defensa de una realidad subsistente y amenazada, sino que debe serlo hacia ideas y principios normativos. Este es el único plano concebible para un «retorno» y para un fundamento positivo, para la legitimación y el carisma de una voluntad revolucionaria.

L'Italiano (diciembre 1963–enero 1964)

En su significado verdadero y vivo, tradición no es una forma supina de conformismo a todo lo que ha sido, o una inerte persistencia del pasado en el presente. La Tradición es, en su esencia, algo meta–histórico y, al mismo

tiempo, dinámico: es una fuerza general ordenadora en función de principios que poseen el carisma de una legitimidad superior –si se prefiere, podría decirse también: de principios de lo alto–, fuerza que actúa a lo largo de generaciones, en una continuidad de espíritu y de inspiración, a través de instituciones, leyes, ordenamientos que susceptibles de presentar una notable variedad y diversidad.

Gli uomini e le rovine (1954)

Hablando de tradición nos referimos a algo más amplio, austero y universal, diferente al simple catolicismo, de forma que, sólo integrándose en él, el catolicismo puede reivindicar un carácter de verdadera tradicionalidad. Debe, pues, quedar claro que «ser tradicionales» y «ser católicos» no son necesariamente lo mismo. No sólo eso: aunque parezca paradójico para algunos, quien es tradicional siendo solamente católico, en el sentido corriente y ortodoxo, no es tradicional más que a medias. Repitámoslo: el verdadero espíritu tradicional es una categoría bastante más amplia que el catolicismo.

Gli uomini e le rovine (1954)

Para el verdadero conservador–revolucionario se trata de mantener una fidelidad, no a formas e instituciones de tiempos pasados, sino a *principios* que pueden ser expresiones particulares adecuadas para ciertos períodos y en un área determinada. Dado que, en tanto que estas expresiones particulares, pueden juzgarse en sí mismas como caducas y mutables al conectar con situaciones históricas a menudo irrepetibles, los correspondientes principios tienen un valor que no afecta a las mencionadas contingencias, sino que siempre evidencian una perenne actualidad. Al igual que pueden siempre pueden nacer formas nuevas de una semilla, homólogas respecto a las antiguas, a pesar de la eventual sustitución –en ocasiones de manera «revolucionaria»– de las primeras, se mantendrá siempre la continuidad entre los cambiantes factores históricos y sociales, económicos y culturales. Para garantizar tal continuidad, es preciso mantenerse firmes a los principios, abandonar todo lo que deba ser abandonado, en lugar de adoptar posiciones rígidas o fracasar, casi por pánico, buscando confusamente ideas nuevas cuando se verifican crisis y los tiempos cambian; tal es la esencia del verdadero conservadurismo. En tal aspecto, espíritu conservador y espíritu tradicional, forman una sola y misma cosa.

Gli uomini e le rovine (1954)

En la búsqueda de puntos de referencia, una forma histórica dada puede ser considerada exclusivamente como ejemplo, más o menos, fiel a la aplicación de los principios tradicionales. Esto constituye un procedimiento completamente legítimo, parangonable a lo que en matemática es el tránsito de la diferencial a la integral. En tal caso, no puede hablarse ni de anacronismo ni de «regresión»; no se ha fetichizado nada, no se ha absolutizado nada que en esencia no fuera ya absoluto, porque así son los principios. De lo contrario, se actuaría como quien acusase de anacronismo a los que defienden ciertas virtudes particulares del alma por el hecho de reivindicar a alguna figura particular del pasado en el cual aquella virtud se ha manifestado de manera notoria. Como dice el mismo Hegel, «se trata de reconocer, en la apariencia de lo temporal y de lo transitorio, la sustancia, que es *inmanente*, que es lo eterno, que es lo *actual*».

Gli uomini e le rovine (IIª Ed., 1967)

El axioma de la mentalidad revolucionaria–conservadora o revolucionaria–reaccionaria es que, para los valores supremos, para los principios básicos de una ordenación sana y normal –y como tales, para entenderse, podemos indicar los del verdadero Estado, del *Imperium* y de la *Auctoritas*, de la jerarquía, de la justicia, de las clases funcionales y de las categorías de valores, del orden político en su preeminencia respecto al orden social y económico y así sucesivamente–, no existe mutación, ni devenir. En su dominio no existe «historia» y pensar en términos de historia es absurdo. Tales valores y principios tienen un carácter esencialmente *normativo*. En el orden colectivo y político revisten la misma dignidad, mientras que, en la vida individual, son los valores y los principios de una moral absoluta: principios imperativos que requieren un directo e intrínseco reconocimiento (y la capacidad para distinguir tal reconocimiento diferencia existencialmente para una categoría dada de ser de otras) y que no se ven perjudicados por el hecho de que, en ambos casos, el individuo, por debilidad, o siendo impedido por fuerzas mayores, no sepa realizarlos o sea capaz solamente realizarlos en parte, o bien estén presente en un momento y no en el otro de su existencia: porque mientras que no renuncie a ellos interiormente, incluso en la abyección y en la desesperación, el reconocimiento será el mismo. Igual naturaleza tienen las ideas que G.B. Vico llamaría «las leyes naturales de una

república eterna que varía en el tiempo y en distintos lugares».
Gli uomini e le rovine (IIª Ed.: 1967)

De hecho, en una nación no siempre existe una continuidad tradicional lo suficientemente viva como para que sea posible hacer referencia a determinadas instituciones. A pesar de que algunas estructuras pudieran subsistir, o estuvieran lo suficientemente próximas en el tiempo, no siempre son válidas como referencia a las ideas correspondientes a la Tradición. Puede, sin embargo, suceder que, interrumpiéndose la continuidad, se imponga el procedimiento mencionado anteriormente, y podamos referirnos a otras épocas, para extraer ideas válidas en sí mismas. Este es, particularmente, el caso de Italia (...). Porque, tal como se ha dicho, Italia adolece de la falta de un verdadero pasado «tradicional» y, en actualidad, hay quien, al tratar de organizarse contra las posiciones más avanzadas de la subversión mundial, hace referencia a principios e instituciones del período fascista, con el fin de tener una base concreta e histórica. Ahora bien, debería quedar claramente establecido el siguiente principio: si las ideas «fascistas» debieran ser aún defendidas, deberían serlo, no en tanto que «fascistas», sino en la medida en que, para un tiempo dado, han representado una forma particular de aparecer y afirmarse de ideas anteriores y superiores al fascismo, ideas que tienen el carácter de «constantes», presentes como partes integrantes de toda una gran tradición política europea.
Gli uomini e le rovine (II Ed., 1967)

Gustosamente se habla de «tradición europea» y de «cultura europea». Algunos se contentan con estas simples palabras. En cuando a «tradición», ya desde hace tiempo, Europa –y Occidente– ignora su sentido más alto. Se podría decir que la «tradición» en sentido integral, se distingue del simple «tradicionalismo», siendo una categoría perteneciente a un modo casi desaparecido, a una época en la que esta única fuerza formadora se manifestaba, tanto en las costumbres como en la fe, en el derecho como en las formas políticas y en la cultura, en suma, en cada dominio de la existencia.
Gli uomini e le rovine (IIª Ed., 1967)

Es necesario examinar hasta el fondo las propias ambiciones

«revolucionarias», para darse cuenta de que, si aceptásemos devolver esas ambiciones a sus límites legítimos, nos limitaríamos a formar parte de los equipos de demolición. Sólo quien se mantiene verdaderamente en pie puede decirse que se encuentra en un nivel más alto. La consigna para un hombre así será *Tradición*, entendida en su aspecto dinámico... Será el estilo de quien, cuando las circunstancias cambien, en el momento en que las crisis se precipiten, donde actúen nuevos factores y los precedentes diques peligren, conserve su sangre fría, su disposición para abandonar lo que debe ser abandonado, *para evitar que lo esencial quede comprometido*, que sepa avanzar estudiando impasiblemente formas adaptadas a las nuevas circunstancias y con ellas imponerse, hasta el punto de que una continuidad inmaterial sea restablecida o mantenida y cada actuación, privada de bases o querida por el propio deseo de aventura, sean evitados. Esta es la tarea, este es el estilo de los verdaderos dominadores de la historia, muy distintos y mucho más viriles que el simple «revolucionario».

Gli uomini e le rovine (IIª Ed., 1967)

La oposición entre la civilización moderna y la civilización tradicional puede expresarse de esta manera: *las civilizaciones modernas están divorciadas del espacio, mientras que las civilizaciones tradicionales estuvieron divorciadas del tiempo*. Las primeras –las civilizaciones modernas– son vertiginosas por su fiebre de movimiento y de conquista espacial, generan un arsenal inagotable de medios mecánicos aptos para reducir cualquier distancia, para abreviar todo intervalo, para contraer en una sensación de ubicuidad todo lo que ha aparecido en multitud de lugares... Por el contrario, las civilizaciones tradicionales fueron vertiginosas en su estabilidad, en su identidad, en su subsistir indestructible e inmutable en medio de las corrientes del tiempo y de la historia: fueron capaces de expresar, incluso en formas sensibles y tangibles, una sombra de la eternidad.

L'Arco e la clava (1968)

Las formas principales de la vida tradicional, entendidas como «categorías», tienen la misma dignidad que los principios éticos: valen en sí mismas y buscan sólo ser reconducidas y asumidas, pretenden que el hombre se mantenga interiormente firme y haga de ellas la medida sí mismo y de su propia vida, como precisamente hace, siempre y en todas partes, el hombre tradicional.

Rivolta contro il mondo moderno (IIIª ed. 1969)

Por «civilización tradicional», se entiende una civilización orgánica, tal que toda su actividad interior esté orientada de forma unitaria según una idea central y, más específicamente, «de lo alto hacia lo alto». «Hacia lo alto», significa hacia algo superior a lo que es naturalista y simplemente humano. Esta orientación presupone un conjunto de principios que poseen una inmutable validez normativa y un carácter metafísico. A tal conjunto, puede darse el nombre de Tradición, por que los valores y los principios de base son esencialmente los mismos en cada tradición histórica dada, a parte de una variedad de adaptaciones y de formulaciones. Quien reconoce tales valores y los afirma, puede decirse «hombre de la Tradición».

Entrevista a Gianfranco de Turris.
L'Italiano (noviembre 1970)

Para quien observa el terreno histórico, la Tradición se refiere a lo que se podría llamar una *trascendencia inmanente*. Es la idea recurrente de que una fuerza de lo alto, ha actuado en una u otra área o en tal o cual ciclo histórico, de forma que los valores espirituales y supra–individuales constituyeran el eje y el supremo punto de referencia para la organización general, la formación y la justificación de toda realidad y actividad subordinada y simplemente humana. Esta fuerza es una *presencia* que se transmite, y esta transmisión, propia de su carácter superior respecto a las contingencias históricas de dicha fuerza, constituye precisamente la Tradición. Normalmente, la Tradición, tomada en este sentido, es asumida por quien está en el vértice de las correspondencias jerárquicas, o por una *élite*, y en sus formas más originarias y completas, no muestra separación entre poder temporal y autoridad espiritual, siendo también éste, en función de los principios, el fundamento, la legitimación y el carisma de la primera.

Il Conciliatore (15 junio 1971)

Para el segundo aspecto de la Tradición, es necesario aludir al plano doctrinal; el punto de referencia es lo que podría llamarse *la unidad trascendente presente en las distintas tradiciones*. Puede tratarse de tradiciones de tipo religioso, pero también sapienciales y mistéricas. Lo que se ha llamado el «método tradicional» consiste en el descubrir una unidad o correspondencia esencial entre símbolos, formas, mitos, dogmas y

disciplinas, más allá de las diversas expresiones que las correspondencias de significado pueden asumir en cada tradición histórica dada.
Il Conciliatore (15 junio 1971)

II

LA HISTORIA Y MITO

El mito es concebido por Evola como «el espejo de experiencias profundas del hombre, a la luz del espíritu»: en el símbolo, en el mito, en la leyenda, ve la expresión de un contenido supra–racional, es decir de aquellos significados y fuerzas invisibles que constituirían el fondo último de la historia. La de Evola es, ante todo, una concepción anti progresista y anti evolucionista de la historia, considerada como descenso y no, ciertamente, como «progreso» ineluctable; esta verdad siempre fue reconocida por el mundo tradicional. A partir de tal concepción, deriva: el ataque al «historicismo» y, consecuentemente, una nueva forma de ver la historia y, finalmente, la visión de la historia italiana más allá de las deformaciones corrientes, a través de lo que llama «elección de tradiciones» en sentido positivo.

El problema del devenir histórico ha sido afrontado sobre todo en Rivolta contro il mondo moderno (1934), pero es tratado también en otras obras, con cuyos fragmentos se ha elaborado el presente capítulo: *Introduzione alla Magia, Imperialismo pagano, Volto e maschera dello spiritualismo contemporaneo, Gli Uomini e le rovine, Il Mistero del Grial* y *Il fascismo visto dalla Destre*, así como en varios ensayos y artículos.

“No existe la Historia, entidad misteriosa escrita con letra mayúscula. Son los hombres,

en tanto que verdaderos hombres, quienes hacen y deshacen la historia”

Orientaciones (1950)

Mientras el momento contemplativo en Hélade hizo que el mundo divino fuera concebido como una especie de supramundo atemporal y, por decirlo así, de espacio absoluto, Roma se esforzó en tomar aquel mundo en sus manifestaciones en el tiempo, en la historia, en el Estado, en las acciones y en la creación de los hombres, aun sin disminuir mínimamente su carácter augusto. Mucho más que el hebreo, el romano tuvo el sentido de una historia sagrada. Y la concepción romana del Estado, del derecho y del *imperium* se liga esencialmente a las premisas de tal concepción, al mismo tiempo, activa y sagrada. La casta guerrera y política en Roma revistió típicamente una dignidad sagrada.

Introduzione alla Magia (1928)

El cristianismo, con el trascendentalismo de sus seudo valores gravitando a la espera del «Reino», que «no es de este mundo», rompe la síntesis armoniosa de espiritualidad y politicidad, de realeza y sacerdotalidad, que el mundo antiguo conocía. El embrutecimiento político moderno no es más que una consecuencia extrema de esta antítesis y de esta escisión creada por el cristianismo primitivo y contenida en su esencia misma. Tomada en sí misma, en su sutil bolchevismo y en su profundo desprecio por todo lo mundano, la predicación de Jesús podía conducir a hacer imposible, no sólo el Estado, sino también la sociedad. Pero, al venir a menos, aquello que constituía el núcleo animador de tal enseñanza –el advenimiento del «Reino»–, el espíritu y la intransigencia de la primitiva predicación fueron traicionados, y como un «ir a peor» y una «normalización» se volvió a fijar un puesto en este mundo a aquello que «no es de este mundo», surgió, como un compromiso híbrido entre cristiandad y paganidad, la Iglesia Católica. *Fijemos sin dudas este punto: una cosa es el cristianismo y otra el catolicismo. El cristianismo, en cuanto tal es anti imperio, lo análogo a la revolución francesa de ayer, al bolchevismo y al comunismo de hoy. El*

cristianismo en la medida que es diferente de la Iglesia católica no es más que una sombra de la paganidad, sombra sumamente contradictoria, porque se refleja sobre un contenido, sobre un sistema de valores o seudo valores, que es la antítesis de la paganidad.

Imperialismo pagano (1928)

La Reforma protestante constituyó el retorno del cristianismo primitivo, contra el límite de paganización alcanzado, gracias al humanismo, por la Iglesia Católica. La intransigencia protestante puso fin al compromiso católico, y llegó hasta el final en la dirección anti–imperial. La revolución de la conciencia religiosa, determinó una profunda alteración de la idea política. Desvinculando la conciencia de Roma, inmanentizó y socializó la Iglesia y reconstruyó en una realidad política la forma de la Iglesia primitiva. En el lugar de la jerarquía de lo alto, la Reforma estableció la libre asociación de creyentes emancipados del vínculo de la autoridad, convertidos, anárquicamente, cada uno en árbitro de sí mismo y, al mismo tiempo, igual a todos los demás. Fue, en otras palabras, el principio de la decadencia liberal–democrática europea.

Imperialismo pagano (1928)

Al igual que Rusia, América en los temas centrales de su «civilización» y de su forma de considerar las cosas y la vida, ha creado algo nuevo que no es nada más que una precisa contradicción de nuestra cultura y de nuestra tradición de europeos, en cuyo seno penetra y se impone cada vez más. América ha introducido en nuestra época la religión de la práctica, ha puesto el único interés en el beneficio, en la producción, en la realización mecánica, inmediata, visible, cuantitativa, por encima de cualquier otro interés. Construye un ente titánico que tiene oro por sangre, máquinas por miembros y técnica por cerebro, ante el cual Europa –que ha sido la iniciadora de las formas modernas de la gran producción industrial– se detiene: se detiene, porque ve las extremas consecuencias que, lógicamente, proceden de aquel primer impulso, pero, al mismo tiempo, divisa una especie de reducción al absurdo, que podrá aceptar como su destino sólo al precio de comprometer irreparablemente una civilización anterior e incompatible, que constituía su personalidad más verdadera.

Nuova Antologia (1º mayo 1929)

La misma vida de Jesús –como, por lo demás, muchos mitos relativos a númenes o héroes del mundo pagano– es susceptible de ser interpretada como una serie de símbolos correspondientes a fases, estados y actos del desarrollo metafísico de la personalidad. Esto no quiere decir, sin embargo, que todo se reduzca a esto, y que tales símbolos no puedan también haber derivado de hechos, es decir, que Cristo haya tenido también una realidad histórica, tal como quiere el dogma. Guénon ha resaltado justamente que una cosa no excluye la otra: puede también ocurrir que, en determinados acontecimientos o personas de la historia, aparezcan convergencias ocultas que hagan que la realidad sea símbolo y el símbolo realidad.

Maschera e volto dello spiritualismo contemporaneo (1932)

Mientras la «Luz del Norte» se acompaña, bajo signos solares y uránicos, por un *ethos* viril de espiritualidad guerrera, de voluntad ordenadora y dominadora, en las tradiciones del Sur, al predominio del tema telúrico y del *pathos* de la muerte y del resurgir, se une una inclinación a la promiscuidad, un sentido de evasión, de remisión o también de amor, un naturalismo panteísta e incluso sensualista, o, si se quiere, místico–contemplativo, en el sentido inferior de estos términos, en lo que respecta al espíritu. Así también, sobre el plano exterior, la antítesis Norte y Sur se delinea en función de dos tipos: el Héroe y el Santo, el Rey y el Sacerdote, como correspondencias analógicas de significados generales encerrados en los símbolos: Edad de Oro y Edad de Plata, Sol y Luna, Cielo y Tierra, Macho y Hembra, Luz y Calor, inmutabilidad (tema «olímpico») y transformación (tema «dionisíaco»).

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

A pesar de todo, Grecia presenta en el Zeus aqueo, en Delfos, en el culto hiperbóreo de la luz, su centro verdadero, «tradicional», y en el ideal helénico de «cultura» como *forma*, cosmos que resuelve en ley y claridad el caos asociado al horror por lo infinito, por el sin–límite, *àpeiron.* El alma de los mitos heroico–solares, conserva hasta el final el espíritu nórdico–ario. Pero el espíritu del Apolo délfico y del Zeus olímpico no consigue formar un cuerpo propio universal (...). Al lado del ideal viril de la verdadera cultura como forma espiritual, de los temas heroicos, de las traducciones especulativas del tema uránico de la religión olímpica, serpentea tenazmente el afroditismo y el sensualismo, el dionisismo y el esteticismo, el énfasis místico–nostálgico de los retornos órficos, el tema de la expiación, la comprensión contemplativa

demetríaco–pitagórica de la naturaleza, el virus de la democracia y del antitradicionalismo.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

La potencia griega es el llamado «medievo griego», su momento sagrado y dórico. La «Grecia civilizada», junto a la «Grecia filosófica» que tanto admiran los modernos y de la que se sienten tan próximos, es la Grecia crepuscular. Esto fue experimentado de forma distinta por gentes portadoras todavía en estado puro del mismo espíritu viril de la época aquea: los Romanos de los orígenes. En un Catón, por ejemplo, es fácilmente perceptible el desprecio por el genio nuevo de los literatos y los «filósofos». La helenización de Roma, bajo el aspecto de desarrollos humanistas y casi iluministas de estetas, poetas, literatos y eruditos, bajo muchos aspectos, preludió su decadencia.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

En Roma se encarna la idea de la virilidad espiritual, heroica y dominadora, el principio «triunfal» de la tradición nórdico–aria, conectado al símbolo ario del fuego, a las figuras olímpicas del Juno capitolino y del mismo Jano, a la aristocracia sagrada marcada por el rígido derecho paterno, la religión del honor y de la fidelidad, experimentada hasta el punto de hacer decir a Tito Livio que lo que definía al pueblo romano entre todos, era el tener una *fides,* mientras que el seguir las contingencia de la «fortuna», caracterizaba al bárbaro frente al romano. En oposición al espíritu religioso–sacerdotal, resulta característico en el romano, la sensación de lo sobrenatural más como *numen* –es decir, como poder– que como *deus,* sensaciones identificadas según un fuerte momento pluralista; es característica, correlativamente, la ausencia de *pathos,* de lirismo y de misticismo en relación a lo divino, la desnuda y exacta ley del rito necesario e inexorable, la mirada clara: aquí van a coincidir con el primitivismo del período védico, chino e iranio y con el mismo ritual olímpico aqueo al hacer referencia inequívoca a una actitud solar y mágica. En rudo contraste con el espíritu semita, la religión romana fue siempre una religión que desconfió de los abandonos del alma y de los impulsos de la devoción; que refrenó –frecuentemente, también con la fuerza– todo lo que aleja de aquella dignidad grave que conviene a las relaciones de un *civis romanus* con un dios.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

Si bien no debe ignorarse la complejidad y la heterogeneidad de los elementos presentes en el cristianismo y aún más en el catolicismo, no es posible desconocer el sentido de la fuerza dominante, la neta oposición entre ésta y lo que una análoga reducción al elemento central, constituyó el espíritu de la romanidad. Esto resulta más claro, sobre todo, cuando se contempla el corpus doctrinal y mitológico que, poco a poco, la nueva creencia construyó y en la cual aparecen elementos aparentemente esotéricos que, en abstracto, podrían reflejar huellas tradicionales; pero, sin embargo, es esencialmente el *pathos* quien lo ha dominado todo, actuando formativamente en el orden concreto de la historia como «civilización cristiana».

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

El absolutismo –trasposición materialista de la idea unitaria tradicional– prepara la vía a la demagogia y a las revoluciones nacionales. Y allí donde las monarquías, en su lucha contra la aristocracia feudal y en su obra de centralización política, fueron lógicamente llevadas a favorecer la reivindicación de la burguesía y de la misma plebe contra la nobleza feudal, el proceso se realizó más rápidamente (...). Puede decirse que, precisamente por haber iniciado antes tal reclamación y, consecuentemente, haber dado un carácter cada vez más centralizado y nacionalista a la idea de Estado, Francia fue la primera nacion en sufrir el hundimiento del régimen monárquico y el advenimiento del republicano. Ésto supuso el advenimiento del Tercer Estado, que apareció en el conjunto de las naciones europeas como el principal foco del fermento revolucionario y de la mentalidad laica racionalista, «iluminista», mortal para la supervivencia de cualquier residuo de tradicionalidad. Por otra parte, privado de toda referencia con el pensamiento dinástico europeo, transformado en instrumento en las manos de la plebe, fue notorio para todos el uso revolucionario y demagógico que, a partir de la revolución francesa, tuvo el principio de la nacionalidad. Usado por reyes laicos contra el imperio, se vuelve contra ellos, convirtiéndose en instrumento del *demos* contra el rey.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

Desmantelándose el bloque tradicional de Europa central, las fuerzas que abrieron los últimos diques y destruyeron los últimos apoyos propios a la

misma sociedad capitalista–burguesa se centralizan en dos focos precisos, desde Oriente y Occidente, que hacen pensar en dos ramas de una tenaza en trance de cerrarse lentamente en torno al núcleo, ahora disperso en su energía y en sus hombres, de la antigua Europa. En Oriente es la Rusia bolchevique; en Occidente es América. Ambos fenómenos, las dos nuevas «civilizaciones», se corresponden y convergen. En ellas se anuncia con exactitud el tiempo que la leyenda había descrito con rasgos apocalípticos, en que las gentes «demoníacas» de Gog y Magog; destruida la muralla de hierro con que simbólicamente un Imperio les había cerrado el paso, irrumpen para adueñarse de las potencias de la tierra. Es el reino de la «Bestia sin Nombre», sin nombre, en tanto está compuesta por una multitud innumerable.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

Al encontrarnos en el mundo del devenir, al que le es propio, el cambio –convertido en cada vez más caótico y rápido en los tiempos modernos– de acontecimientos, situaciones y fuerzas, el historicismo, como reflejaba justamente Tilgher, por un lado, se reduce a una «filosofía pasiva del hecho consumado», la teoría de que a todo lo que ha conseguido imponerse, y sólo por este mero hecho, debe serle reconocida una «racionalidad» propia. Pero, por otro lado, este puede promover también otras tantas instancias «revolucionarias», cuando no se quiera reconocer como «racional», lo real; en tal caso, en nombre de la «razón» y de la «Historia», interpretada para uso propio, se condena aquello que es. Una tercera solución también posible, mezcla de las dos precedentes, es lo que podría llamarse «anti historia», es decir, todo lo que busca afirmarse, que tiende a realizar o restaurar un orden diverso del vigente, sin conseguirlo; a no ser que, en caso de triunfar e imponerse, sólo entonces hubiera llegado a convertirse en «real». Así pues, según los casos, el historicismo puede estar igualmente, bien al servicio de un conservadurismo en sentido deteriorado, o de utopías revolucionarias –y más a menudo– de aquellos que saben adaptarse a las situaciones, cambiando de bandera según soplan los vientos.

Gli Uomini e le rovine (1953)

Debe reconocerse que la historiografía de Izquierda ha sabido atraer la mirada sobre dimensiones esenciales de la historia; más allá de los conflictos políticos episódicos, más allá de la historia y de las naciones, ha sabido vislumbrar el proceso general y esencial en los últimos siglos, en el sentido

del tránsito de un tipo de civilización y de sociedad a otro. Que la base de la interpretación haya sido, a tal respecto, economicista y clasista, no afecta en nada a la amplitud del marco de conjunto de la historiografía. La cual, como realidad esencial más allá de lo contingente y de lo particular, nos indica, el curso de la historia, el fin de la civilización feudal y aristocrática, el advenimiento de la burguesía liberal, capitalista e industrial y, tras esta, el anuncio de la civilización socialista, marxista y, finalmente, comunista. Aquí, la revolución del Tercer Estado y la del Cuarto son reconocidas en su natural concatenación causal y táctica (...) Medida con la historiografía de izquierda, la de otras tendencias aparece claramente como superficial, episódica, bidimensional, e incluso frívola. Una historiografía verdaderamente de Derecha debería abrazar los mismos horizontes de la historiografía marxista, con la voluntad de entender el proceso real y esencial de los procesos históricos en los últimos siglos fuera de los mitos, de las superestructuras y también de la crónica plana. Por supuesto, se trata de considerar todos los signos y prospectivas, viendo en los procesos esenciales y convergentes de los últimos hechos históricos, no las fases de un progreso político y social, sino de una subversión general. Como es lógico, también la promesa económico–materialista resultaría eliminada, reconociendo como meras ficciones el *homo oeconomicus* y el presunto determinismo fatal de los diversos sistemas de producción. Causas mucho más amplias, profundas y complejas de las que conoce el escuálido primitivismo del materialismo histórico marxista han estado y están en acción en la historia.

Il Conciliatore (1959)

Se suele creer que las figuras del mito y de la leyenda son sólo sublimaciones abstractas de figuras históricas, que han terminado tomando el puesto de estas últimas y adquiriendo valor, en sí y para sí, mitológico y fantástico. Lo cierto es, precisamente, la interpretación inversa: existe un orden superior y metafísico que alumbra de diversa forma el mito y el símbolo. Puede suceder que, en la historia, determinadas estructuras y personalidades encarnen, en cierta medida, tales realidades. Historia y supra historia entonces interfieren y terminan integrándose en los acontecimientos y en algunos personajes a los que la fantasía puede transferir instintivamente los rasgos del mito, precisamente en base al hecho que, en cierta forma, la realidad se convierte en símbolo y el símbolo se hace realidad.

Il Mistero del Grial (IIª ed. 1962)

El catolicismo está tomando, en efecto, una orientación tal que aquellos que defienden valores verdaderamente tradicionales, y por lo mismo de Derecha, deben preguntarse hasta qué punto, sin embargo, la nueva elección de las vocaciones y de las tradiciones conduce potencialmente a la Iglesia en la misma dirección de las fuerzas y de las ideologías subversivas preponderantes en el mundo moderno (...). En la historia del cristianismo figuran formas de una «espiritualidad» que –no puede desconocerse– podrían también ir al encuentro de las actuales teorías «sociales» subversivas. Desde el punto de vista sociológico, el cristianismo de los orígenes fue efectivamente un socialismo *avant la lette*; respecto al mundo y a la civilización clásica representó un fermento revolucionario igualitario, se apoyó sobre el estado de ánimo y sobre la necesidad de las masas de la plebe, de los desheredados y de los sin–tradición del Imperio; su «buena nueva» era la inversión de todos los valores establecidos. Este sustrato del cristianismo de los orígenes ha estado en distintas medidas contenido y rectificado al tomar forma el catolicismo, gracias, en gran parte, a una influencia «romana». La superación se manifestó también en la estructura jerárquica de la Iglesia; históricamente, tuvo su apogeo en el Medievo, pero esta orientación no disminuyó ni siquiera en el período de la Contrarreforma y, finalmente, en lo que fue llamado la «alianza del trono con el altar», con el carisma dado por el catolicismo a la autoridad legítima de lo alto, según la doctrina rigurosa de un Joseph de Maistre y de un Donoso Cortés, y con la condena explícita, por parte de la Iglesia, del liberalismo, de la democracia y socialismo y finalmente, en nuestro siglo, del modernismo. Toda esta superestructura válida del catolicismo parece desintegrarse para dejar emerger de nuevo, precisamente, al sustrato promiscuo, anti jerárquico, «social» y anti aristocrático del cristianismo primitivo. El retorno a tal sustrato es, por lo demás, lo más adecuado para «ponerse al paso con los tiempos», para ponerse al día con el «progreso» y con la «civilización moderna», mientras la línea a seguir, por parte de una organización verdaderamente tradicional, hoy debería ser absolutamente opuesta, o sea, la de una triple, inflexible intransigencia, de una puesta en primer plano de los verdaderos y puros valores espirituales contra todo el mundo «en progreso».

L'Italiano (junio–julio 1963)

El mérito del fascismo ha sido, sobre todo, haber realzado en Italia la idea de Estado, haber creado las bases para un gobierno enérgico,

afirmando el puro principio de la autoridad y de la soberanía política (...) Cuando tomó esta concepción de base, el fascismo afirmó el trinomio «autoridad, orden y justicia», es innegable que recuperaba la tradición que formó a todo gran Estado europeo. Se sabe que el fascismo intentó evocar la idea romana como suprema y específica integración del «mito» del nuevo organismo político, «fuerte y orgánico»; la tradición romana, para Mussolini, no debía ser mera retórica y oropel, sino «una idea–fuerza» además de un ideal para la formación del nuevo tipo humano que habría debido tener en las manos el poder. «Roma es nuestro punto de partida y de referencia. Es nuestro símbolo, es nuestro mito» (1922). Esto supuso una precisa elección de vocaciones, pero también una gran audacia: era como volver a lanzar un puente sobre un vacío de siglos, para recuperar el contacto con el único fragmento verdaderamente válido de toda la historia desarrollada sobre suelo italiano.

Il fascismo visto dalla destra (1964)

Alguien ha querido ver una especie de Némesis histórica, una relación secreta de acciones y reacciones concordantes en el hecho de que Italia, vencida en una guerra que no debía de haber hecho (1915–1918), perdió la que debía hacer (1940–1945). Tal punto de vista puede ser justo. Ya que es claro que, con la Italia de la derrota, esa Italia «liberada» como algunos dicen, se ha producido una recaída de lleno en la dirección más problemática de su historia, en la que hay poco de lo que sentirse orgulloso. Y es así como se ha podido hablar de un «paréntesis fascista», en la medida en que la «constante» de la tradición italiana ha podido interpretarse, casi siempre, en términos de anti tradición y, casi, como si en el fascismo no se tuviesen que considerar también ideas que no nacieron con él, que preexistían a éste en una o en otra nación europea y que, aparte de la designación contingente de «fascismo» y de aquello que se le agregó en el presupuesto de un clima apto y de una adecuada actitud interior, continuarán manifestándose todavía en la historia.

Gli Uomini e le rovine (IIª ed. 1967)

El mito del «Eje» germano–italiano habría podido tener un significado particular no sólo desde el punto de vista político, sino también en el terreno moral y espiritual, para los fines de integración recíproca de los dos polos y culturas. Esta es una de las razones por las que el «Eje» fue saboteado y

convertido en «impopular», al existir en el interior del fascismo el contraste entre el confuso nacionalismo patriotero, ligado a los residuos de las ideologías del Risorgimento, y la aspiración hacia un Estado fuerte y «romano». Ahora, Italia ha vuelto a ser ella misma, es decir, a ser la Italia de la mandolina, los museos, del *Sole mio* y de la industria turística, ha sido «liberada»: liberada de la dura tarea de darse una forma inspirada en su más alta tradición, no tanto «latina» como romana.

Gli Uomini e le rovine (IIª ed. 1967)

Las causas más profundas de la historia –y aquí pueden ser consideradas las que actúan en sentido negativo, o las que pueden eventualmente actuar en sentido positivo y equilibrador– operan preferentemente a través de lo que, con una imagen extraída de las ciencias naturales, podemos llamar «imponderables». Determinan mutaciones casi insensibles –ideológicas, sociales, políticas, etc.– destinadas a propiciar efectos notables que, al igual que las primeras grietas de una ladera nevada, terminan en una avalancha. No actúan casi nunca oponiendo una resistencia directa, sino mediante una *dirección* adecuada que conduce a las fuerzas hacia el fin prefijado, que termina haciendo el juego incluso a lo que se le resiste. Hombres y grupos, que creen perseguir algo querido por ellos, sirven como medios, gracias a los cuales se realiza otra cosa muy distinta, evidenciando una influencia y un «sentido» supraordenado. Esto no se le escapó a Wundt, cuando habló de la «heterogeneidad de fines» [heterotelia], y al mismo Hegel, cuando introdujo el concepto de la *List der Vernunft* [astucia de la razón] en su filosofía de la historia; pero, ni uno ni otro, supieron introducir en marcos adecuados sus intuiciones.

Gli Uomini e le rovine (IIª ed. 1967)

La exaltación polémica de la civilización del Renacimiento contra la medieval, es una consigna convenida por la historiografía moderna. (...) Debería verse en esto la expresión de una incomprensión típica. *Si, tras el fin del mundo antiguo, existe una civilización que merezca el nombre de «Renacimiento», esta fue precisamente la Medieval*. En su objetividad, en su virilidad, en su estructura jerárquica, en su soberbia anti humanista elementareidad y compenetrada con lo sagrado, el Medievo fue como un retorno a los orígenes. El verdadero Medievo apareció con rasgos clásicos, en absoluto románticos, mientras que el carácter de la siguiente civilización debe

ser entendido en un sentido muy diverso.

Rivolta contro il mondo moderno (IIIª ed. 1969)

Al aliarse con la Rusia soviética para abatir a las potencias del «Eje» y al reflejar un insensato radicalismo, las potencias democráticas repitieron el error de quien cree poder utilizar impunemente a las fuerzas de la subversión para sus propios fines, ignorando que, por una lógica fatal, cuando fuerzas que representan dos grados diversos de subversión se encuentran o se enfrentan, las correspondientes al grado más bajo, finalmente, siempre toman la iniciativa (...) Los determinismos de una especie de justicia inmanente actúan y, en cualquier caso, de una forma u otro, el proceso llegará hasta el fin.

Rivolta contro il mondo moderno (IIIª ed. 1969)

III

CONTESTACION GLOBAL AL MUNDO MODERNO

Al abordar el tema de la decadencia, Evola indica la neta fractura que supone con el mundo que llama «de la Tradición»: su doctrina de la regresión no es, por otra parte, una incitación al fatalismo, sino que es aplicable a puntos de referencia absolutos y a la escala de las grandes distancias históricas: por ello, quien hoy opera positivamente sobre el plano concreto de la acción no puede, ni debe, dejarse impresionar.

El título mismo del capítulo sugiere inmediatamente el de la obra más importante del autor, *Rivolta contro il mondo moderno* (1934): esta obra bastaría por sí misma para atestiguar que, hace sesenta años y precisamente en Italia, se alzó una «contestación» contra la decadente civilización actual, apoyándose sobre el sólido fundamento de lo que, en todos los tiempos, tradicionalmente puede revestir un carácter de normalidad en

sentido superior, fue mucho más allá y en profundidad de las que le han seguido. Crítico agudo de muchos aspectos del mundo moderno –cuya carrera hacia el desastre ha denunciado en sus libros durante casi cincuenta años– Evola invita a la reacción, a no dejarse condicionar ante la omnipotencia y el triunfo aparente de las fuerzas dominantes de la época. Evola rechaza toda sumisión al mantenimiento de esta sociedad, a sus estructuras, a sus mitos y a sus seudo valores y propone mantener, en relación a ella, una distancia interior exenta de compromisos.

Además de *Rivolta contro il mondo moderno,* los fragmentos ordenados en el capítulo presente, están extraídos de: Imperialismo pagano, *Gli uomini e le rovine, Metafísica del Sesso, L'»operaio» nel pensiero d'Ernst Jünger, Cavalcare la tigre, L'Arco e la clava*, como también de escritos aparecidos en periódicos diversos.

Europa ha creado un mundo que, en su conjunto, constituye una antítesis irremediable y completa de lo que fue el mundo tradicional. No existen compromisos o puntos de encuentro, las dos concepciones están enfrentadas una contra otra, separadas por un abismo sobre el que resulta ilusorio tender cualquier puente. Por otra parte, la civilización occidental, el mundo cristiano, está derivando, de forma vertiginosa, hacia su lógica consecuencia, y la conclusión, sin querer ser profeta, no se hará esperar mucho. Aquellos que entrevén esta conclusión y consiguen sentir todo el absurdo y su contenido trágico, deben buscar pues en sí mismos el valor para decir no a todo.

Imperialismo pagano (1928)

Nos encontramos ante la ley misma que domina toda la cultura y la sociedad de hoy: en el plano inferior, el orgasmo economicista, los medios que se convierten en fines, la mecanización, el sistema de los determinismos

económicos y materialistas a los que la ciencia marca el ritmo –conectado con el arribismo, la carrera hacia el éxito de hombres que no viven, sino que son vividos– y, en el límite, los novísimos mitos del «progreso indefinido» sobre la base del «servicio social» y del trabajo convertido en fin en sí mismo y deber universal; sobre el plano superior, el conjunto de las doctrinas fáusticas, deveniristas y bergsonianas (...) No es acción, sino fiebre de acción. Es el correr vertiginoso de aquellos que han sido arrojados fuera del eje de la rueda y cuya carrera es tanto más enloquecida cuanto mayor es su distancia del centro. Tanto esta carrera, como la dependencia de las leyes sociales en el ámbito económico, industrial, cultural y científico, son inevitables, fatales en todo y por todo, en el orden interior de cosas que han creado, dado que el individuo se ha vuelto ajeno y exterior a sí mismo, ha perdido el sentido de la *centralidad*, de la *estabilidad* y de la *suficiencia* interior, que constituye verdaderamente el valor de la individualidad. La decadencia de Occidente procede incuestionablemente de la decadencia del individuo como tal.

Imperialismo pagano (1928)

La infinidad de hombres sobre la tierra desierta de luz, reducidos a mera cantidad –y solamente a cantidad–, convertidos en iguales en su identidad material como partes dependientes de un mecanismo abandonado a sí mismo, dejado en el vacío sin que nadie pueda hacer nada... tal es la tendencia que está en el fondo de la orientación económico–industrial que triunfa en todo Occidente. Y quien intuye que ésto supone es la muerte de la vida y el advenimiento de las leyes de la materia, el triunfo de un hecho tanto más terrible en tanto que la persona ya no existe, también experimenta la sensación que sólo existe un remedio: destrozar el juego del oro, superar el fetiche de la sociedad y las leyes de la interdependencia, restaurar los valores aristocráticos, los valores de la cualidad, la diferencia, el heroísmo, el sentido de la realidad metafísica a la que hoy se opone *todo.*

Imperialismo pagano (1928)

La onda oscura y bárbara, enemiga de sí misma y del mundo, que, en la subversión frenética de toda jerarquía, en la exaltación de los débiles, de los desheredados, de los sin–origen y sin–tradición, agitados por la necesidad de «amar», de «creer», de abandonarse, en el rencor hacia todo lo que es fuerza, suficiencia, sabiduría, aristocracia, en el fanatismo intransigente y proselitista, constituyó un veneno para la grandeza del Imperio Romano, y la

causa máxima de la decadencia de Occidente. El cristianismo –recuérdese– no es lo que hoy subsiste como religión cristiana –tronco muerto carente de un impulso más profundo. Tras haber disgregado el conjunto de Roma, con la Reforma pasó a infectar la raza de los rubios bárbaros germánicos para luego penetrar también más arriba, tenaz e invisible: el cristianismo hoy está en acto en el liberalismo y en el democratismo europeo, y en todos los demás frutos de la revolución francesa, hasta el anarquismo y el bolchevismo; el cristianismo de hoy está activo en la estructura misma de la sociedad moderna típica –la anglosajona– y en la ciencia, el derecho, en la ilusión de poder de la técnica. En todo esto se conserva igualmente la voluntad niveladora, la voluntad del número, el odio hacia la jerarquía, la cualidad y la diferencia y el vínculo colectivo, impersonal, hecho de mutua insuficiencia, propio de las organizaciones de una raza de esclavos en revuelta.

Imperialismo pagano (1928)

El mundo tradicional fue jerárquico: en un sentido, *sagrado*, sobre la base de la realidad metafísica situada como principio, centro y fin de la existencia, como estado supremo del ser, como estado de verdad. Allí donde la ordenación temporal secundó este esquema, a través de los grados de luz, se formó un tránsito espontáneo entre lo humano y lo no–humano, una visión *simbólica* de las cosas, de la naturaleza y de los acontecimientos, en la que cobraron vida las «superadas» ciencias tradicionales, y en la que el demonismo elemental de la naturaleza inferior en perpetuo devenir era detenido por formas de liberación y de luz. El sentido del mundo moderno supone la ruptura de la relación entre ambos mundos, la concentración de toda posibilidad en uno solo de estos, el del hombre, la sustitución del supramundo con fantasmas efímeros y momentáneas exaltaciones de la naturaleza mortal.

La Torre (10 marzo 1930)

La idea de la pluralidad de civilizaciones y la de la relatividad de la civilización moderna, se presenta para muchos como una extravagancia herética e impensable. Pero esto no basta: es necesario saber reconocer que la civilización moderna, no solo podrá también desaparecer como tantas otras sin dejar rastro, sino que pertenece al tipo de las que, una vez desaparecida, cuya vida puntual, respecto al orden de las «cosas que son» y de cualquier otra civilización basada en las «cosas que son», tiene un valor de mera

contingencia.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

La sociedad moderna se presenta precisamente con los rasgos de un organismo que ha pasado del tipo humano al subhumano, en el que toda actividad y toda reacción está determinada por las necesidades y las tendencias de la pura vida corpórea. Sus principios dominantes corresponden exactamente a la parte animal y orgánico–vital de las jerarquías tradicionales (mercaderes y siervos): el *oro* y el *trabajo*. Tal como se han orientado las cosas, estos dos elementos van a condicionar, casi sin excepción, cualquier posibilidad de la vida para forjarse ideologías y mitos, en los que resulte más clara la profundidad de la moderna perversión de todos los valores.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

Partiendo de estas premisas, de esta devastación cientifista, racionalista y maquinista, la civilización moderna ha cerrado gradualmente cualquier vía para la defensa de la personalidad frente a la agresión de lo colectivo. Hemos visto, en el terreno político, como –arrollada la diferencia aristocrático–feudal, eliminada cualquier tradición de sangre y de casta, destruido a través de una única ley niveladora y «pública» cualquier *Ius singulare* [ley singular] todo privilegio, cualquier franquicia– el individualismo laico, revolucionario, liberal e iluminista ha reaccionado inmediatamente: el grupo, la patria, la raza, el Estado se afirman gradualmente hasta alcanzar el valor de personas independientes que exigen del individuo que forma parte de ellos, dedicación incondicional y subordinación no pura, no como un ser natural y político, sino también como un ser ético y espiritual; que pretendan pues que toda forma de actividad se nacionalice o se «socialice», cesando de ser un soporte para una cultura, es decir, para una libre formación de la persona, y se convierte en parte dependiente del ente político y temporal. Al mismo tiempo, se fomenta demagógicamente el odio hacia cualquier personalidad superior y dominadora; los jefes no son admitidos, más que en tanto que meros «exponentes» al servicio de la colectividad, del pueblo, de la patria en forma de jefes de partido democráticos o de tribunos de la plebe.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

En el *nacionalismo*, habitualmente se consideran solamente los aspectos

particulares, como la oposición entre la conciencia de un pueblo y la de otros pueblos. Este aspecto es real y surge de la consideración de que todo nacionalismo es un fenómeno surgido de la disgregación de la anterior edad ecuménica y espiritual europea. Pero también es importante considerar el aspecto colectivista que el nacionalismo, en tanto que emancipación particularista de un principio universal, lleva en sí mismo y que resulta más claro cuando se toma como punto de referencia la relación entre la personalidad y el grupo. Bajo esta óptica, el nacionalismo se muestra como un espíritu de locura, una dictadura del *demos,* unida a la incapacidad del individuo para valorizarse y formarse, muy frecuentemente unida a factores sub y pre–personales.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

El «progreso» de la historia, más allá del medievo, se compendia esencialmente como un desarrollo anormal del elemento burgués y de los intereses y actividades propias de la burguesía y nada más que de ella, ignorando a los demás elementos superiores de la jerarquía medieval: desarrollo que posteriormente ha asumido los rasgos de un verdadero cáncer. El burgués ha cubierto de ridículo los ideales de la ética caballeresca precedente. El burgués, como la *«gente nova»* despreciada por Dante, ha estimulado la revuelta antitradicional, usurpando el derecho de las armas, fortificando los centros de un impuro poder económico, levantando estandartes propios, oponiendo –con las Comunas– una anárquica pretensión de autonomía a la autoridad imperial. El burgués, poco a poco, ha dado la apariencia de algo «natural» a lo que en otros tiempos –en tiempos de normalidad– hubiera sido considerado como una absurda herejía: pensar que la economía es nuestro destino y el lucro es el fin, pensar que comerciar y traficar es «actuar», traducir cualquier cosa en términos de «rendimiento», de *prosperity,* de confort, de algo susceptible a especulación, de compra y venta, es la esencia de la civilización.

Regime Fascista (3 abril 1934)

Quien ama los contrastes, también en relación con la guerra, debería considerar aquello en lo que se ha convertido la «civilización» moderna. Del guerrero que combate por el honor de su príncipe, no privado de cierta nobleza, se desciende hasta el tipo de mero «soldado» o militar, casi llegamos a la idea, propia de la «Edad Media», presentada como propia de bárbaros y

fanáticos, en la que se lucha por la «vía de Dios», presentada como fantasías metafísicas; algo santísimo, sin embargo, es luchar por un trozo de tierra, por el «orgullo de la nación» o por el «porvenir de la patria», «deber» de todo buen ciudadano.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

El mundo moderno, en algunos de sus desarrollos más singulares, nos muestra también el retorno a los temas propios de las antiguas civilizaciones ginecocráticas meridionales. El socialismo y el comunismo en la sociedad moderna ¿acaso no son más que reapariciones materializadas y mecanizadas del antiguo principio telúrico–meridional de la igualdad y de la promiscuidad de la Madre Tierra? Puramente físico y fálico es, en el mundo moderno, idéntico al ideal de la virilidad, propio de la ginecocracia afrodítica. El sentimiento plebeyo de la Patria afirmado con la revolución francesa y desarrollado por las ideologías nacionalistas como mística de la estirpe y, precisamente, de la Madre Patria, sagrada y omnipotente, es efectivamente la reminiscencia de una forma de totemismo femenino. Los reyes y los jefes de gobierno privados de toda real autonomía, «primeros servidores de la nación», son productos de la desaparición del principio absoluto de la soberanía patriarcal y del retorno de aquellos que tienen en la Madre –en el gran totem materno de la «raza»– el origen de su poder. Hetairismo y amazonismo están igualmente presentes, bajo formas nuevas, como la disgregación de la familia, el sensualismo moderno, la continua búsqueda de la mujer y del placer. La misma mujer se ha neutralizado y masculinizado, con la lucha por su emancipación y por la paridad de sus derechos en todos los terrenos,. La amazona y la hetaira han suplantado a la madre y dominan sobre el hombre esclavo o animal de rendimiento práctico.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

Se ha considerado una conquista lo que es una abdicación. Tras siglos de «esclavitud», la mujer ha querido ser libre, ser ella misma. Pero el llamado «feminismo» no ha sabido concebir para la mujer una personalidad propia, sino, más bien una imitación de la masculina, a pesar de que sus «reivindicaciones» enmascaren una desconfianza fundamental de la mujer nueva hacia sí misma, la impotencia de esta para ser y valer como lo que es: como mujer y no como hombre.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

La plebe no habría nunca podido irrumpir en todos los terrenos de la vida social y de la civilización si existieran aristócratas realmente capaces de empuñar la espada y ceñirse el cetro; así mismo, en una sociedad constituida por hombres verdaderamente tales, la mujer nunca habría debido y podido tomar la vía de la actual degeneración feminista. Si consideramos los períodos en los que la mujer ha unido una autonomía y un primado, vemos que coinciden, casi siempre, con épocas de cadencia evidente de las civilizaciones más antiguas. La verdadera reacción contra el feminismo y contra cualquier otra desviación femenina no debería desarrollarse contra la mujer, sino contra el hombre.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

En un texto tradicional, escrito dos mil quinientos años antes del nacimiento de Nietzsche, se lee: «Perdida la Vía [es decir, el camino directo a la espiritualidad pura] queda la Virtud; perdida la Virtud queda la ética; perdida la ética queda el moralismo. El moralismo es sólo la cáscara exterior de la ética y la firma del principio de la decadencia». En este fragmento se enuncian de forma concisa y exacta las varias etapas del proceso de caída que ha conducido hasta el ídolo burgués: el moralismo. Tal ídolo no fue nunca conocido en las grandes civilizaciones tradicionales; sólo ha sido aceptado en un sistema de domesticación y conformismo basado sobre la convención, el compromiso, la hipocresía y la cobardía, justificado sólo en función de un utilitarismo socializado.

Regime fascista (3 abril 1934)

Los puntos de divergencia entre Rusia y América no tienen apenas importancia para quienes fijan su atención en lo esencial. Al igual que Rusia, América, en los temas centrales de su «civilización» y de su forma de considerar la vida y el mundo, ha creado algo, que supone la negación más absoluta de la antigua tradición europea, en el seno de la cual todavía penetra deletéreamente (...). Los puntos de correspondencia, nos permiten ver en Rusia y América *dos rostros de la misma cosa*, dos movimientos que parten de los dos mayores centros de poder del mundo y que convergen, poco a poco, hacia un mismo punto. Una, realidad en vías de formación, bajo el puño de hierro de una dictadura, a través de una estatización y de una

racionalización inexorable. La otra, realización espontánea (y por tanto más preocupante) de una generación que acepta ser y *quiere* ser lo que es, que se siente sana, libre y fuerte y se suma, por sí misma a los mismos puntos, sin la sombra casi personificada del «hombre colectivo», que ha caído en su red, sin la dedicación fanático–fatalista del eslavo–bolchevizado. Pero tras las dos «civilizaciones», tras una y otra grandeza, quien es capaz de ver reconoce en ambas el preludio del advenimiento de la «Bestia sin nombre», «el mundo nuevo que viene».

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

Podrá también suceder que la capitulación ante la tenaza que se cierra de Oriente y Occidente no sea siquiera advertida, que el hundimiento no tenga siquiera la grandeza de una tragedia. Rusia y América, pensando en una misión universal, traducen la sensación de un destino real. Centralizan las fuerzas mediante las cuales se podrá realizar la última fase de la involución y de descenso del poder de una a otra de las antiguas castas, hasta la última con el despertar del demonismo de lo colectivo. Y si tal destino debe realizarse, y la tenaza, de Oriente y Occidente, cerrarse, toda esta espléndida civilización de titanes, de metrópolis de acero y cemento, de masas tentaculares, de álgebras y máquinas encadenadas a las fuerzas de la materia, de dominadores de cielos y de océanos, aparecerá como un mundo que se tambalea en su órbita y tiende a desprenderse y alejarse definitivamente en los espacios, donde no existe ninguna luz, fuera de aquella siniestra encendida por la aceleración de su misma caída.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

Así puede pensarse en la necesidad de que los destinos se cumplan. Ya lo hemos dicho: es difícil que, estando en el umbral del advenimiento universal de la verdad y del poder de la última de las antiguas castas, no vaya a llegarse al fondo de aquella «edad oscura» *–kalí yuga–* o «edad del hierro», preconizada por las enseñanzas tradicionales, cuyos rasgos generales corresponden extrañamente al rostro de la época contemporánea. Al igual que los hombres, las civilizaciones también tienen su ciclo, con un principio, un desarrollo y un fin. Cuando más ancladas están en lo contingente, más fatal es esta ley (...) Sólo la estupidez de los modernos ha hecho creer, por un momento, que su civilización, basada, más que cualquier otra, en lo temporal y en lo contingente, puede tener un destino diferente y privilegiado.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

No es una paradoja afirmar que el idealismo, es decir la abusiva retórica de los «ideales sagrados», de las «ideas sublimes», de las «fes», es algo completamente burgués; algo vano que enmascara la ausencia de una silenciosa y verdadera fuerza creativa. Nosotros diremos, por tanto, que no es la ausencia, sino la presencia de los «ideales» y de las «fes», tomada en tal sentido, lo que caracteriza una época burguesa. «Ideales» y «fes» estuvieron verdaderamente ausentes allí donde fueron sentidos como demasiado poco, donde el hombre era el elemento central respecto a sí mismo, allí donde estuvo presente la fuerza pura, la potencia y la verdadera creación. Civilización ascética, civilización guerrera, civilización creadora, tienen muy poco que ver con «ideales» y «fes», con el «moralismo» y el «sentimentalismo».

Regime Fascista (3 abril 1934)

Si ha existido alguna civilización de esclavos, esta es precisamente la civilización moderna. Ninguna civilización tradicional vio jamás a masas tan grandes condenadas a un trabajo vacío, desalmado, automático: esclavitud, que no tiene siquiera como contrapartida la estatura y la realidad tangible de la figura de señores y dominadores, sino que viene impuesta anodinamente a través de la tiranía de la cuestión económica y de las estructuras de una sociedad, más o menos, colectivizada. Y dado que la visión moderna de la vida, en su materialismo, ha restado al individuo toda posibilidad de conferir al propio destino algo capaz de transfigurar su vida, de verse un signo y un símbolo, la esclavitud de hoy es la más dura y desesperada de las que se ha conocido jamás.

Rivolta contro il mondo moderno (IIª ed. 195)

El problema fundamental de nuestros días, respecto al cual cualquier otro es considerado como subordinado y accesorio, es el de la *contra–revolución*. Se trata de ver si existen aún hombres que sean capaces de decir no a todas las ideologías y seudo principios, a los movimientos, partidos e instituciones que derivan de la revolución francesa, es decir a todo lo que va del liberalismo hasta el bolchevismo. Se trata, en segundo lugar, de agrupar a tales hombres, darles una orientación, la base sólida de una visión general de la vida y de una rigurosa doctrina política.

Gli uomini e le rovine (1953)

Todos los aspectos exteriores de poder y progreso técnico–industrial de la civilización contemporánea no cambian en nada el carácter involutivo de la misma. Digamos más, no dependen de él, porque todo este aparente «progreso» ha sido realizado casi exclusivamente en función del interés económico, hegemónico en relación a cualquier otro. Hoy puede hablarse, sin más de un *demonio de la economía*, basado en la idea de que, en la vida individual o colectiva, el factor económico es el único importante, real y decisivo, que la concentración de todo valor e interés sobre el plano económico y productivo no es una aberración sin precedentes del hombre occidental moderno, sino algo normal y natural, no una eventual y sucia necesidad, sino algo que es aceptado, querido y exaltado.

Gli uomini e le rovine (1953)

Se reconoce que el desorden actual es debido a infecciones ideológicas. No es cierto que el marxismo haya surgido y sea antitético porque existe una cuestión social real (esto pudo ser cierto, como máximo, en la época industrial); se trata, justamente, de lo contrario: la cuestión social, en amplia medida y en el mundo de hoy, surge sólo porque existe un marxismo, es decir, artificialmente, por obra de agitadores, de los considerados «abanderados de la conciencia de clase», sobre los cuales Lenin se expresó muy claramente al contestar el carácter espontáneo de los movimientos proletarios y asignando al partido comunista la tarea, no de sostener tales movimientos donde existan de forma natural, sino provocarlos y suscitarlos por cualquier medio.

Gli uomini e le rovine (1953)

Conviene denunciar otra fijación patógena de la era económica y otro de sus eslóganes fundamentales. Aludimos a la superstición moderna del trabajo, propia tanto de las corrientes de «derecha» como de las de «izquierda». Al igual que el «pueblo», el «trabajo» se ha convertido en una de aquellas entidades sagradas e intangibles, sobre las cuales el hombre moderno no repite nada más que loas y alabanzas. Una de las características de la era económica, en su aspecto más opaco y plebeyo, es precisamente esta especie de autosadismo, que consiste en glorificar el trabajo como valor ético y un deber humano esencial, y en el concebir bajo

forma de trabajo cualquier tipo de actividad. En una futura humanidad más normal, esta perversión desaparecerá, siendo considerada como una de las más extravagantes.

Gli uomini e le rovine (1953)

El relieve dado a la concepción de la «Historia» es algo completamente moderno y extraño a cualquier civilización normal; aún más extraña es la personificación de la historia en una especie de entidad mística, convertida en objeto de culto supersticioso, hasta el punto de que, como muchas otras abstracciones personificadas puestas de moda en una época que se dice «positiva» y «científica», suele escribirse con letras mayúsculas.

Gli uomini e le rovine (1953)

En la época de las democracias, la guerra misma se degrada, se acompaña de una exasperación y de un radicalismo que jamás se conoció en la época del presunto militarismo y de los «Estados militares». Además, las guerras aparecen cada vez más desencadenadas por factores incontrolables, precisamente porque tales son las pasiones y los intereses que predominan en los Estados democráticos y nacionalistas, privados de un principio de pura soberanía. La consecuencia inevitable es que los conflictos adquieren un carácter cada vez más irracional, conducen a lo que menos se ha previsto y querido, se cierran siempre en negativo con un trágico balance, siendo una «inútil carnicería», y una ulterior contribución al desorden universal.

Gli uomini e le rovine (1953)

Es evidente que hoy, a causa de la regresión, se vive en una civilización en la cual el interés predominante no es el intelectual o espiritual, ni tampoco el heroico o el referido a manifestaciones superiores de la afectividad, sino a aquello que es subpersonal y está, determinado por el vientre y el sexo. El vientre está, hoy, el fondo de las luchas sociales y económicas más características y calamitosas. Su contrapartida es la importancia que, en nuestros días, tiene la mujer, el amor y el sexo.

Metafisica del Sesso (1958)

Hoy se desarrollan procesos destructivos que se vuelven, a guisa del Golem, contra el mismo instrumento que el hombre ha creado para el

dominio sobre la naturaleza, la técnica. El hombre ya no puede huir de una situación de guerra material abierta ni a las tempestades de hierro y de fuego que él mismo ha desencadenado. La situación se repite: para hacer frente a esta realidad, generada cuando está a punto de convertirse en señor de la tierra y de realizar casi el bíblico «Serás como Dios», pero separado de él, es entonces cuando aparece un nuevo tipo humano. Es la actitud propia de quien, ante el desafío de la destrucción y de la mecanización, responde con un acto interno absoluto, posee una nueva ética y una nueva visión de la existencia.

L'Operaio nel pensiero di Ernst Jünger (1960)

Cuando hoy se habla de crisis, para la mayoría, el punto efectivo de referencia es precisamente el mundo burgués: son las bases de la civilización y de la sociedad burguesa las que sufren esta crisis y son las amenazadas directamente por la disolución. *No es el mundo que nosotros hemos llamado de la Tradición*. Socialmente, política y culturalmente, está deshaciéndose el mundo que se había ido formando a partir de la revolución del Tercer Estado y de la primera revolución industrial.

Cavalcare la tigre (1961)

Por su tosquedad, por sus referencias explícitas a la cuestión de base –la economía– en el mito comunista son más fácilmente reconocibles los elementos que indican el sentido final (...). En sus formas radicales este mito –que allí donde ha logrado imponerse controlando movimientos, organizaciones y pueblos, mediante la correspondiente educación, conduce a una especie de lobotomía psíquica tendente a neutralizar metódicamente, incluso desde la infancia, cualquier forma de sensibilidad y de interés superior, y toda forma de pensar que no sea en términos de economía y de procesos económico–sociales– tiene tras de sí el vacío más pavoroso y presenta el valor del opiáceo más deletéreo hasta ahora suministrado para una humanidad desarraigada.

Cavalcare la tigre (1961)

El absurdo del sistema de vida moderna se evidencia con toda crudeza, precisamente, en aquellos aspectos económicos que, esencial y regresivamente, la determinan. Por un lado, de una economía de lo necesario,

se ha pasado decididamente a una economía de lo superfluo, debido a la superproducción y al progreso de la técnica industrial. La superproducción exige, por el volumen de las manufacturas necesarias, que se alimente y suscite en las masas un máximo volumen de necesidades. Pero, a través de estas, transformadas en habituales y «normales», se produce un creciente condicionamiento del individuo. Aquí, el primer factor a considerar, es la naturaleza misma del proceso productivo disociado. Éste ha arrastrado al hombre moderno, como un «gigante desencadenado» incapaz de detenerse y capaz de convertir en verdadero el *«Fiat productio, pereat homo!»* [¡que la producción pierda al hombre!] (W. Sombart)

Cavalcare la tigre (1961)

Los últimos tiempos nos han ofrecido el espectáculo de la deserción y de la traición de los clérigos: estos –como observó Benda– han abandonado sus posiciones y han terminado colocando la intelectualidad, el pensamiento y su misma autoridad poniéndola al servicio de la realidad material, de los procesos y de las fuerzas que se afirman en el mundo moderno, proporcionando justificación, derecho y valor. Esto ha contribuido a acelerar y potenciar aquellas fuerzas y procesos.

L'Italiano (junio–julio 1963)

Es innegable la caída de nivel de la iglesia moderna que se percibe en la importancia que atribuye a sus preocupaciones de carácter social y moralista, que antepone a la vía sobrenatural, con el ascesis y la contemplación, puntos esenciales de referencia de toda forma superior de religiosidad (...). De hecho, hoy las preocupaciones principales del catolicismo no pasan de ser un pequeño moralismo virtuosista sexual burgués y un inadecuado paternalismo asistencial.

Gli uomini e le rovine (IIª ed. 1967)

La revuelta puede ser legítima cuando se orienta contra una civilización en la que casi nada tiene ya una justificación superior, que es vacía y absurda, que, mecanizada y estandarizada, tiende ella misma hacia lo subpersonal en el mundo amorfo de la cantidad. Pero cuando se trata de «rebeldes sin bandera», cuando la revuelta es, por así decirlo, un fin en sí misma, todo lo demás que la acompaña sirve apenas de pretexto para el desencadenamiento

de formas de primitivismo, de abandono a lo que es elemental en el sentido inferior (sexo, jazz negro, embriaguez, violencia gratuita e incluso criminal, exaltación complaciente de lo vulgar y de lo anárquico). A partir de entonces no es arriesgado establecer un nexo entre estos fenómenos y los otros que, en un plano diferente atestiguan la acción de fuerzas del caos que afloran desde lo bajo a través de las grietas más visibles del orden subsistente.

Il Conciliatore (15 de noviembre 1967)

La perversión de la cultura moderna comenzó con el advenimiento de la ciencia, a la cual se han asociado el racionalismo y el materialismo. A tal respecto también puede hablarse de procesos autónomos que han dado la mano al hombre quien, por así decirlo, no consigue seguir el paso de sus propias creaciones. No se trata, naturalmente, de negar lo que han supuesto los avances científicos, sino reconocer los cambios que ha implicado sobre la visión del mundo, desde hace tiempo condicionada precisamente por la ciencia y por la filosofía, habiendo pasado las creencias religiosas a en un plano secundario e irrelevante. El «mito» de la ciencia debería ser cuestionado, es decir, la idea que la ciencia lleva a lo que es verdaderamente digno de ser conocido y que en sus aplicaciones va más allá del dominio de los simples medios y contribuye a la solución de los problemas fundamentales de la existencia y del mundo. «Progresismo» y cientifismo van, por lo demás, de la mano.

Il Borghese (5 de septiembre 1968)

Es casi humorístico incluir entre las «reivindicaciones sociales», entre los «derechos inalienables de la persona humana», la libertad sexual junto a la libertad de opinión, de culto, libertad de reunión, de residencia y de cualquier otra hermosa «conquista» de la democracia, desde el punto de vista de la cual, sin embargo, nada se podría objetar contra esta posterior «reivindicación». Aquí, como en otros lugares, podría recordarse las palabras del Zaratustra nietzscheano, al cual le interesaba no el ser libre *de* alguna cosa (de las restricciones) sino el ser libre *para* algo, es decir el uso de la libertad, y recordaba como muchos pierden el último de sus valores en el momento de sacudirse todos los yugos.

L'Arco e la clava (1968)

El advenimiento de la democracia significa algo más serio y más grave de lo que hoy puede parecer desde el punto de vista simplemente político, es decir como el error y la estúpida tendencia de una sociedad a dejarse llevar una sociedad, que prepara, por sí misma, su propia fosa. No es erróneo afirmar que el clima «democrático» es tal que no puede dejar de ejercer, a la larga, una acción en sentido regresivo incluso sobre el hombre como personalidad y en términos «existenciales»: precisamente tras las correspondencias antes indicadas entre el individuo como «pequeño organismo» y el Estado como «gran organismo». Tal idea puede confirmarse examinando varios aspectos de la sociedad más reciente. Platón dijo que aquellos que no tienen un señor en sí mismos, mucho menos lo tendrán fuera de sí mismos. Pues bien, al igual que la llamada «liberación de los pueblos», casi siempre mezclada con la violencia (como ha ocurrido tras la Segunda Guerra Mundial) y con el «progreso democrático» que elimina todo principio de soberanía y de verdadera autoridad y toda ordenación de lo alto, hoy se establece, en un número cada vez más relevante de individuos, una «liberación» que significa la eliminación de cualquier «forma» interna, de todo carácter y rectitud: en una palabra, el declive o la carencia en el individuo de aquel poder central por el cual hemos recordado con la sugestiva denominación clásica de *hegemonikon* [la parte rectora del alma para los estoicos]

L'Arco e la clava (1968)

Puede constatarse una inversión singular: la antigua humanidad ha sido acusada de ser «mítica», es decir de haber vivido y actuado en función de simples criterios fantásticos e irracionales. La verdad es, sin embargo, que nunca ha existido una humanidad «mítica» en sentido negativo, salvo, ciertamente, la humanidad contemporánea, que vive de aquellas grandes palabras escritas con mayúscula –empezando por Pueblo, Progreso, Humanidad, Sociedad, Libertad y tantas otras que han suscitado increíbles movimientos de masas y que conducen a imposibilitar toda capacidad de juicio lúcido y de crítica en el individuo, con las consecuencias más desastrosas. Todas estas palabras presentan hoy el carácter de mitos, si bien, mejor sería caracterizarlos como «fábulas», porque etimológicamente «fábula», derivada de *hacer*, significa lo que corresponde a un simple parlotear, es decir, palabras vacías. Tal es el nivel en el que se encuentra la considerada humanidad evolucionada e iluminada de nuestros días

L’Arco e la clava (1968)

Precisamente porque el *saeculum*, el mundo, hoy se ha llenado de lo inmanente de manera ciega y frenética, la Iglesia habría debido defender, con redoblada intransigencia y decisión, el «supranaturalismo» y todo lo que tiene un carácter trascendente y verdaderamente sagrado, partiendo de los valores de la contemplación y de la alta ascesis. Sin embargo, la preocupación por «ponerse al día» ha llevado a las supremas jerarquías católicas en dirección opuesta, buscando una adaptación tácita a aquello que puede «necesitar» el hombre de nuestro tiempo.

Il Conciliatore (15 junio 1969)

Uno de los signos del agotamiento de la cultura actual es la atención que se concede al llamado «movimiento contestatario» en general, y, en su forma particular, al «movimiento estudiantil». No es que tal movimiento carezca de importancia, por el contrario, la tiene como un signo de los tiempos (...). Las conexiones del contestatario con la llamada revolución sexual en sus aspectos más espurios y promiscuos, su colusión entre «melenudos», drogados y similares, son elocuentes, como lo es el espectáculo ofrecido por muchos sectores en los cuales el «sistema» represivo está siendo sustituido por otro cada vez más el «permisivo». ¿Qué uso se hace de este nuevo espacio y de esta nueva libertad? Los síntomas, aquí, se multiplican, evidenciando que toda esta «revuelta» está condicionada por lo bajo; la «contestación» aparece como lo opuesto a aquella revuelta, de fondo aristocrático, que aun podía caracterizar algunas individualidades de la generación precedente, a partir del mejor Nietzsche.

Il Conciliatore (15 abril 1970)

Dejando aparte sus aplicaciones clínicas, de validez restringida, si en un ámbito más amplio se aceptan las sugestiones, los mitos y la jerga del psicoanálisis, se está aceptando implícitamente una imagen mutilada, degradada, desfigurada del ser humano que impide, a la inversa de lo que pretendía, una verdadera integración de la personalidad. Por otra parte, la infección psicoanalítica y el papel que el psicoanálisis ha tomado en la cultura, deben considerarse como un signo poco tranquilizador de los tiempos, tiempos que antiguas tradiciones habían anunciado definiéndola como una «edad oscura». En lugar de tributar respeto y admiración a los

psicoanalistas, debería verse en ellos a personas necesitadas de un tratamiento, al ser afectadas por una verdadera y, más o menos, aguda paranoia que haría muy oportuno su aislamiento.

Il Conciliatore (15 noviembre 1970)

IV

AUTORIDAD – JERARQUIA – ARISTOCRACIA

En todas sus obras, y en particular en las «políticas», Evola indica a los hombres «en pie entre las ruinas» cual es vía para defender la personalidad frente a la amenaza de lo colectivo, así como las bases sobre las que se deberá reconstruir una sociedad civil y política normal: exaltando los valores jerárquicos, aristocráticos, cualitativos (es decir, «tradicionales») inseparables de una visión general coherente de la vida que se ha dado en llamar «revolucionario–conservadora». Revolucionaria, en tanto que niega radical y positivamente las ideologías y los mitos que dominan la actual decadencia europea (y especialmente italiana), desde la democracia al izquierdismo. Conservadora, como reacción que,

para defender valores de virilidad espiritual, dignidad y libertad hoy olvidados y que es preciso recuperar.

Para el presente capítulo han sido consultados: *Imperialismo Pagano, Rivolta contro il mondo moderno, Gli uomini e le rovine, Cavalcare la tigre* y *Il Fascismo*, así como de varios periódicos.

«La antítesis verdadera frente a 'Oriente' y a 'Occidente' no es la idea social, sino, por el contrario, la idea jerárquica integral».

Orientaciones (1950)

La causa verdadera de la decadencia de la idea política en el Occidente contemporáneo reside precisamente en el hecho de que los valores espirituales que una vez impregnaron el ordenamiento social han venido a menos, sin que nada haya podido sustituirlos. El problema es que se ha descendido al nivel de factores económicos, industriales, militares, administrativas y, como máximo, sentimentales, sin darse cuenta de que todo esto no es más que mera materia, necesaria hasta donde se quiera, pero nunca suficiente, para producir una ordenación social sólida y racional, apoyada sobre sí misma, de la misma forma que el simple encuentro de fuerzas mecánicas no producirá jamás un ser viviente.

Imperialismo pagano (1928)

Se dice que la democracia es el autogobierno del pueblo. La voluntad soberana es la de la mayoría, expresada libremente a través del voto entregado a representantes que son tenidos como símbolos del interés general. Pero, a pesar de que se insista en la idea de «autogobierno» surgirá siempre una distinción entre gobernados y gobernantes, en la medida en que un ordenamiento estatal no se construye si la voluntad de la mayoría no se concreta en personas particulares, a las cuales se confía el gobierno. Resulta evidente que estas personas no serán elegidas por casualidad: serán aquellas en las que se cree reconocer una mayor capacidad, *bon gré mal gré* [se quiera o no] una superioridad sobre los demás, de tal forma que no serán considerados como simples portavoces, sino que se les supondrá un principio de autonomía, una capacidad para legislar. Así aparecerá, en el seno del democratismo, un factor antidemocrático, que vanamente se busca reprimir con los principios del electoralismo y de la sanción popular.

Imperialismo pagano (1928)

La superioridad de los superiores se expresa entre otras formas, en el hecho, de que son capaces de discernir lo que constituye verdaderamente un valor, y de jerarquizar los verdaderos valores, ordenándolos unos en relación a otros. Ahora bien, los llamados principios democráticos desmantelan íntegramente la situación, en tanto que remiten a la masa el decidir (sea en las relaciones de las elecciones, sea en la preocupación de las elecciones, o de las sanciones) quién es superior; pero la masa es el conjunto de aquellos que, por hipótesis, son los menos aptos para juzgar, o cuyo juicio se restringe a los valores inferiores de la vida más inmediata. (...) Un error así –similar al que, tras haber concedido que los ciegos deban ser guiados por los que ven, exigiera que fueran los ciegos quienes decidieran quien ve más o menos– es la causa principal de la denunciada degradación moderna de la realidad política a realidad económico administrativa.

Imperialismo pagano (1928)

El democratismo vive sobre un presupuesto *optimista* completamente gratuito. No se da cuenta del carácter absolutamente irracional de la psicología de las masas (...) Las masas son arrastradas, no por la razón, sino por el entusiasmo, la emoción o la sugestión, de la misma manera que una mujer, sigue a quien sepa fascinarlo mejor, atemorizándola o atrayéndola, con

medios que en sí mismos no tienen nada de lógico. Como una mujer, es inconstante, y pasa de uno a otro, sin que tales tránsitos puedan ser uniformemente explicado mediante una ley racional o con un ritmo progresivo. Un «progreso» considerado justamente debería referirse, no al simple darse cuenta que las cosas desde el punto de vista material van mejor o peor, sino que consistiría en el traspaso de un criterio material a un criterio más alto de juicio; lo contrario constituye una mera superstición occidental, contra la que no nunca reaccionaremos con la suficiente energía. La concepción que prevalece hoy, afirma que el autogobierno de las masas es posible, que puede abandonarse a la colectividad el derecho de elección y de sanción, en cuanto todo que el «pueblo» puede ser considerado como una sola inteligencia, como un solo gran ser viviente dotado de una vida propia y de conciencia racional. En realidad, esto es un puro mito optimista, que ninguna consideración social o histórica positiva confirma y que ha sido inventado, únicamente, por una raza de siervos que, faltos de verdaderos jefes, buscan una máscara a su anárquica presunción de poder integrarse en una pequeña vida aburguesada. El presupuesto del democratismo –este optimismo– lo es también, y, sobre todo, de las doctrinas anarquistas. Y, llevado a una forma prosopopeyeizada y teologizada, reaparece aun en la base de las corrientes maziniana y de la misma teoría del considerado «Estado Absoluto».

Imperialismo pagano (1928)

La «nación», el «pueblo», la «humanidad», etc., lejos de ser seres reales, son simples metáforas, y su «unidad», por una parte, es meramente verbal, y por otra, no supone la de un organismo ya constituido según una racionalidad inmanente, sino, por el contrario, propia de un sistema de muchas fuerzas individuales, oponiéndose y equilibrándose entre ellas, y por ello mismo, esencialmente dinámica e inestable. Queremos tener presente esto al utilizar el término «muchos» para definir su naturaleza, añadiendo al carácter ya mencionado de irracionalidad de las «masas». Desde este punto de vista, el concepto–base de la considerada «voluntad del pueblo» aparece como inconsistente para sustituir con un equilibrio momentáneo de las múltiples voluntades, de los múltiples individuos más o menos asociados: como una cascada, que desde lejos puede parecer firme y entera, pero que al aproximarse resulta de una infinidad de elementos diversos en incesante movimiento. Todo democratismo no es más que un liberalismo travestido.

Sobre estas consideraciones, que concluyen en la *irrealidad* del ente–pueblo, del ente–nación, etc. y en lo ilógico de la realidad múltiple a la que concretamente se reducen, no se podría nunca insistir demasiado. Lo importante es revelar que, si socava aquello que puede justificar la doctrina democrática de la organización desde lo bajo como autogobierno del «pueblo» o de la «nación», también socavan una ficción aún más prohibida, de la que muchas concepciones, que se dicen y se creen antidemocráticas, están lejos de estar libres. Nos estamos refiriendo a la superstición y a la idolatría del «Estado», al concepto hegeliano de «Estado Absoluto», donde se afirma que aquello que lo real es el Estado y no los individuos, los cuales –cualesquiera que sean, a partir de los jefes– deben desaparecer ante el Estado. Pocos fenómenos obsesivos aparecen con un carácter tan aberrante como este, cuyo abstractismo es, en verdad, bastante peor que no el abstractismo democrático.

Imperialismo pagano (1928)

Al desplazar el problema del individuo a la sociedad, junto a aquel concepto de libertad se afirma otro principio «inmortal»: el de la igualdad. ¿Como olvidar que, si existe igualdad, no puede haber libertad o qué la nivelación de las posibilidades, la identidad de los deberes, el reconocimiento recíproco vuelve imposible la libertad? Repitámoslo de nuevo: la libertad verdadera existe solamente en un cuadro jerárquico, en la diferencia, en la irreductibilidad de las cualidades individuales; existe solamente allí donde el problema social se resuelve favoreciendo en un pequeño grupo el más completo desarrollo de las posibilidades humanas, al precio de la mayor desigualdad entre los otros, o según el estilo clásico pagano.

Imperialismo pagano (1928)

Tras el pueblo del que hablan los demócratas, encontramos a lo «individuos», los cuales (y aquí está la diferencia) son entendidos de manera igualitaria, en cuanto que el reconocimiento de los dirigentes se decide no a partir de la cualidad, sino por la cantidad (el mayor número, la mayoría del sistema electoral): pero la cantidad puede ser un criterio solamente en el supuesto de la igualdad de los individuos, que nivela el valor del voto de cada uno. Ahora bien, el «inmortal principio» de la igualdad es, sin duda, el que se presta a una mayor contestación. La desigualdad de los hombres es algo demasiado evidente para quien quiera ahorrar palabras: basta solamente abrir

los ojos y mirar.

Imperialismo pagano (1928)

Toda forma tradicional de civilización se caracteriza por la presencia de seres que, por su «divinidad», es decir por una superioridad innata o adquirida respecto a las condiciones humanas y naturales, son capaces de representar la presencia viva y eficaz del principio metafísico en el seno del orden temporal. Tal es, según el sentido interior de su etimología y el valor originario de su función, el *pontifex*, el «hacedor de puentes» o «vías» –*pons* tenía también arcaicamente el sentido de vía– entre lo natural y lo sobrenatural. Por otra parte, el *pontifex* tradicionalmente se identificaba con el *rex*, vinculado al concepto de una divinidad regia y de una realeza sacerdotal (...) El fundamento básico de la autoridad y del derecho del rey y del jefe –y por lo que era venerado, temido y glorificado, en los marcos del mundo tradicional– era esencialmente esta cualidad sagrada y no–humana, considerada, no como una palabra vacía, sino como una realidad. Por ello, lo invisible era sentido como un principio anterior y superior a lo visible y a lo temporal, así, se reconocía inmediatamente el primado de tales naturalezas sobre todos, con el correspondiente derecho natural y absoluto del soberano. En la civilización tradicional está completamente ausente la idea laica, profana, simplemente «política» de la realeza, que aparece en el período siguiente; el mundo de la tradición no conoció ni concedió preeminencia fundamental a la violencia, ni a la ambición, o a las cualidades naturales y mundanas, inteligencia, fuerza, habilidad, valor, sabiduría, solicitud por el bien material colectivo, y todo lo demás. La idea de que los poderes del rey proceden de aquellos a los que gobierna, o que sus leyes y su autoridad sean expresiones de la colectividad, sujetas a la sanción de ésta, son conceptos absolutamente extraña a la tradición.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

Es un absurdo creer que los verdaderos representantes de la autoridad espiritual, es decir de la tradición, se pusieran a correr tras los hombres para afirmar su poder o para obtener su obediencia; es absurdo que «actúen», en suma, y tengan interés directo en crear y mantener relaciones jerárquicas, en virtud de las cuales visiblemente pueden aparecer como Jefes. El reconocimiento por parte del inferior es la verdadera base de toda jerarquía tradicional. El superior no es quien tiene necesidad del inferior; siempre es el

inferior el que tiene necesidad del superior: no es el Jefe quien tiene necesidad de los subordinados, sino el subordinado quien tiene necesidad de un Jefe. La esencia de la jerarquía reside en el hecho de que, en algunos seres superiores, vive como presencia y realidad operativa, aquello que en otros existe sólo como aspiración confusa, como presentimiento, como tendencia, por lo que estos resultan inevitablemente atraídos por los primeros, a los que se subordinan de forma natural. En tal subordinación, no se trata tanto de una adhesión a algo exterior, sino de seguir a su verdadero «yo». Aquí reside el secreto de toda disposición para el sacrificio, de todo heroísmo, de toda viril integración en el mundo de las antiguas jerarquías; y, por otra parte, la base de un prestigio, de una autoridad, de una serena potencia y de una influencia, que ni siquiera el tirano mejor armado hubiera podido asegurarse.

Lo Stato (mayo 1938)

El verdadero espíritu aristocrático no puede tener rasgos comunes con las formas de dominio maquiavélico o demagógico como sucedió en las antiguas tiranías populares o entre los tribunos de la plebe. Ni siquiera puede tener como base una teoría del «superhombre», si implicase pensar solamente en un poder apoyado sobre cualidades puramente individuales y naturalistas característica de figuras violentas y temibles. En su más íntimo principio, la sustancia del espíritu aristocrático es, por el contrario, «olímpica», ya hemos dicho que se extrae de un orden metafísico. La base del elemento aristocrático es ante todo espiritual. El significado de la espiritualidad tiene poco que ver con la noción que hoy se tiene de ella: se conecta con un sentido innato de soberanía, con un desprecio por las cosas profanas, comunes, nacidas de la habilidad, el ingenio, la erudición e incluso de genialidad; desprecio, que se aproxima al que profesa el asceta, diferenciándose sin embargo por una ausencia completa de *pathos* [estado ánimo] y de sentimiento. Se podría añadir en esta fórmula la esencia de la verdadera naturaleza noble: una superioridad de raza, respecto a la vida convertida naturaleza.

Lo Stato (octubre 1941)

La desigualdad es verdadera por el mero hecho de que es verdadera por derecho, es real por que es necesaria. Aquello que la ideología igualitaria querría pintar como un estado de «justicia» sería, sin embargo, desde un punto de vista más alto y fuera de la retórica humanitaria, un estado de

injusticia... algo que ya un Cicerón y un Aristóteles habían reconocido. Plantear la desigualdad, quiere decir superar el concepto de cantidad, admitir la cualidad. En este punto se diferencian los dos conceptos de individuo y persona (...). La persona es el individuo diferenciado mediante la cualidad, mediante su rostro, una naturaleza propia, mediante una serie de atributos que lo hacen sí mismo y lo distinguen de cualquier otro; que lo vuelven fundamentalmente desigual. Es el hombre en el cual las características generales (partiendo de la más amplia y general de «ser humano» y así sucesivamente, la de ser de una raza dada, de una nación dada, de un Estado dado, de un sexo dado, de un grupo dado) asumen una forma diferenciada de expresión, articulándose variadamente, individuándose. Es ascendente cualquier proceso vital, individual, social o moral que transcurre en tal sentido, que lleva hacia la perfección de la persona según su naturaleza propia.

Gli uomini e le rovine (1953)

El principio según el cual todos los hombres son libres y poseen iguales derechos «por naturaleza», es un verdadero absurdo, por la sencilla razón de que «por naturaleza» los hombres no son iguales y que, cuando se ha pasado a un orden no simplemente naturalista, el «ser persona» no es una cualidad uniforme o uniformemente distribuida, ni tampoco una dignidad igual en todos y derivada automáticamente de la simple pertenencia de un individuo a la especie biológica «hombre». La «dignidad de la persona humana», con todo lo que implica y en torno a la cual los *iusnaturalistas* y los liberales hacen tantas alharacas, se reconoce donde verdaderamente existe, no en cualquiera. Allí dónde existe tal dignidad –repitámoslo– tampoco debe juzgarse igual en cada caso. Admite diversos grados, y es de justicia reconocer, para cada uno de estos ellos, un derecho y una libertad diferentes.

Gli uomini e le rovine (1953)

No puede existir paridad más que entre pares, es decir entre los que se encuentran objetivamente a un mismo nivel, que encarnan un grado análogo de «ser persona». La libertad y el derecho no pueden ser la misma que en los otros grados, superiores o inferiores al suyo. Es evidente que para la «fraternidad», incluida como complemento sentimental y pietista en los «inmortales principios», puede aplicarse la misma restricción; resulta una insolencia hacer de ella una norma y un deber universal en términos

promiscuos. Por lo demás, la idea de «fraternidad», cuando fue considerada dentro de un marco jerárquico propio de los «pares» y de los «iguales» tuvo en el pasado un concepto aristocrático.

Gli uomini e le rovine (1953)

Sobre la libertad –primer término de la terna revolucionaria– debe reafirmarse la misma idea. La libertad se entiende y defiende en modo cualitativo y diferenciado en cada persona; a cada uno le viene dada la libertad que merece, medida por la estatura y la dignidad de su persona y no por el hecho abstracto y elemental de su ser simplemente hombre o «ciudadano» (la famosa proclamación de los *droits de l'homme et du citoyen*). La máxima clásica *libertas summis infimisque aequanda*, expresaba que la libertad es equitativamente distribuida de lo alto a lo bajo. «No existe una única libertad, sino que existen muchas libertades», se ha escrito igualmente. No existe una libertad abstracta y genérica, sino que existen libertades articuladas conforme a la propia naturaleza; no existe una libertad homogénea, sino un conjunto de estas libertades diferenciadas y cualificadas que el hombre debe hacer surgir en sí» (Spann). En cuanto a la otra libertad, la liberal y jusnaturalista, es una ficción del mismo estilo que la «igualdad».

Gli uomini e le rovine (1953)

Ningún Dios ha atado nunca al hombre; el despotismo divino sólo es una fantasía propia de las interpretaciones iluministas; el mundo de la Tradición estaba orientado de lo alto hacia lo alto, mediante un sistema de jerarquías, variedades de la autoridad legítima y de la potestad sacra. De todo este sistema el verdadero y esencial mandamiento era, sin embargo, la particular conformación interna, la capacidad de reconocimiento y los diversos intereses congénitos en un tipo de hombre ahora casi completamente degradado. El hombre, en un momento dado, ha querido «ser libre». Se le ha dejado hacer, se ha dejado que se desligara de los vínculos que lo sostenían; se ha dejado que su liberación acarrease todas las consecuencias derivadas de una concatenación rigurosa, hasta el estado actual, en el que el «Dios ha muerto» (Bernanos dice, «Dios se ha retirado») y la existencia se ha convertido en el campo de lo absurdo donde todo es posible y todo es lícito.

Cavalcare la tigre (1961)

Hoy apenas se advierte la antítesis existente entre la autoridad natural de un verdadero jefe y la autoridad basada sobre un poder informe o sobre la capacidad o el arte de mover las fuerzas emotivas e irracionales de las masas, puesta en marcha por una individualidad excepcional. Para ser más concretos, diremos que en un sistema tradicional se obedece y se es súbdito en base a lo que Nietzsche llamó el «*pathos* de la distancia», es decir cuando se experimenta la sensación de estar ante alguien, casi, de otra naturaleza. En el mundo de hoy, con la transformación del pueblo en plebe y en masa, se obedece, como máximo, en base a un «*pathos* de la proximidad», es decir, de la igualdad; se tolera sólo a aquel jefe que, en esencia, es «uno de los nuestros», que es «popular», que expresa «la voluntad del pueblo», que se presenta como el «gran compañero». Un «ducismo» en sentido deteriorado, se ha afirmado con el hitlerismo y en el mismo estalinismo («el culto a la personalidad» que remite al confuso concepto del «héroe» defendido por Carlyle), corresponde a esta segunda orientación, a la vez antitradicional e incompatible con los ideales y con el *ethos* [costumbre, carácter, personalidad] de la verdadera Derecha.

Il fascismo (1964)

El comportamiento «popular» de los últimos papas es significativo de la caída de nivel y del considerado «seguir los tiempos»; el «volverse populares», el renunciar al prestigio de la distancia, que se da también en el caso de los soberanos aun existentes y de la nobleza, es constatable también en el mismo dominio religioso.

Il fascismo (1964)

Se hace como si más allá de la dictadura (solución transitoria plausible solamente frente a una situación de emergencia y ante la incapacidad de un gobierno regular) y del «fascismo», tal como lo presentan facciosamente y en forma distorsionada del antifascismo militante y el comunismo, no fuera concebible nada más. Lo que resulta verdaderamente insoportable para algunos, en realidad, no es la «dictadura», sino todo lo que supone *autoridad*. Es cómodo olvidar que, en la historia, tanto la dictadura o la democracia absoluta, necesariamente demagógica, no son más que excepciones, y que lo normal fueron los regímenes monárquicos, basados sobre un principio legítimo y reconocido de autoridad. Y precisamente, tal es el principio que hoy resulta contestado, no solamente en el campo estrictamente político, sino

también en la familia, en la escuela, en la educación, en las costumbres, en toda estructura, e incluso en el seno de la Iglesia cuyo clero «progresista» quisiera ver una reforma en el sentido «conciliar» y «antipontifical». Este es el verdadero fondo de la «libertad» fetichizada que refleja una insuficiencia propia del período infantil o de la crisis de la pubertad, con la incapacidad y el rechazo de reconocer cualquier cosa superior o valores objetivos a los que se puede subordinar sin sentirse mínimamente humillado. La exclusión por principio de estos valores, en nombre de la «libertad», y por tanto del agnosticismo y del relativismo, son los presupuestos básicos de la polémica contra toda autoridad.

Il Conciliatore (15 de marzo de 1969).

V

Doctrina del Estado

En sus obras «políticas», Evola reafirma los principios que deben servir como fundamento para el verdadero Estado. Así, partiendo precisamente del «tradicionalismo integral», ha formulado, desde 1928 y desarrollado posteriormente (sobre todo en *Gli Uomini e le rovine*, 1953), las líneas esenciales de una doctrina del Estado, cuyo carácter orgánico (y no «totalitario»), jerárquico y «anagógico»

reivindica, cuyo sentido se ha perdido casi por completo, pero que estuvo presente en la gran tradición política europea. En la base del pensamiento político evoliano se encuentra la idea de que la causa de la decadencia de la idea del Estado en el Occidente contemporáneo reside en el hecho de que los valores espirituales que una vez se compenetraban con el ordenamiento social han venido a menos, sin ser sustituidos por nada que pueda considerarse positivo: por tanto, allí donde faltan principios y valores espirituales (una especie de «legitimación de lo alto»), no se puede hablar de clase dirigente ni siquiera en sentido político.

Los fragmentos presentados en el presente capítulo han sido extraídos de *Orientamenti, Gli Uomini e le rovine* y *Il fascismo*, como también de artículos y ensayos escritos en varios períodos (en especial en *Lo Stato*, revista mensual de Carlo Costamagna)

El principio de la nueva ética, de la nueva jerarquía, del nuevo derecho, del nuevo Estado, es precisamente esta: sé persona.

Lo Stato (julio 1937)

Para hablar de *organización*, es preciso hablar antes de *diferenciación*, es decir de afirmación del principio de la personalidad. El carácter distintivo del verdadero Estado es éste: ser un Estado viril, un Estado personalizado, un Estado en ruptura completa con el mito del colectivismo y del «socialismo». Sus principios se identifican de manera precisa con estas palabras de Paul de Lagarde: «El ser «humano» es un *menos* respecto al ser «nacional» y el «ser nacional» es a su vez un *menos* respecto al ser persona».

Lo Stato (abril 1934)

La monarquía representa al *elemento supranacional inmanente de una nación*. Por lo que es natural que con un grupo de naciones constituidas como monarquía quede virtualmente abierta la vía a una superior unidad espiritual, a una entente a través de los vértices nacionales, que es exactamente lo opuesto de cualquier promiscuidad democrático–internacionalista. Esto se conoció en la Edad Media con el símbolo del Sacro Imperio, donde no existía nacionalismo, sino *nacionalidad.*

La Rassegna Italiana (junio 1934)

Es preciso mantenerse firmes ante el concepto de «Estado moderno» que no representa lo que defendemos. El «Estado moderno» precisamente es algo que hemos superado. Esta fórmula intenta pasar de contrabando un mero apéndice de aquella superstición evolucionista–progresista, según la cual, con el racionalismo, el cientifismo y la democracia la historia del mundo ha alcanzado verdaderamente su edad adulta, dejando tras de sí un mundo de barbarie.

Lo Stato (mayo 1937)

Una vez planteada la antítesis genérica contra todo lo que es mecánico e inorgánico, se trata pues de definir, entre las varias formas de un organismo, cuál debe servir de modelo analógico para la nueva doctrina del Estado. Nos parece bastante obvio, en este sentido, que este tipo de organización, dado que apunta a una unidad que debe tener a los hombres como elementos, deberá reproducir, más o menos, esas mismas relaciones jerárquicas que definen la misma entidad humana. Estas relaciones no son indeterminadas y genéricas, sino precisas, mostrando la distinción y simultánea coordinación de cuatro esferas: la esfera de la vitalidad pura, la esfera de la economía orgánica general (vida vegetativa, sistema del gran simpático), la esfera de la voluntad, la esfera del espíritu. *Nadie podrá negar seriamente que, para un hombre digno de este nombre, la condición normal sea la de una vida que demuestra la subordinación jerárquica de estas cuatro esferas en el orden mismo en el que las hemos nombrado. Ni siquiera debería ser difícil asumir que la correspondencia de estos principios del ente humano en un organismo social son: mundo de las masas, mundo de la economía, mundo guerrero, mundo espiritual.*

Lo Stato (mayo 1937)

La superación verdadera del individualismo o del colectivismo sólo se alcanza cuando hombres están frente a hombres, en la diversidad natural de su ser de su dignidad, resaltando al máximo el antiguo dicho de que la suprema nobleza de los jefes no es gobernar a siervos, sino a señores que aman la libertad incluso la de aquellos que obedecen». En cuanto a la unidad que debe impedir, en general, cualquier forma de disociación y de absolutización de lo particular, debe ser esencialmente espiritual, debe configurarse como una influencia central orientadora, un impulso que, en función de los ámbitos, asuma las formas más diferenciadas de expresión. Esta es la verdadera esencia de la concepción «orgánica», opuesta a las relaciones rígidas y extrínsecas propias del «totalitarismo». En este marco, la exigencia de la dignidad y de la libertad de la persona humana, que el liberalismo sabe concebir solamente en términos individualistas, igualitarios y privados, puede realizarse íntegramente.

Orientamenti (1950)

El plano político en cuanto tal, es el de la unidad superior respecto a las unidades definidas en términos naturalistas como son las que corresponden a las nociones genéricas de nación, de patria y de pueblo. En este plano superior, lo que une y lo que divide es la Idea, una idea asumida por una determinada élite y que tiende a concretarse en Estado. Por esto, la doctrina fascista –que en esto permanece fiel a la mejor tradición europea– sitúa a la Idea y al Estado sobre nación y pueblo, que solamente dentro del Estado adquiere significado, forma y participa en un grado superior de existencia. Precisamente en períodos de crisis, como el actual, es preciso mantenerse firmes en esta doctrina. En la Idea se reconoce nuestra verdadera patria, no en pertenecer a una misma tierra o a una misma lengua, sino en compartir la misma idea y reconocer a quien está en contra.

Orientamenti (1950).

El fundamento de todo verdadero Estado es la trascendencia de su principio, es decir del principio de soberanía, de autoridad y de legitimidad. En la historia de los pueblos tales verdades esenciales han tenido distintas expresiones, mientras que, al desconocerlas, también se ha desconocido su significado propio o, al menos, ha quedado distorsionado. Pero más allá de las múltiples variedades de tales formas se encuentra siempre, como «constante», el concepto del Estado como la irrupción y la manifestación de

un orden superior, que se concreta en un *poder*. Por tanto, toda verdadera unidad política se presenta como encarnación de una *idea* y de un *poder* distinguiéndose así de cualquier unidad de hecho, de cualquier forma de asociación naturalista o de «derecho natural», de toda agregación determinada por factores sociales o económicos, biológicos, utilitarios o eudemonistas (…) La esfera política se define con valores guerreros y jerárquicos, heroicos e ideales, anti hedonistas y, en cierta medida, también anti eudemonistas, que la separan del orden de la existencia naturalista y vegetativa; los verdaderos fines políticos son fines, en gran medida, autónomos (esto es, no derivados), vinculados a ideales e intereses diferentes de la existencia pacífica, la pura economía, el bienestar físico, remitiendo a una dimensión superior de la vida y a un orden distinto de dignidad. Esta oposición entre la esfera política y la espera social, es fundamental.

Gli uomini e le rovine (1953)

La legitimación más alta y real del verdadero orden *político,* e incluso del mismo Estado, está en su función anagógica: en su capacidad para suscitar y alimentar la disposición de la persona para actuar y pensar, para vivir, luchar y eventualmente morir en función de algo que va más allá de su simple individualidad. Tal disposición es tan real, que es posible no sólo el uso, sino incluso el abuso de la misma.

Gli uomini e le rovine (1953)

Los valores espirituales y los grados de la perfección humana no tienen que ver con la prosperidad económico–social o con su ausencia. Que la indigencia sea siempre fuente de abyección y de vicio, y las condiciones sociales «avanzadas» representen lo opuesto, es una locura propia de las ideologías materialistas, las cuales además se contradicen a sí mismas cuando enuncian otro mito, según el cual los «buenos» serían aquella parte del «pueblo», de los trabajadores oprimidos e indigentes, mientras que los malvados están todos de parte de las clases ricas, corruptas u opresoras. Ambos conceptos son verdaderas fábulas. La realidad es que los verdaderos valores no tienen ninguna relación obligatoria con las condiciones sociales y económicas, mejores o peores, y que, como ya se ha dicho, sólo donde los valores se sitúen en el primer plano se puede aproximar a un orden de efectiva justifica incluso sobre el mismo plano material.

Gli uomini e le rovine (1953)

La idea de Estado orgánico es una idea tradicional hasta el punto de que se puede decir que todo verdadero Estado siempre ha tenido un carácter orgánico. Orgánico es un Estado cuando dispone de un centro y este centro es una idea que informa de manera eficiente a varios dominios; es orgánico, cuando ignora la escisión y la autonomización de lo particular y, en virtud de un sistema de participación jerárquica, cualquier parte de su relativa autonomía tiene una funcionalidad y una conexión íntima con el todo.

Gli uomini e le rovine (1953)

El liberalismo es la exacta antítesis de la doctrina orgánica. Considera como elemento primario el hombre, no como persona, sino como individuo, en una informe libertad, será sólo concebible un juego mecánico de fuerzas, de unidades que accionan y reaccionan unas sobre otras según el espacio que logran usurparse entre sí, sin que el todo refleje ninguna ley superior de orden y ningún sentido. La única ley, el único Estado que el liberalismo admite tiene un carácter extrínseco respecto a sus sujetos.

Gli uomini e le rovine (1953)

Existe una frase de Tácito que resume lapidariamente aquello en lo que se convierte una «revolución liberal» a poco de estallar*: Ut imperium evertant, libertatem praeferunt; si perverterint, libertatem ipsam adgredientur*, es decir: Para derribar un Estado (en su función de Autoridad, de Soberanía, de *Imperium*) sitúan por delante la libertad; una vez lo consiguen, pasan a atacar a esta. Platón ya había dicho: «La tiranía ruge y cobra forma solamente en la democracia y de la extrema libertad surge la servidumbre más plena y áspera». Liberalismo e individualismo no han servido más que como instrumentos en el plano complejo de la subversión mundial, a la que han abierto los diques. Resulta pues de importancia capital reconocer la continuidad de la corriente que ha generado las varias formas políticas antitradicionales en cada fase del caos de los partidos: liberalismo, luego democracia (parlamentarismo), luego socialismo, más tarde radicalismo, finalmente comunismo y bolchevismo (estalinismo), que no han aparecido históricamente más que como grados de un mismo mal, como estadios que preparan cada uno para el sucesivo.

Gli uomini e le rovine (1953)

Hoy se acusa de «fascista» a cualquier régimen diferente del glorificado por los apóstoles de la democracia y de los «inmortales principios». Pero el totalitarismo no representa más que la imagen contrahecha del ideal orgánico. Es un sistema en el que la unidad está impuesta desde el exterior, no en base a la fuerza intrínseca de una idea común y de una autoridad reconocida de manera natural, sino a través de formas directas de intervención y de control que se extraen de un poder y de una política puramente materialista afirmadas como la razón extrema del sistema. Por otra parte, en el totalitarismo está implícita una tendencia niveladora, le resulta insoportable toda forma parcial de autonomía y cada grado de libertad, o cualquier especie de unidad social intermedia entre el centro y la periferia, entre el vértice y la base.

Gli uomini e le rovine (1953)

En las formas modernas de bonapartismo –sobre todo en los que entran en el totalitarismo dictatorial– se puede percibir una mezcla del concepto maquiavélico del «príncipe» con el del demagogo hijo de la democracia, en la medida en que un seudo–héroe se arroga una mística que tiene como contrapartida una técnica perfeccionadas, completamente desprovista de escrúpulos e incluso demoníaca en cuanto a los medios, para estabilizar el poder y controlar a la fuerza irracional de la masa: «política absoluta», cuyo significado posible del hombre como personalidad libre le es desconocido, como es desconocido en los jefes aquel respeto hacia sí mismo, hacia la propia dignidad, condición primera para cualquier superioridad aristocrática.

Gli uomini e le rovine (1953)

En cuestión de libertad es importante distinguir la libertad *de* hacer algo de la libertad *para* hacer algo. La primera es, en el orden político, una libertad negativa que carece por completo de vínculos, mientras, en sí misma, es esencialmente informe; en rigor desemboca en el arbitrio y en la anomia y, donde haya sido distribuido de manera igualitarista y democrática a cada uno, se reduce a una imposibilidad. Donde existe igualdad no puede existir libertad; y de existir no será la pura libertad, sino que serán las muchas libertades domesticadas y mecanizadas en un limitarse mutuamente.

Gli Uomini le rovine (1953)

La libertad que las ideologías antitradicionales han defendido tiene solamente un carácter indiferenciado, afuncional y rebelde, pero siempre exterior, casi diríamos físico. La emancipación del individuo consiste en ser libre, no respecto a algo externo, real o imaginario y, en general, respecto a otros, sino *respecto a sí mismo*, es decir en relación a la parte naturalista de sí mismo, algo que, sin embargo, suele ignorarse. Sólo provisto con tal libertad, –sin tener un cierto gusto hacia ella, no puede considerarse verdaderamente a una persona como tal– normalmente debería legitimarse toda dignidad en la jerarquía cualitativa. En tal presupuesto la esfera política va a interferir con la ética (en un sentido espiritual, no moralista). Aquí será precisamente decisiva la cualidad viril de quien, en caso de conflicto entre exigencias opuestas, hace prevalecer el derecho de determinados principios y de una ley dada sobre lo que pertenece al dominio de la sensibilidad y de la materia, ya se trate de sí mismo o se trate de otros.

Gli uomini e le rovine (1953)

Nada es tan evidente como considerar *al capitalismo moderno tan subversivo como el marxismo*. Idéntica es la visión materialista de la vida que está en la base de uno y del otro; idénticos cualitativamente son los ideales de ambos; idénticos, en ambos, son las premisas derivadas del culto a la técnica, a la ciencia, a la producción, al «rendimiento» (…). Se debe afirmar, sin medias tintas, que todo lo que es economía e interés económico con satisfacción de las necesidades animales y de sus distintas prolongaciones, siempre ha tenido, tiene y tendrá una función subordinada en una humanidad normal. Más allá de esta esfera debe diferenciarse un orden de valores superiores, políticos, espirituales, heroicos, un orden que no conoce y ni siquiera admite clases simplemente económicas, que no sabe ni de «proletarios» ni de «capitalistas», un orden, sólo en función del cual deben definirse las cosas por las que vale verdaderamente vivir y morir, debe establecerse una jerarquía verdadera, deben diferenciarse las dignidades y, en el vértice, entronizar una función superior de mando, de *imperium*.

Gli uomini e le rovine (1953)

No es el valor de un sistema económico o de otro, sino el de la economía en general, lo que se cuestiona. La misma antítesis entre capitalismo y marxismo, que proyecta su sombra sobre el fondo de nuestro tiempo, debe ser considerada como una seudo–antítesis (…). La antítesis verdadera no es, pues

la que se da entre capitalismo y marxismo, sino la existente entre un sistema en el cual la economía es soberana, sea cual sea la forma que revista, y un sistema en el cual, la economía está subordinada a factores extraeconómicos, dentro de un orden bastante más amplio y completo, capaz de conferir a la vida humana un sentido profundo y permitir el desarrollo de las posibilidades más altas de la misma.

Gli uomini e le rovine (1953)

Puede afirmarse legítimamente que la pretendida «elevación de las condiciones sociales» considerada como un bien, es, en realidad, un mal, cuando el precio a pagar por ella sea el servilismo del sujeto al mecanismo productivo y al conglomerado social, la degradación del Estado en «Estado del trabajo», la eliminación de toda jerarquía cualitativa, la atrofia de toda sensibilidad espiritual y de cualquier capacidad «heroica», en el sentido más amplio de la palabra. Hegel escribió que «la historia universal no es el terreno de la felicidad y los períodos de felicidad (en el sentido de bienestar material y prosperidad social) son en la historia páginas en blanco». Pero también, individualmente, las cualidades que en un hombre valen más y que lo hacen verdaderamente tal, despiertan en un clima social duro, incluso de indigencia y de injusticia, constituyendo un desafío, a través del cual es puesto espiritualmente a prueba, mientras que declinan casi siempre cuando al animal humano se le asegura el máximo de vida cómoda y segura y la parte alícuota de bienestar y de felicidad de animal bovino, que no cesan de ser tales por mucho que tengan como contrapartida radios y aviones, Hollywood y los circuitos deportivos.

Gli uomini e le rovine (1953)

Quien conserva una sana facultad para juzgar, puede fácilmente reconocer lo que ya percibió el taoísmo: las calamidades políticas y sociales que derivaron y derivan de la instrucción y de la iluminación de las masas. No se trata, ciertamente de mantener a las masas en la ignorancia para poderlas explotar mejor en interés de una clase superior parasitaria. Se trata, por el contrario, de evitar una seudo cultura que, en primer lugar, dañe a esas mismas masas, al destruir en cada uno la simplicidad natural, siendo el origen de continuos desequilibrios sociales. El saber que hay que condenar no es el necesario para el ejercicio de actividades útiles y saludables conforme a la propia vocación, sino el que sólo sirve para «politizar a las masas» y

despertar en ellas aspiraciones artificiales y materialistas.

Comentario a *Il libro del Principio e della sua azione de Lao–tzé* (1959)

Hoy es habitual asociar exclusivamente el principio de la representación y el mismo concepto de un parlamento, al sistema de la democracia absoluta, basado en el sufragio universal. Este planteamiento absurdo indica, más que cualquier otra cosa, el individualismo que, combinado con el puro criterio cuantitativo, del número, define a la democracia moderna. Decimos individualismo en sentido peyorativo porque aquí se trata del individuo como unidad abstracta y atómica, no como «persona»; la cualidad de persona –esto es de un ser que tiene una dignidad específica, una cualidad diversa y rasgos diferenciados– siendo también evidentemente negada y ofendida en el sistema en el que un voto equivale a cualquier otro, en el que el de un gran pensador, o un príncipe de la Iglesia, de un eminente jurista o sociólogo, de un jefe del ejército y así sucesivamente, tiene el mismo valor y peso a efectos del escrutinio de las urnas que el de un cretino analfabeto, de un deficiente mental o del hombre de la calle que se deja sugestionar por la propaganda o que vota por quien le paga. Que se pueda hablar de «progreso» en referencia a una sociedad donde se considere justo todo eso, es una de los muchos absurdos que quizás en tiempos mejores serán motivo de estupor o de diversión.

Il fascismo (1964)

Se debería distinguir entre sistema representativo en general y sistema representativo igualitario, nivelador con base puramente numérica. También el Estado que llamamos tradicional conoció el principio representativo, pero en un contexto orgánico. Se trató de una representación, no de individuos, sino de «cuerpos»; los individuos valen solamente en cuanto forman parte de una unidad diferenciada teniendo cada una un peso concreto y una cualidad específica.

Il fascismo (1964)

El Estado tradicional es orgánico, no totalitario. Es diferenciado y articulado, admite zonas de parcial autonomía. Coordina y hace participar en una superior unidad a fuerzas a las que, sin embargo, reconoce su

libertad. Precisamente porque es fuerte, no tiene necesidad de recurrir a una centralización mecánica: esta es requerida solamente cuando se debe contener a una masa informe y atómica de individuos y de voluntades, con lo que, por otra parte, el desorden no podrá nunca ser eliminado, sino sólo provisionalmente contenido. Para usar una feliz expresión de Walter Geinrich, el Estado verdadero es *omnia potents,* no *omnia facens,* es decir el vértice detenta un poder absoluto que puede y debe hacer valer sin obstáculos en caso de necesidad o en las decisiones últimas, más allá del fetichismo del considerado «Estado de Derecho»; pero no se entromete en todas las actividades, no sustituye a todo, no tiende a una organización cuartelera (en sentido negativo) ni a un conformismo nivelador en lugar del libre reconocimiento y del lealismo.

Il fascismo (1964)

El corporativismo del *Ventennio* en lo que tiene de válido debe ser interpretado esencialmente en el marco de una idea orgánica y antimarxista, es decir fuera de todo lo que se puede llamar legítimamente «socialismo». Sólo a este respecto el fascismo habría podido ser una «tercera fuerza», una tercera posibilidad ofrecida a la civilización europea, opuesta tanto al comunismo como al capitalismo.

Il fascismo (1964).

Quien quisiera condenar y atacar en bloque al fascismo se vería obligado también a condenar ideas y principios que no fueron propios solamente del fascismo, sino que estuvieron también presentes de manera relevante en otros sistemas precedentes. Así, por ejemplo, se estaría obligado a definir, más o menos como «fascista», a la mayor parte de los Estados que la historia nos presenta incluso en tiempos lejanos, cuando se basaron en un principio de autoridad y de jerarquía y no admitieron nada similar a la democracia absoluta, al liberalismo o al socialismo.

Il fascismo (1964)

Aquello que sobrevive del «fascismo» y que puede mantener un valor y una actualidad son sus potencialidades, como alguien ha dicho justamente, aquello que «podía y debía ser» si se hubieran dado ciertas condiciones. La neta toma de posición contra toda democracia y ante todo socialismo es la

primera característica del Estado del que hablamos. Esto pondrá fin al estúpido orgullo, a la vileza y a la hipocresía de todos los que hoy se llenan la boca con la palabra «democracia», proclaman la democracia y la exaltan. La democracia no es más que un fenómeno regresivo y crepuscular. El verdadero Estado se encuentrará, por tanto, orientado tanto contra el capitalismo como contra el comunismo. En su centro figurará un principio de autoridad y un símbolo trascendente de soberanía. La encarnación más natural de tal símbolo es la monarquía. La exigencia, de conferir un carisma a dicha trascendencia, es un valor fundamental (…). La fórmula «politizar a las masas» debe ser rechazada. La gran parte de la nación sana y ordenada no debe ocuparse de política. El trinomio fascista «autoridad, orden y justicia» mantiene, para el verdadero Estado, una válida actualidad.

Il fascismo (1964)

La reforma corporativa debe realizarse dentro de las estructuras concretas del mundo del trabajo y de la producción, es decir, en las empresas. Así se alcanzará una nueva dimensión orgánica y se logrará una eliminación decisiva del clasicismo, de la lucha de clases, y también de lo «capitalista». Debe rechazarse el sindicalismo, instrumento de todas las subversiones y verdadero cáncer del Estado democrático. Al igual que la concepción fascista, será el Estado quien haga de árbitro, de moderador y de juez, en caso de contrastes y disfunciones. La objetividad y el rigor de esta instancia superior, a concretar en estructuras adecuadas, permitirá también la abolición del instrumento de la huelga, cuyos abusos, empleo chantajista y finalidad política está mucho más allá de reivindicaciones sociales o económicas y se han convertido en cada vez más evidentes e insoportables. La defensa del principio de una verdadera justicia comportará la denuncia de lo que hoy viene continuamente proclamado como «justicia social»: justicia al servicio de los estratos más bajos de la sociedad, de las llamadas «clases trabajadoras» y en detrimento de todas las demás clases, hasta el punto de constituir una verdadera injusticia. El Estado verdadero será jerárquico y, sobre todo, sabrá reconocer y hacer respetar la jerarquía de los verdaderos valores, dando el primado a los de carácter superior, no a los de tipo material o instrumental, admitiendo legítimas desigualdades o diferencias de posiciones sociales, de posibilidades y de dignidades.

Il fascismo (1964)

En la concepción clásica, tal como se expresa en un Aristóteles, en un Platón o en un Plotino, es conforme a justicia aquel ordenamiento en el que cada uno hace aquello que le es propio, en el que cada uno tiene lo que le es propio, en el que cada uno realiza aquello que le es propio. El mismo catolicismo, en el período de oro de la escolástica, hoy vituperado como «medievalismo» por sus exponentes demócratas y «abiertos la izquierda», no conocía una verdad diferente, ni otra ética más que esta.

Gli uomini e le rovine (IIª ed.: 1967)

El sistema estabilizado en Occidente con el advenimiento de la democracia –el sistema mayoritario de sufragio universal– impone de partida la degradación de la clase dirigente. De hecho, el mayor número, libre de cualquier restricción y cláusula cualitativa, no puede más que inclinarse a favor de los estratos sociales más bajos; y para cautivar a tales estratos y ser llevado al poder por sus votos, siempre recurrirá a hablar la lengua capaz de ser entendida por estos electores, poniendo en primer plano sus intereses predominantes, que son naturalmente los más groseros, materiales e ilusorios; prometerá siempre, nunca exigirá. Así toda democracia es, en su mismo principio, una escuela de inmoralidad, una ofensa a la dignidad y a la altura interna que deberían corresponder a una verdadera clase política.

Gli uomini e le rovine (IIª ed.: 1967)

Una doctrina del Estado puede solamente proponer valores para poner a prueba las afinidades electivas y las vocaciones predominantes o latentes de una nación. Si un pueblo no sabe o no quiere reconocer los valores que hemos llamado «tradicionales» y que definen a una verdadera Derecha, ese pueblo merece ser abandonado a sí mismo. Como máximo, se pueden indicar las ilusiones y las sugestiones de las que se ha sido víctima, debido a una acción general y sistemáticamente organizada, y a procesos regresivos. Si ni siquiera esto llevase a un resultado sensible, ese pueblo sufrirá el destino que, haciendo uso de su «libertad», se ha creado…

Il fascismo (IIª ed.: 1970)

VI
RAZA Y RAZAS

La raza, desde un punto de vista tradicional, es estilo, es «una fuerza formadora del interior». La «doctrina de la raza» evoliana, que se conecta con la visión tradicional y con una teoría general del ser humano, que el autor ha desarrollado en muchas ocasiones, se ha desarrollado autónomamente en un determinado contexto histórico (1934–1943) y en oposición al «racismo biológico», entonces en boga: constituye un análisis en profundidad del hecho racial que está integrado en una perspectiva más amplia de cara a la formación de un tipo humano superior. Para Evola, la raza es afirmación de la cualidad frente a la cantidad, de la forma contra lo informe, del hombre como «persona» frente al individuo–átomo: la raza actúa como una culminación de los valores del espíritu y de la personalidad.

La doctrina de Evola puede ser interpretada como un esfuerzo de «espiritualización de la raza»: en su tiempo y por autorizadas fuentes oficiales, fue, sin embargo, definida como «una singular forma de antirracismo» (Ugoberto Alfassio Grimaldi, en *Civiltà Fascista*).

Para elaborar el presente capítulo han sido consultadas ante *todo Tre aspetti del problema ebraico, Sintesi di dottrina della raza, Indirizzi per una educaziones razziale* y, además, *Rivolta control il mondo moderno, Gli Uomini e le rovine* y *L'Arco e la clava*, además de escritos de distintos períodos.

«Ser racista significa tener una conciencia y un conocimiento preciso de que las fuerzas radicadas en

nuestro interior, las que no sufren influencias mecánicas e impersonales del ambiente, son verdaderamente determinantes para nuestra vida, para nuestro carácter y para nuestras vocaciones».

Indirizzi per una educazione razziale (1941)

Cuando una raza ha perdido el contacto con lo único que le puede facilitar estabilidad –con el mundo del «ser»– los organismos colectivos que ha formado, sea cual sea su grandeza y potencia, descienden fatalmente al plano de lo contingente: están a merced de lo irracional, de lo mutable, de lo «histórico», de todo aquello que recibe de lo bajo y del exterior sus condiciones. La sangre, la pureza étnica, son elementos que también en las civilizaciones tradicionales tienen su valor: valor que, sin embargo, no es suficiente para aplicar a los hombres los mismos criterios sobre el carácter o la «pureza de la sangre» que deciden perentoriamente las cualidades y el valor de un perro o de un caballo, tal como hacen con desprecio ciertas ideologías racistas modernas. El factor «sangre» y «raza» tiene su importancia, porque no es «psicológicamente» –en el cerebro y en las opiniones de los individuos– sino en las mismas fuerzas más profundas de vida, donde las tradiciones viven y actúan como típicas energías formadoras.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

En lugar de advertir que, el declive demográfico de las razas occidentales, sucede porque, desde hace siglos, han entrado espiritualmente en agonía y, por tanto, se trata de afrontar desde el interior el problema y el peligro, en ocasiones se han mezclado con toda seriedad con criterios, que hacen pensar seriamente que el valor de un hombre o de una raza se aproxima a la fecundidad de un conejo, al semental o al carnero. Además, se agitan ideologías diversas y vanas, con mitos sobre este o aquel «deber» del «ciudadano», etc., con lo que, de nuevo, reaparece materialismo y humanismo. No se sospecha que, incluso sin necesidad de recurrir a un plano

demasiado alto, el punto fundamental se busca allí donde sería del todo natural encontrarlo: en la sexualidad y en las relaciones entre los sexos propios a la civilización moderna.

Rivolta contro il mondo moderno (1934).

Se puede todavía hablar de un «espíritu hebraico» disgregador, a través del racionalismo y del cálculo, hasta un mundo hecho de máquinas, de cosas, de dinero más que de personas, de tradiciones, de patrias, solamente usando el término «hebraico» en sentido analógico, sin hacer referencia obligatoriamente a la raza. ¿Cómo se podría, si no, identificar seriamente hebraísmo y americanismo? En el proceso concreto del desarrollo de la civilización moderna, el hebreo puede ser considerado como una forma operante que actúa junto a otras en la construcción de la «civilización» de la decadencia racionalista, cientifista y mecanicista moderna, pero no es, en absoluto, su única causa generadora. Creer esto último, sería verdaderamente una tontería. Lo cierto es que se prefiere combatir contra fuerzas personalizadas antes que contra principios abstractos y contra fenómenos demasiado generales para poder impresionar más. Así, algunos se han dirigido contra el hebreo, en la medida en que éste pareció recoger en sí mismo y de una manera característica, aquello que hoy está difundido en esferas mucho más amplias e, incluso, entre naciones que más han estado al margen de la infiltración judía.

Tre aspetti del problema ebraico (1936)

No es mediante procedimiento extrínsecos e intervenciones violentas, sino a través de una profunda convulsión, mediante una curación espiritual y un movimiento desde el interior, capaz de revivir aquellos valores, esencialmente super–biológicos y supra–raciales, como puede llegarse a una solución verdadera para el tipo de civilización y de espiritualidad que hemos definido como «arios». De otra manera, de un mal solamente puede llegar otro. Esto ocurre cuando no se sabe combatir al capitalismo o a la finanza, o a la «internacional hebrea», desembocando en tendencias socialistas y plebeyas, que se mantienen como tales, incluso cuando toman los hábitos del nacionalismo o de las dictaduras nacionales, o cuando no se es capaz de combatir al hebraísmo más que de forma hebraica, es decir, en nombre de un exclusivismo racista y particularista calcado, sin saberlo, precisamente del modelo del que Israel es el típico ejemplo histórico.

Tre aspetti del problema ebraico (1936)

Hasta ayer, la «raza» era un concepto aristocrático: ser «de raza» y ser noble, es decir, pertenecer a una determina *élite*, cerrada y hereditaria, eran casi sinónimos y la «sangre» era el único elemento privilegiado que se salvaba de la degeneración democrática de cualquier valor. La nueva concepción y el nuevo mito racista, según el cual la raza tiende a hacerse sinónimo de «pueblo» y de «nación», es una generalización que amenaza con destruir, no el último resto de una supervivencia histórica u otra, sino –y esto es lo más grave– su principio. En un pueblo que se ha convertido y que es concebido como «una única raza», desaparece toda diferencia, incluso la antigua noción aristocrática de la sangre, transformándose en un instrumento de nivelación.

La Vita Italiana (septiembre de 1938)

Asumida de manera totalitaria, la doctrina de la raza presenta dos aspectos distintos, aunque solidarios. El primero –y más conocido habitualmente– es de orden propiamente biológico y antropológico: está destinado a identificar al tipo humano preponderante en una comunidad nacional determinada, a preservarlo de cualquier alteración y contaminación, a potenciarlo, a hacerlo corresponder con un determinado sentimiento y con un orgullo concreto, que tiende a desarrollar, a tonificar, a hacer más concreto y «orgánico» el principio genérico de la nacionalidad. En su segundo aspecto, la doctrina de la raza se presenta como una idea propiamente revolucionaria en lo relativo a la visión general del hombre y de la vida, en el orden cultural y espiritual, pero también científico, donde tiende a sustituir a la forma opuesta de considerar las cosas, y rompe de lleno con las supervivencias del nacionalismo, del individualismo, del igualitarismo nivelador, del humanitarismo masónico y enciclopédico.

Il Popolo d'Italia (7 de febrero de 1939)

Si el notorio «manifiesto de los intelectuales» ha declarado que el tipo italiano es nórdico–ario, esto, evidentemente, no debe interpretarse en el sentido de una mera constatación de la existencia de este tipo en todo el pueblo italiano, en sí mismo muy variopinto, sino en el sentido, de que precisamente este tipo es verdaderamente representativo de nuestra mejor y más pura sangre, a diferencia de cualquier otro. Y, si estudiamos racialmente

los testimonios de las antiguas tradiciones, nos damos cuenta de las convergencias. El más alto ideal que busca dar forma al nuevo tipo del hombre fascista, recuerda el estilo, la dignidad y la fuerza de la primera raza romana, aquella que, según los más antiguos testimonios griegos, hacía aparecer el senado romano como una «asamblea de reyes», definición que recuerda algunos aspectos de las mismas *élites* arias del Oriente indogermánico.

La Vita Italiana (agosto 1940)

Hoy no existen razas puras en el sentido absoluto del término, sino en la persona de algunos ejemplares diseminados. Esto no impide que el concepto de raza pura pueda ser tomado como punto de referencia, en términos, sin embargo, de un ideal y de un fin último.

Sintesi di dottrina della raza (1941)

Es necesario adoptar una postura decidida contra aquel racismo que considera que toda facultad espiritual y todo valor humano es un simple efecto de la raza considerada solamente desde el punto de vista biológico, operando así una mortificante reducción de lo que es superior a lo que es inferior, más o menos en el mismo espíritu del darwinismo y del psicoanálisis hebreo. Pero, al mismo tiempo, se debe tomar posición contra aquellos que consideran un racismo restringido a los problemas antropológicos, genéticos y biológicos, para sostener que la raza, si, existe, pero que no tienen nada que ver con los problemas, los valores y las actividades propiamente espirituales y culturales del hombre. Nuestro punto de vista supera ambas posiciones, con la afirmación de que la raza existe tanto en el cuerpo como en el espíritu. La raza es una fuerza profunda que se manifiesta tanto en el ámbito corporal (raza del cuerpo), como en el ámbito anímico–espiritual (raza interior, raza del espíritu). La pureza de raza, en el sentido íntegro del término, se tiene cuando estas dos manifestaciones se corresponden, es decir, cuando la raza del cuerpo coincide con la raza del espíritu o raza interior, hasta el punto de poderla utilizar como su órgano más adecuado de expresión.

Indirizzi per una educazione razziale (1941)

Quien tiene la imagen del tipo humano en el que todos sus elementos están realmente unificados, tiene también la percepción del sentido del lado trágico

y oscuro de aquellos casos, en los que tal unidad se ha degradado. Un alma que viva el mundo como algo frente a lo que adopta activamente una posición, como el objeto de un ataque y de una conquista, normalmente debería tener un rostro que, en sus rasgos audaces y osados, reflejase esta experiencia interior, un esbelto, cuerpo alto, nervioso, directo, un cuerpo ario o nórdico–ario. Piénsese ahora en el caso en el que esta alma tuviera un rostro grasiento y regordete como instrumento expresivo, un cuerpo torpe y lento, en suma, una raza física, que normalmente parece hecha para expresar una interioridad completamente diferente. Ciertamente, la raza interior chocará, por así decir, con aquel cuerpo heterogéneo y dará a las mismas características otro significado; a pesar de todo, encontrará la forma de expresarse. Pero, para utilizar una imagen del mismo Clauss, será como si se estuviera obligado a tocar una partitura escrita para violín con una ocarina.

Indirizzi per una educazione razziale (1941)

Así como el racismo, en el ámbito político se opone al mito democrático, iluminista e igualitario, en el ámbito cultural se sitúa contra las construcciones y las supersticiones de la civilización laica y profana de las sociedades burguesas, afirmando el principio de una virtud, de una nobleza y de una dignidad que no se «aprenden», sino que se poseen o que no se poseen, que son insustituibles, que son precisamente dones de la estirpe, de la raza, ligadas a una tradición y a fuerzas mucho más profundas que las del individuo y de su intelecto abstracto.

Sintesi di dottrina della raza (1941)

Es falso que el ambiente determine al individuo y a la raza. El ambiente –natural, histórico, social, cultural– puede solamente influir en el «fenotipo», es decir, en la forma exterior y contingente de manifestar (en el individuo o en un grupo determinado) ciertas tendencias hereditarias y raciales, que se mantienen siempre como el elemento primario, originario, esencial e incoercible. Ser racista significa, por tanto, tener la conciencia precisa y el conocimiento de que fuerzas radicadas en nuestro interior, y no las influencias mecánicas e impersonales del ambiente, son verdaderamente determinantes para nuestra vida, para nuestro carácter y para nuestras vocaciones. Este punto de vista conduce a nuevas perspectivas históricas: se opone, de hecho, a la teoría del ambiente incluso cuando considera que las grandes civilizaciones del pasado hayan sido determinadas por su

emplazamiento, por las condiciones climáticas e históricas en sentido restringido, por la economía y así sucesivamente. El hombre es, sin embargo, la fuerza decisiva que, incluso en ambientes adversos, ha dado forma a las distintas civilizaciones.

Indirizzi per una educazione razziale (1941)

La herencia racial puede compararse con un patrimonio recogido por los ancestros y transmitido a la descendencia. No existe determinismo porque a la descendencia se le concede libertad para el uso de tal patrimonio: puede conservarlo, potenciarlo, hacerlo fructificar, como también puede disiparlo y destruirlo (…). Así, la conciencia racista, mientras reconoce el significado y la función de la personalidad en la raza, por otra parte, aspira a despertar un sentimiento preciso de responsabilidad en el individuo sobre el uso de su libertad en relación al patrimonio racial, biológico o espiritual, que a lo largo de toda una cadena de generaciones, le ha sido transmitido.

Indirizzi per una educazione razziale (1941)

De la misma manera que es cierto que en la raza italiana existen núcleos importantes de la tipo nórdico–arios en el espíritu en el alma y en el mismo cuerpo, así es igualmente cierto que existe, próximo a ellos, la Italia de los tipos pequeños y negros, de los rasgos y del sentir alterados por cruces seculares, tipos sentimentales, gesticulantes, impulsivos, profunda y anárquicamente individualistas, una Italia del *«dolce far niente»*, de las rimas en *«cuore e amore»*, de los maridos meridionales celosos, de las mujeres «ardientes» pero atiborradas de prejuicios burgueses, con polichinelas, macarrones y cancioncillas.

Sintesis di dottrina della razza (1941)

Uno de los espectáculos más tristes de la civilización moderna, es el constituido por «pensadores» que en el conjunto de sus especulaciones abstractas son una cosa y en su vida y en su «estilo» son otra, por no hablar, también, del cuerpo que, normalmente, debería ser espejo fiel de la interioridad; tal espectáculo, en el filósofo deseado por la doctrina de la raza, será bastante difícil de ver: sin embargo, quizás volverá a vivir algo de la grandeza y de la coherencia de los antiguos Sabios, maestros de vida que rechazaban especulaciones vanas y abstractas.

La Difesa della Razza (5 de abril 1941)

El italiano oscila entre dos límites: uno está constituido por el elemento romano, el otro por el elemento mediterráneo (…). Las cualidades del tipo «romano» representan el *límite positivo* de las disposiciones latentes en las mejores franjas de nuestra población, mientras que, por el contrario, las cualidades caracterizadas como «mediterráneas» corresponden al *límite negativo* y a la parte menos noble de esta; se vuelven a encontrar correspondencias similares en otros pueblos, especialmente del grupo «latino». Debe tenerse en cuenta sin fingimientos que, hasta hace poco, han sido considerados como típicamente italianos, especialmente en el exterior, modos de ser bastante próximos al límite «mediterráneo» que no es, precisamente, el «romano» y que la componente «mediterránea», se ha convertido en característica en el conjunto de la vida italiana tras la segunda guerra mundial.

Gli uomini e le rovine (1953)

Si nos preguntamos qué fue lo más negativo que presentó el fascismo o lo que existía tras la fachada estable y doctrinal del fascismo, hay que aceptar que reveló su naturaleza en el momento de la prueba. Nos referimos, esencialmente, al factor humano. No nos importa derribar la tesis de cierto antifascismo al afirmar que, no fue el fascismo quien actuó negativamente sobre el pueblo italiano y sobre la «raza italiana», sino a la inversa: fue este pueblo, esta «raza» quien operó negativamente sobre el fascismo, es decir sobre el intento fascista, al demostrar que no estaba en condiciones de facilitar un número suficiente de hombres a la altura de las altas exigencias y de ciertos símbolos, elementos sanos y capaces de promover el desarrollo de las potencialidades positivas que podían estar contenidas en el sistema.

Il fascismo (1964)

Las cualidades que eventualmente se pueden rechazar en los hebreos, son las mismas que encontramos presentes en los considerados arios actuales que demuestran disponer de ellas en no menor medida, sin tener siquiera el atenuante de los precedentes hereditarios. Hablando del capitalismo americano y considerando la relación tradicional del hebreo con la especulación, con el dinero y con el interés, Werner Sombart ha podido decir análogamente, que el hebreo se ha emancipado y ha accedido a la época

moderna, en la misma medida en que ha transmitido su propia mentalidad al no–hebreo.

Il fascismo (1964)

Mientras, por ejemplo, en las familias se reconoce el pleno derecho de frecuentar a quien se prefiera y no tener relaciones con los que no se desea mantener contactos, en los Estados Unidos, cuando se trata de blancos y negros esta elemental libertad es negada: en nombre de la santa democracia, que en tantos otros casos se presenta como paladín intransigente de la libertad, aquí este elemental derecho no es reconocido y se quiere imponer con la violencia y con la ley de la promiscuidad, contactos no deseados entre grupos étnicos profundamente heterogéneos por la sangre, la mentalidad, las costumbres y las disposiciones innatas.

Il Conciliatore (15 de abril de 1968)

Un «sano racismo» no tiene nada que ver con el prejuicio de la «piel blanca»; se trata esencialmente de una jerarquía de valores, en base a la cual decimos «no» a los negros, a todo lo que es negro y a las contaminaciones negras (las razas negras, en tal jerarquía, está apenas por encima de los primitivos de Australia, según una conocida morfología, correspondiendo principalmente al tipo de razas «nocturnas» y «telúricas», en oposición a las «diurnas»), mientras que ciertamente hubiéramos estado dispuestos a admitir una superioridad sobre los «blancos» de los estratos hindúes superiores, chinos, japoneses y de algunos troncos árabes, a pesar de su piel no blanca, dado a lo que se ha reducido la raza blanca en la época de la expansión mercantilista–colonial.

L'Arco e la clava (1968)

Fenómenos como la atención prestada al negro, el descubrimiento y la exaltación de la negritud, la introducción del negro entre los blancos, la apertura democrática al negro y la defensa de la promiscuidad, y así sucesivamente, todo esto sería inconcebible si no recordásemos lo que es propio de la fase terminal y crepuscular de un ciclo de vida. Cuando el primitivismo y las múltiples aperturas hacia lo bajo, caracterizan a una civilización espiritualmente degenerada e invertebrada, a pesar de todo su esplendor y de todas sus conquistas exteriores, el círculo se cierra y nacen

aberrantes «afinidades electivas».
Il Conciliatore (15 de abril 1968)

El racismo alemán desde la óptica germano–aria, debe ser visto como una aberración demagógica, especialmente el considerar, como había declarado Hitler, que ser un barrendero en el Reich sería un honor mayor a ser rey de un país extranjero. Esto no quita para que, desde el punto de vista de la Derecha, cierta equilibrada conciencia y dignidad de «raza» pueda ser considerada como saludable, especialmente si se piensa donde se ha terminado en nuestros días la exaltación de la negritud y de todo lo que le acompaña, con la psicosis anticolonialista, con el fanatismo «integracionista»: todos ellos, fenómenos paralelos a la decadencia entera de Europa y de Occidente.

Note sul Terzo Reich, apéndice *a*
Il fascismo visto dalla Destra (IIª ed.: 1970)

VII

SEXO Y EROS

En nuestra época caracterizada por una especie de obsesión totémica al erotismo y a la «mujer» y a causa de la relevancia psicoanalítica dada a la sexualidad, en tanto que

potencia elemental, oscura y subpersonal, Evola reconoce en el sexo una realidad profunda susceptible de cumplir también, en determinadas condiciones, la función de instrumento para alcanzar una tensión espiritual.

Aunque varias referencias a este tema se encuentran en sus libros, sobre todo en *Metafisica del sesso* (1958) el autor examina a fondo los problemas del sexo, poniendo de relieve todo lo que en el amor y en el eros puede conducir hasta un acceso a la trascendencia, facilitando elementos para la misma orientación personal de un «tipo humano diferenciado», tanto que esa obra se puede considerar como la base para una verdadera «sexología de Derecha». La diferencia entre la concepción tradición de Evola y la «positiva», radica en que el primero mantiene una visión no solo biológica del eros, y considera que la dualidad masculino/femenino reviste a todo el ser humano, de manera visible o invisible.

Los fragmentos que presentamos en el presente capítulo han sido extraídos no solamente de la citada *Metafisica del sesso*, sino también de: *Rivolta contro il mondo moderno, Sintesi di dottrina della raza, Cavalcare la tigre, La dottrina del Risveglio, Lo Yoga della potenza* y *L'Arco e la clava*, como también de artículos publicados en diversos periódicos.

«Quien no es hombre en el espíritu y en el alma, no es verdaderamente hombre, y otro tanto vale para la mujer»

Metafísica del sesso (1958)

El mundo moderno, no sólo no conoce ya ni verdaderos hombres, ni verdaderas mujeres, sino que es incapaz siquiera de recordar el *sentido* de la generación, el aspecto ritual y también sagrado que tradicionalmente

presentaba la unión de los sexos. ¿A qué se reduce, en la práctica, hoy, la sexualidad entre los más «civilizados»? Cuando no se trata de un simple encuentro natural entre «compañeros», similar a una partida de golf o de bridge, es una ocasión de «placer» turbiamente perseguida por pequeños seres que sólo intentan hurtar un breve estremecimiento del que se levantarán vacíos y deshechos. En el sexo se experimentaba la grandeza y la potencia de una energía creadora primordial, superior al individuo, y del que el individuo era responsable. En la mujer, se evocaban potencias abisales tanto de ardor y de luz, como de peligro y de disgregación. Se vivía en ella la tierra, en el hombre el cielo.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

Es fácil prever en que se convierten, a este ritmo, las relaciones entre los dos sexos, incluso en su aspecto material. Aquí, como en el magnetismo, cuanto más alta y viva es la chispa creativa, más decidida es la polaridad: por cuanto más el hombre es verdaderamente hombre y la mujer verdaderamente mujer. ¿Qué puede ocurrir sin embargo entre estos seres mixtos, privados de cualquier relación con las fuerzas de su naturaleza más profunda? ¿Entre estos seres en los que el sexo empieza y termina en el simple plano fisiológico, incluso cuando no hayan aparecido inclinaciones anormales? ¿Entre estos seres que, en su alma, no son ni hombres, ni mujeres, donde el hombre y la mujer, y toman como un más allá del sexo aquello que efectivamente no es más que un más acá del mismo?

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

Si no es posible volver a despertar un *significado espiritual* en el sexo, si la forma viril no se vuelve a identificar plenamente con la sustancia espiritual que se ha vuelto amorfa y promiscua, todo es inútil. La virilidad física, fálica, animal y muscular es inerte, no contiene ningún germen creativo en un sentido superior, incluso cuando se engaña a sí misma en el acto de la posesión, permanece como un mero instrumento frente a la fuerza más sutil de la seducción femenina. *Solo en el espíritu, el sexo es verdadero y absoluto*. Virilidad, espiritualmente, no tiene otro significado que «solaridad».

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

Aquí las cuestiones y las preocupaciones relativas al sexo encuentran en muchos casos, con una preocupante facilidad, la vía para convertirse en problemas morales e incluso «espirituales». Y así nos encontramos frente a conexiones extremadamente unilaterales, por ejemplo, entre el honor y los asuntos del sexo, conexiones sorprendentes que ciertamente no denotan un alto sentido de dignidad masculina. De hecho, es difícil indicar una raza heroica que haya vinculado la vida de la alcoba a las cuestiones del honor viril. De manera similar, se sitúa el lugar del sexo en la misma religión: el «pecado» –que, correctamente y, a la manera aria, debería, sobre todo, tener que ver con la vida interior y el mundo ético– recibe una interpretación vinculada sobre todo a este plano carnal y sensual.

Sintesi di dottrina della raza (1941)

Es indiscutible que la «mujer mediterránea» y, por supuesto, la italiana, aparte de cualidades, por llamarlas así, «naturalistas» que pueda tener como esposa verdadera y como madre, tiene mucha necesidad, de ser «reorientada» en dirección a un estilo de espontaneidad, claridad, de sinceridad, de libertad interior. Algo imposible, si el hombre no la ayuda, en primer lugar, haciéndole sentir, por lo que se refiere al amor y sexo, que no puede tener más que una parte subordinada en la vida formada según un estilo nórdico–ario; en segundo lugar, dejando constantemente de hacerse pasar por un Don Juan, porque, normalmente, de los dos, es la mujer la que debe buscar al hombre, y no al revés.

Sintesi di dottrina della raza (1941)

Las relaciones entre hombre y mujer deben ser más sinceras, directas y orgánicas; relaciones que no pueden naturalmente ser entre pares, sino las que corresponden a dos personas que se encuentran y que compensan sus dos formas diversas de ser. La intensidad de tales relaciones dependerá de la medida, en la que cada uno sepa ser verdaderamente él mismo, ser completo, sin complicaciones interiores y fiebres artificiales, leal, libre y decidido.

Sintesi di dottrina della raza (1941)

Hay que oponerse al concepto que presenta como si fuese un progreso y un enriquecimiento el tránsito del amor sexual al amor de naturaleza principalmente afectiva y social, basado en la vida de pareja, con el

matrimonio, la familia, la prole y todo lo demás. Existencialmente, no hay en todo ello un *más*, sino un *menos*, una bajada intensiva de nivel. En estas formas queda roto el contacto, aunque sea poco claro, con las fuerzas primordiales, o tan sólo se mantiene por reflejo. Como veremos, un amor fijado en este plano —el plano de lo «humano, demasiado humano» de Nietzsche— es tan sólo un sucedáneo. Metafísicamente, con ese amor el hombre inventa una solución ilusoria para responder a la necesidad de confirmación y de integralidad ontológica que constituye el trasfondo esencial e inconsciente de la pulsión sexual.

Metafisica del sesso (1958)

En el plano de la vida de relación, el hombre tiene necesidad del amor y de la mujer para escapar a la angustia existencial y para imaginarse que da un sentido a su vida; inconscientemente, busca un sucedáneo, y acepta y alimenta cualquier ilusión. Se ha hablado, y con razón, de la «atmósfera sutil que emana del sexo femenino, de la que no te das cuenta mientras permaneces sumergido en ella; pero, cuando desaparece, sientes un vacío cada vez mayor en tu propia existencia y te atormenta una vaga aspiración a algo tan poco definido que no sabes explicártelo» (Jack London). Ese sentimiento sirve de substrato a la sociología del sexo, al sexo como factor de la vida asociada: desde el matrimonio hasta el deseo de tener familia, prole y descendencia, deseo tanto más vivo cuanto más crece la distancia del plano mágico del sexo y más se siente oscuramente la desilusión que conoce el deseo más profundo del ser, más allá del espejismo que resplandece en los momentos de los primeros contactos y los momentos fuertes de la pasión. A este ámbito, en el que el hombre domesticado encierra habitualmente el sexo, especialmente en nuestros días, bien podemos llamarlo el ámbito de los subproductos de segundo grado de la metafísica del sexo y, en el sentido dado por Michelstaedter a estas expresiones, como un mundo de «retórica» que sustituye al mundo de la «persuasión» y de la verdad.

Metafisica del sesso (1958)

En la «normalidad» del eros, no hay la «idea» del placer como motivación determinante; lo que hay es la pulsión que, despertada en ciertas circunstancias por la polaridad sexual como tal, provoca por sí sola un estado de embriaguez hasta la crisis del «placer», en la unión de los cuerpos y en el

orgasmo. El que ama realmente, al poseer a una mujer no tiene más en mente la idea del «placer» que la de la progenitura. El freudismo, pues, se equivocó al poner en primer lugar el «principio del placer» —*Lustprinzip*— en el fundamento del eros e incluso de toda la vida psíquica humana. Con ello, el freudismo era tan sólo hijo de su época, en la medida en que, en tiempos de decadencia como la época contemporánea, el erotismo se vive principalmente en la forma disociada de simple «placer», y la sexualidad, con arreglo a éste, sólo desempeña el papel de una especie de estupefaciente al que se da un uso, además, no menos profano que a los estupefacientes propiamente dichos.

Metafisica del sesso (1958)

Entre el hombre y la mujer, por referencia al tipo, a su «idea platónica», hay una diversidad que excluye toda medida común; incluso algunas facultades aparentemente comunes a ambos sexos y «neutras» tienen distinta función y distinta impronta según estén presentes en el hombre o en la mujer. Preguntarse si la «mujer» es superior o inferior al «hombre» es tan poco adecuado como preguntarse si el agua es superior o inferior al fuego. Para cada uno de los dos sexos, el criterio de valor no puede proporcionarlo el sexo opuesto, sino únicamente la «idea» del sexo al que se pertenece

Metafisica del sesso (1958)

El único problema serio es saber en qué medida, en una época dada y en una sociedad determinada, puede el hombre ser él mismo y la mujer ella misma mediante una aproximación resuelta a sus respectivos arquetipos, y en qué medida sus relaciones, más allá de la variedad de las formas exteriores y de los diversos cauces institucionales, reflejan la ley natural inmutable arraigada en la metafísica misma de lo masculino y de lo femenino. Esta ley es la siguiente: integración y complementariedad recíprocas, paralelamente a una subordinación de principio de la mujer al hombre. Todo lo demás —para hablar al modo de Nietzsche— es necedad.

Metafisica del sesso (1958)

El hombre tradicional trató de descubrir en la divinidad misma el secreto y la esencia del sexo. Para él, los sexos, antes de existir físicamente, existían como fuerzas supraindividuales y como principios trascendentes; antes de aparecer en la «naturaleza» existían en la esfera de lo sagrado, de lo cósmico,

de lo espiritual. Y en la múltiple variedad de las figuras divinas diferenciadas en dioses y diosas, aquel hombre trató de captar precisamente la esencia del eterno masculino y del eterno femenino, de la que la sexualización de los seres humanos no es más que un reflejo y una manifestación particular.

Metafisica del sesso (1958)

Dado que, en el mundo tradicional, existía un sistema de correspondencias entre realidades y símbolos, entre acciones y mitos, el mundo de las figuras divinas sexuadas no sólo permitía penetrar las dimensiones más profundas de la sexualidad humana, sino que implicaba relaciones capaces de proporcionar principios normativos para las relaciones que en toda civilización sana han de establecerse entre ambos sexos, entre el hombre y la mujer. A partir de ahí, estas relaciones adquirían un significado profundo, eran conformes a una ley y una norma superiores al mundo de la contingencia, de lo arbitrario y de las situaciones puramente individuales.

Metafisica del sesso (1958)

El sexo es la «mayor fuerza mágica de la naturaleza»; actúa en él un impulso en el que se esconde el misterio del Uno incluso cuando casi todo, en las relaciones entre hombre y mujer, se degrada en abrazos animales, se diluye y dispersa en sentimentalismos blandos e idealizantes o en el régimen domesticado de las uniones conyugales socialmente autorizadas.

Metafisica del sesso (1958)

La fuerza del sexo se encuentra en la raíz misma del individuo vivo y cae en una ilusión quien cree poder realmente suprimirla. Como máximo, es posible reprimirla en sus manifestaciones más directas, con lo que sólo se conseguirá alimentar los fenómenos de una existencia neurótica y escindida en los que ha arrojado incluso demasiada luz el psicoanálisis moderno. Pero la verdadera alternativa frente a la fuerza del sexo es esta: afirmarla o transformarla. Y cuando no se está en condiciones de operar la transmutación, desde el punto de vista espiritual es desaconsejable la represión; ésta puede conducir a contrastes internos paralizantes, a disipaciones de energía, a peligrosas transposiciones. De lo cual ofrece suficientes ejemplos especialmente la mística cristiana de fondo emotivo. La segunda posibilidad, o sea la transmutación, es a lo que se refiere en realidad

el precepto ascético o iniciático de castidad y continencia.
Metafisica del sesso (1958)

Si se produce algún reflejo de una trascendencia vivida que se manifieste involuntariamente en la existencia cotidiana, eso sucede a través del sexo. Quienes llegan más allá a este respecto no son quienes se entregan a especulaciones, a actividades intelectuales, sociales o «espirituales», sino únicamente los que se elevan hasta una experiencia heroica o ascética. Para la humanidad común sólo el sexo procura, aunque sea en el arrebato, en el espejismo o en oscuro trauma de un instante, aperturas más allá de los condicionamientos de la existencia puramente individual. Este es el verdadero fundamento de la importancia, que ningún otro impulso iguala, que amor y sexo han tenido y tendrán siempre en la vida humana.
Metafisica del sesso (1958)

Todo el mundo conoce el papel que desempeña el sexo en nuestra época, hasta el punto de que actualmente podría hablarse de una especie de obsesión sexual. Nunca como hoy en día se ha puesto tan en primer plano el sexo y la mujer. De mil formas distintas, la mujer y el sexo dominan en la literatura, el teatro, el cine, la publicidad, y están en toda la vida práctica contemporánea. De mil formas, la mujer es exhibida para atraer e intoxicar sexualmente al hombre sin cesar. El *striptease*, la moda americana de la muchacha que en escena se va desnudando progresivamente quitándose una tras otra sus prendas más íntimas hasta el mínimo necesario para mantener en los espectadores la tensión propia de ese «complejo de espera» o estado de suspense que se vería destruido por la desnudez inmediata, completa y descarada, tiene el valor de símbolo que resume todo cuanto en los últimos decenios de civilización occidental se ha desarrollado en todos los terrenos bajo el signo del sexo.
Metafisica del sesso (1958)

Podemos referirnos aquí a un conjunto de características determinado por ciertas interferencias entre la moralidad y la sexualidad, ya que no entre espiritualidad y sexualidad. Es necesario, en efecto, considerar como una anomalía la importancia concedida a las cuestiones sexuales en el ámbito de los valores éticos y espirituales, hasta el extremo de emplearlas

frecuentemente como patrón de estas últimas. El asunto es todavía más singular cuando es raro encontrar en la civilización occidental precedente —queremos decir en la antigüedad clásica— algo análoga. Pareto ha podido hablar de una «religión sexual» que, en el siglo pasado, se ha sustituido, con sus tabús, sus dogmas y su intolerancia, a la religión propiamente dicha y que se han manifestado bajo formas particularmente virulentas en los países anglosajones, en donde ha tenido y todavía tiene, en cierta medida, como adecuadas compañeras, otras dos religiones dogmáticas y laicas de un nuevo género: la religión humanitaria y progresista y la religión de la democracia.

Cavalcare la tigre (1961)

Los procesos en curso llevan a una eliminación de las inhibiciones, a una vida sexual libre que, evidentemente, tiene un sentido muy diferente al de una vida libre del sexo. Es como si esta obsesión sexual que se había manifestado anteriormente, con la mentalidad puritana, bajo un signo negativo, manifestándose a través de inhibiciones, tomara, hoy en día, incluso adoptando un carácter más agudo, un signo positivo. Que una característica particular de la época actual sea un demonismo del eros, que sexo y mujer sean los motivos dominantes en la sociedad actual, es un hecho evidente que, por lo demás, pertenece a la fenomenología normal de toda fase final y crepuscular de un ciclo de civilización. Allí donde el sexo se pone de relieve, es natural que la mujer, su dispensadora y su objeto, domine la situación, como puede constatarse hoy en día: a esta especie de «demonismo», de intoxicación sexual crónica, característica de la época actual, manifestada de mil maneras en la vida pública y en las costumbres, corresponde una ginecocracia virtual, una tendencia sexualmente orientada a la prepotencia de la mujer, prepotencia que, a su vez, está en relación directa con la involución materialista y utilitaria del sexo masculino.

Cavalcare la tigre (1961)

Aparte de los casos en los que la desnudez femenina casi completa sirve para alimentar la atmósfera de sexualidad abstracta y colectiva de nuestra época, es preciso estudiar el caso de una desnudez que ha perdido su carácter «funcional» serio, que, porque es pública y habitual, habitúa el ojo a la castidad, vuelve capaz de mirar a una muchacha completamente desnuda casi con el mismo interés puramente estético que si se observa a un pescado o a un gato siamés. Esta despolarización de los sexos confirma, por lo demás, el

régimen de la vida moderna, en donde la juventud de un sexo se apretuja con la del otro, se mezcla con el otro con «naturalidad», prácticamente sin ninguna tensión, como coles y nabos en un huerto.

Cavalcare la tigre (1961)

En una existencia inauténtica, la búsqueda sistemática de diversiones, sucedáneos o tranquilizantes que caracteriza a tantos «divertimentos» y «atracciones» de hoy, todavía no deja presentir a la mujer la crisis que la espera cuando se dé cuenta de cómo las ocupaciones masculinas para las cuales ha luchado tanto están desprovistas de sentido, cuando se desvanezcan sus ilusiones y la euforia que le da la satisfacción de sus reivindicaciones, cuando constate por otro lado, que, debido al clima de disolución, familia e hijos ya no pueden dar un sentido satisfactorio a su vida, mientras que, debido al descenso de la tensión generado, hombre y mujer ya no podrán significar tampoco gran cosa, no podrán constituir ya, como lo hicieron para la mujer absoluta y tradicional, el centro natural de su existencia, no representarán para ella más que uno de los elementos de una existencia dispersa y exteriorizada que irá a la par con la vanidad, el deporte, el culto narcisista del cuerpo, los intereses prácticos y otras cosas del mismo género.

Cavalcare la tigre (1961)

Incluso cuando incluso la raza de los hombres verdaderos no hubiera casi desaparecido enteramente, —ya que el hombre moderno conserva muy poco de lo que es propiamente la virilidad en el sentido superior del término— lo que se dijo respecto a la capacidad del hombre verdadero de «rescatar», de «salvar a la mujer dentro de la mujer» seguiría siendo problemático. Es de temer que, en la mayoría de los casos, sea otro precepto el que el hombre verdadero tenga que seguir hoy en día, el que proponía la vieja a Zaratustra: «¿Vas con mujer? No te olvides tu látigo.», admitiendo que fuera posible, en estos tiempos progresistas, aplicarlo impunemente y con provecho.

Cavalcare la tigre (1961)

En lo que respecta a las relaciones entre los dos sexos, es evidente que quien quiere realizar la condición básica para el despertar, es decir la calma distante y la suficiencia interior, debe orientarse de manera que siempre tenga cada vez menos necesidad de una mujer. La necesidad física, en cierta

medida, puede ser también concebible, como parecida al comer o a otras funciones animales. Es la necesidad «espiritual» la que, incluso en una fase elemental, es preciso eliminar, porque altera un elemento más profundo que no tiene nada que ver con el cuerpo, atestigua una deficiencia y una inconsistencia del ánimo.

La dottrina del Risveglio (IIª ed.: 1965)

La sacralización del sexo, la concepción del *sacrum* sexual, fue propia de las múltiples civilizaciones tradicionales. Esta idea está atestiguada en la India y en la idea védica de que la unión sexual puede ser elevada al nivel de un *iéros gàmos*, de una unión sagrada y de un acto religioso, y que, en tales términos, puede tener incluso un poder espiritualmente propiciatorio. En los *Upanishads* es homologada a una acción sacrificial (la mujer y su órgano sexual son el fuego en el que se sacrifica) y se dan fórmulas para la ritualización cósmica de un acto sexual consciente, no turbiamente lascivo, que ve en la unión del hombre y de la mujer como las nupcias entre el «Cielo» y la «Tierra».

Lo Yoga della potenza (IIª ed.: 1968)

La idea de que la sexualidad es algo vergonzoso, pecaminoso, impuro, antitético respecto a los valores espirituales, es, en el fondo, una anomalía, histórica y etnológica, conociéndose pueblos y civilizaciones que, no sólo la han ignorado, sino que han reconocido una sacralidad al sexo. Por tanto, es justo rechazar la ecuación puritana y sexófoba de que la represión erótica es producto de la civilización. Por lo demás, como había sostenido Vilfredo Pareto, mostrando con ejemplos concretos que no es en absoluto verdadero que una cierta libertad de costumbres sexuales comporte necesariamente la decadencia y la disolución de cualquier virtud superior: ni en los pueblos, ni en los individuos, este último aspecto afecta a las grandes figuras históricas

L'Arco e la Clava (1968)

Lo más importante es, en general, reconocer que, si un cierto tipo humano superior puede también permitirse, en cuanto tal, una mayor libertad sexual, es un error gravísimo extender tal libertad a cualquiera, y no por un artificioso privilegio social, sino por las consecuencias peligrosas que eso pueda tener en un hombre o en una mujer comunes. En la antigüedad clásica

un dicho notorio sentenciaba que «para algunos no es lícito ir a Citera». Cada ataque contra los tabús sexuales en nombre de una libertad sexual democráticamente indiscriminada, es un absurdo (…) La libertad al alcance de todos está destinada a transformarse en licencia, disgusto, simplicidad, por no decir animalidad. Nietzsche ha pronunciado la palabra definitiva, válida para todos los tiempos, diciendo que la medida en la que un hombre puede permitirse ciertas cosas y en las que no es el caso hablar de «corrupción» ni de «decadencia» es dado por su capacidad para renunciar, para saber imponerse en todo momento a sí mismo. Lo que, evidentemente, es y será siempre, propio de una minoría.

L'Arco de la Clava (1968)

La «democracia» no es un simple hecho político o social: es un clima general que, desde hace tiempo, genera consecuencias regresivas sobre el plano existencial. En el dominio particular de los sexos, indudablemente se puede propiciar esa desintegración interna, ese debilitamiento del poder sexual interno que es la premisa para determinar y difundir el «tercer sexo» y, con él, muchos casos de homosexualidad, tal como ocurre hoy y que no puede dejar de sorprender.

L'Arco e la Clava (1968)

El individuo masculino o femenino es el resultado de una fuerza sexualizadora predominante que imprime su propio sello mientras neutraliza o excluye la posibilidad, originariamente existente, de que se manifieste el otro sexo en el campo corpóreo fisiológico (en el campo psíquico, el margen de oscilación puede ser bastante mayor). Ahora bien, se puede pensar que, por regresión, este poder dominante del que depende la sexualización para ser verdaderamente hombre o mujer, se debilita. De la misma forma que, políticamente, en la sociedad, al debilitarse toda autoridad central, las fuerzas de lo bajo, inicialmente contenidas, pueden liberarse y aflorar, así mismo en el individuo se puede verificar una salida a la superficie de los caracteres latentes del otro sexo y, por tanto, una tendencia a la bisexualidad. Así nos encontramos frente a la condición del «tercer sexo» y es obvio que estará presente un clima particularmente favorable para el fenómeno de la homosexualidad. El presupuesto es, pues, una cesión interior, un venir a menos de la «forma interior» o, por decirlo mejor, del poder que da forma y que no se manifiesta solamente en el sexo, sino también en el carácter, en la

personalidad, en el tener, en general, «un rostro preciso». Entonces se puede entender por qué el desarrollo de la homosexualidad en formas endémicas sea un signo de los tiempos, y un fenómeno que entra lógicamente en el conjunto de los que el mundo moderno se nos muestra como un mundo regresivo.

Il Borghese (1º de agosto 1968)

La «revolución sexual» en clave democrática comporta una consecuencia gravísima, al hacer del sexo una especie de corriente general, un consumo de masas, lo que significa necesariamente banalizarlo, debilitarlo, reduciéndolo a un insípido «naturalismo» (…) Un caso particular a resaltar sería la falta de pudor femenino relacionada con ciertas reivindicaciones anti represivas. A fuerza de ver mujeres desnudas o poco menos en espectáculos teatrales y cinematográficos, en minifalda, en superminifalda, en *striptease*, en *topless*, y demás, todo esto se convierte en una banalidad que, poco a poco, va dejando de hacer efecto, a parte del que podrá derivar únicamente del dictado por un primitivo impulso biológico. Esta falta de pudor puede, pues, ser considerada como obsoleta, pero no desde el punto de vista de la «virtud», sino desde el punto de vista exactamente opuesto. Por tal vía se podrá llegar a un resultado de «naturalidad» y de indiferentismo sexual que una moral puritana y represiva jamás hubiera podido alcanzar

Entrevista a Enrico de Bocard,
Playmen, febrero 1970)

La pederastia, como máximo, puede ser explicada cuando es el resultado de una sexualización imperfecta, pero debe ser estigmatizada como vicio, desviación y perversión en todos los demás casos, negando también que, en esto, como en cualquier otra psicopatía sexual, estén presentes los presupuestos objetivos requeridos por una metafísica del sexo para eventuales experiencias de intensidad «descondicionante»

I problema della pedagogía (marzo–abril 1970)

Que hoy pueda detectarse cierta crisis general del sentido del pudor, es algo obvio, e indica un fenómeno regresivo. Quien argumenta que el pudor no es en absoluto natural, y que los animales, algunos salvajes y los niños lo desconocen, cae en el error de no distinguir lo que es «natural» para un ser humano en cuanto tal y alcanzado su pleno desarrollo, de aquello que puede

serlo, precisamente, solo para un animal, un niño o un salvaje. Es un hecho, que ciertas disposiciones son tanto más tardías en manifestarse en tanto que son de carácter más elevado.

Roma (17 de septiembre de 1971)

VIII

LA CULTURA Y EL ARTE

Evola, que en el período juvenil (1916–1922) fue poeta y pintor (es considerado hoy como el máximo exponente del dadaísmo italiano), es autor de escritos bastante originales sobre el significado del arte (el arte moderno, constituye para él una verdadera experiencia espiritual), y ha dedicado muchos de sus libros a esta cuestión y a su actual disgregación, interpretándola como uno de los aspectos visibles de la disolución del individuo y de la sociedad de nuestro tiempo.

En cuanto a la cultura en general, la posición característica posición es la de quien, por encima de una cultura para todos, plantea una «visión del mundo» no basada sobre libros, sino entendida como una forma interior que puede, incluso, resultar más clara y positiva en una persona sin cultura que en un «intelectual». Suya es la «desmitificación» del intelectual y la exaltación, por encima de toda «cultura» y de todo «compromiso», de una aristocracia del carácter. Mediante ella, debe construirse una precisa visión del

mundo, «la infranqueable frontera del alma».

Los fragmentos seleccionados en el presente capítulo han sido extraídos de *Saggi sull'Idealismo Magico, Fenomenologia dell'Individuo Assoluto, Sintesi di dottrina della raza, Gli uomini e le rovine, Cavalcare la tigre, L'Arco e la clava*, y en artículos aparecidos en varias revistas.

«La visión del mundo es lo que, más allá de cualquier forma de 'cultura', debe unir y dividir, trazando infranqueables fronteras del alma»

Gli uomini e le rovine (II ed., 1967)

La función del nuevo arte debe considerarse según el principio del *formalismo absoluto*, según el cual la relación clásica entre contenido y medio expresivo queda completamente invertida: allí donde, en el «gran arte», el medio expresivo seguía estando estrictamente subordinado a la revelación de un contenido objetivo y trascendente, en la nueva forma, el énfasis se sitúa en el medio expresivo y subordina a éste, como medio o materia estricta, todo contenido. Paradójicamente, la forma se convierte en contenido y el contenido, el lugar de la materia, pasa a ser la expresión contingente de la forma.

Saggi sull'Idealismo Magico (1925)

Se vuelve a encontrar la verdad profunda de que, no es el autor sino el espectador el verdadero creador de la obra de arte (Wilde), que el valor estético no existe en sí mismo en la obra de arte, sino que es concebible

solamente en función de una interpretación y de una recreación tal que depende *a priori* de la voluntad individual, conformada por varias determinaciones de sentimiento y de cultura. Una obra no puede llamarse, verdaderamente, artística, en sí misma, sino a partir de esta función del Yo. El Yo es el que convierte un objeto dado de su experiencia en aquello que luego será definido como «obra de arte».

Saggi sull'Idealismo Magico (1925)

Para aquel que sabe seguir y comprender su desarrollo, el arte moderno se eleva al valor de una verdadera catarsis: en el límite, la obra de arte, al decirle al espectador «¡hazte autor!», le dice también: «experimenta tú mismo una libertad incondicionada y desnuda, y como tal, todo puede ser indiferentemente feo o hermoso según tú lo quieras». De aquí su valor moral.

Saggi sull'Idealismo Magico (1925)

Es comprensible la opinión de quien, basándose en criterios de orden tradicional, afirma que el arte moderno ha muerto y que este arte no va a ningún sitio. A decir verdad, desde el simbolismo al dadaísmo, estamos ante una «ironía» del arte: escuelas que, en su esencia íntima, aunque en diversos grados, son meta–artísticas cuando no, incluso, anti–artísticas.

Fenomenologia dell'Individuo Assoluto (1930)

¿A qué se llama «aristocracia del pensamiento»? Ésta se reduce, en buena medida, a los famosos «intelectuales», a creadores de brillantes y arbitrarias «filosofías», a poetas, literatos y humanistas, en suma, más o menos, a todos aquellos que Platón, situaba frente a los verdaderos jefes y a los verdaderos «sabios» y quería justamente prohibir en su Estado (que no era, en absoluto, como se cree vulgarmente, un modelo utópico, sino que reflejaba lo que tradicionalmente se consideró siempre como normal en el terreno del ordenamiento político). ¡Basta, pues, con difundir la idea, absurda y anacrónica, de que una *élite* de intelectuales, humanistas y pensadores, cuyo carácter puede ser el propio de bellacos o pequeño–burgueses, debe estar en la cúspide de una civilización!

Lo Stato (septiembre 1938)

Los cenáculos «literarios» e «intelectuales», son ambientes tan vanos

como superficiales y delicuescentes, que no tienen ni siquiera la capacidad para divertir que fue propia de los antiguos juglares de la nobleza feudal.

Sintesi di dottrina della raza (1941)

Aquellos intelectuales que quieran diferenciarse de los «hombres de cultura», deben partir de principios y de conocimientos de carácter supra–racional, que para ellos tendrán la misma solidez que el dogma para un católico o los principios de honor y lealtad para una persona bien nacida. Estos principios *pueden* también tener una expresión intelectual y cultural, que no será mas que una simple cuestión de habilidad y de erudición.

Critica Fascista (15 de febrero de 1942)

Dado lo que, en el mundo contemporáneo significan la cultura y la intelectualidad, hay que evitar sobrevalorar tales conceptos. Considerarlos casi como un culto, definir en función de esto a un estrato superior, casi a una aristocracia –la «aristocracia del pensamiento» que sería la auténtica capaz de sustituir legítimamente a las formas precedentes de élite y de nobleza– son prejuicios característicos de la época burguesa, acompañantes inevitables de sus sectores humanístico–liberales. La verdad es, sin embargo, que tal cultura e intelectualidad no son más que productos de disociaciones y de neutralizaciones constituidas en una esfera separada de la totalidad viviente del individuo y, en especial, de todo lo que supone carácter, valor espiritual y decisión interior.

Gli uomini e le rovine (1953)

Existe un tercer término posible de referencia, situado más allá del intelectualismo y del anti–intelectualismo, si se trata de lograr una superación de la «cultura» de entonación burguesa. Tal es la *visión del mundo*: en alemán *Welstanschauung*. No se basa en libros, sino en una forma interior y en una sensibilidad que no tiene un carácter adquirido, sino que es innata. No se trata, esencialmente, de teorías o de erudición, sino de una disposición y de una actitud vital, disposiciones y actitudes que no afectan solamente al terreno mental, sino que alcanzan al dominio del sentir y del querer, forman el carácter, se manifiestan en reacciones que tienen la misma seguridad del instinto y proporcionan un significado a la existencia. En general, la visión del mundo, más que algo individual, procede de una tradición, es el efecto

orgánico de las fuerzas a las que un determinado tipo de civilización debe su forma; al mismo tiempo, *a parte subiecti* [en el sujeto] se manifiesta como una especie de «raza interior», como algo espiritualmente elemental y existencial.

Gli uomini e le rovine (1953)

La visión del mundo puede ser más precisa en un hombre sin instrucción particular, en el soldado, en miembros de linajes aristocráticos, en el campesino fiel a la tierra, más que en el intelectual burgués, el «profesor» o el periodista. En este asunto, Italia se encuentra, y no sólo hoy, en una posición particularmente desfavorable, porque quien proporciona buenas y malas noticias, quien ruge en la prensa, en la cultura académica, en la crítica, son verdaderas y auténticas masonerías monopolizadoras organizadas, compuestas, precisamente, por el tipo del intelectual deteriorado, que no conoce absolutamente nada de lo que es verdaderamente espiritualidad e integridad humana.

Gli uomini e le rovine (1953)

La «cultura» en el sentido moderno cesa de ser un peligro solamente para quien, utilizándola, posea también una visión del mundo. Solamente entonces permanecerá activo respecto a ella en la medida en que dispone de una forma interior que ejerce como guía segura para discriminar lo que puede ser asimilado de aquello otro que debe ser rechazado, más o menos, como sucede en todos los procesos diferenciados de asimilación orgánica.

Gli uomini e le rovine (1953)

Lo más difícil para quien cultiva este conocimiento (referido a todo lo que es proclamado como «cultura», esto es, a lo que alguno ha definido como «estupidez inteligente», otros como «el conocimiento de aquello que no es digno de ser conocido» y Lutero, «la obra de la razón», «prostituta enloquecida») es aceptar su naturaleza. Cuando se ha logrado, se está en vías de superar el mal o de volverse inmune a él. Un imperativo drástico de Chuang–tze es: «Vomita tu inteligencia».

Comentario a *Il libro del Principio e della sua Azione de Lao–tzé* (1959)

Conviene, por lo demás, señalar que esta depreciación del arte, justificada por las consecuencias últimas de su «neutralización» y por la exigencia de un nuevo realismo activo, tiene antecedentes en el mundo de la tradicional. El arte, en efecto, no ha tenido nunca, en ninguna civilización tradicional orgánica, la posición central que se le ha creído poder atribuir en el período de la cultura humanista y burguesa. Cuando tuvo verdaderamente un alto significado, con los tiempos modernos, fue en razón de contenidos que le eran superiores y anteriores, ni revelados, ni «creados» por él en tanto que arte. Estos contenidos daban un sentido a la vida y podían permanecer, ser evidentes y actuar incluso en la ausencia casi total de arte, en sentido propio, es decir, en un marco que podría incluso parecer «bárbaro» a estetas y humanistas desprovistos de todo sentido de la elementareidad y de lo primordial.

Cavalcare la tigre (1961)

A fin de prevenir todo equívoco, precisemos que la situación inversa, que es preciso considerar como normal y fecunda, no es la de una cultura al servicio del Estado y de la política (de la política en el sentido degradado de hoy), sino la de una idea única, el símbolo elemental y central de una civilización dada, que manifiesta su fuerza y ejerce una acción paralela e incluso de la misma naturaleza, a menudo invisible, tanto sobre el plano político (con todos los valores, no sólo materiales, que deberían referirse a un verdadero Estado), como sobre el plano del pensamiento, de la cultura y de las artes: lo que excluye toda escisión o antagonismo de principio entre los dos dominios y toda necesidad de injerencia exterior. Precisamente porque no existe una civilización de tipo orgánico, y porque los procesos de disolución se han afirmado en todos los dominios de la existencia, todo esto ha desaparecido y hoy no se puede escapar a la alternativa —falsa y deletérea en sí— de un arte y de una cultura «neutras», privadas de toda consagración y de todo significación superiores, o de un arte y de una cultura al servicio de fuerzas exclusivamente políticas, degradadas, como es el caso de los «regímenes totalitarios» y particularmente de los que existían en las teorías del «realismo marxista» y de las correspondientes polémicas contra el «decadentismo» y la «alienación» del arte burgués..

Cavalcare la tigre (1961)

En cuanto a las veleidades que subsisten en nuestros días de conservar un

«arte tradicional», no vale la pena hablar. Hoy no existe ninguna idea de lo que es tradicional, en el sentido superior de la palabra. Se permanece en el plano del academicismo, de una reproducción sin vigor de modelos que adolecen de falta de toda fuerza creadora original. Es una variedad del «régimen de residuos», y lo que se llama el «gran arte», relegado en el pasado, no es más que el objeto de una verdadera retórica. En cuanto a la corriente opuesta, es decir, el arte de vanguardia, su valor y su significado se reducen a los de una revuelta y de un reflejo del proceso general de disolución. Sus producciones son a menudo interesantes, no desde el punto de vista artístico, sino como síntomas del clima de la vida moderna.

Cavalcare la tigre (1961)

El dadaísmo niega las categorías artísticas mismas. Aspira a traducir en formas caóticas una vida desprovista de toda racionalidad, de todo lazo, de toda coherencia, tiende a aceptar, incluso a exaltar lo absurdo, lo contradictorio, lo que no tiene sentido ni fin y a asumirlos como tales. Temas análogos fueron inmediatamente recuperados, en parte, por el surrealismo cuando éste rechazó adaptarse a la vida «en las condiciones irrisorias de toda existencia aquí abajo».

Cavalcare la tigre (1961)

En la mayor parte de la producción literaria, en los relatos, dramas y novelas, persiste el régimen de los residuos, con las formas características de la disolución subjetivista. El fondo constante de ésta consiste en lo que justamente se ha llamado el «fetichismo de las relaciones humanas», los problemas sentimentales, sexuales o sociales de individuos sin importancia (el límite de la banalidad incolora es alcanzado por cierta categoría epidémica de novelas americanas). Hemos mencionado también los problemas «sociales» para denunciar las pretensiones, o por decirlo mejor, de las veleidades estéticas y artísticas del «realismo marxista», en el sentido ya indicado precedentemente. La condena por la crítica marxista de la «novela burguesa» como fenómeno de alienación, la voluntad de dar al relato un contenido, una interpretación de carácter social con la intención particular de hacer un espejo de la dialéctica evolutiva de las clases, del ascenso del proletariado y de todo lo demás, no es —como decimos— más que una parodia simiesca del realismo y de la integración, en un sentido orgánico, de una cultura neutra y separada.

Cavalcare la tigre (1961)

Anton Webern, en su *Filosofía de la música moderna*, ha escrito: «Nuestro destino es el dodecafonismo», también hay quien ha podido hablar con razón de «una era glaciar» de la música. Se ha llegado a composiciones cuya extrema ratificación y abstracción formal es análoga a las puras entidades algebraicas de la física más reciente o, en otro terreno, de cierto surrealismo. Son las mismas fuerzas sonoras liberadas de las estructuras tradicionales, que empujan hacia una especie de meandro tecnicista que solo el álgebra pura de la composición preserva de una completa disolución en lo amorfo, por ejemplo, en la intensidad de los timbres descarnados y atómicamente disociados. En la música, como en el mundo creado por la técnica y las máquinas, la perfección mecánica y la amplitud de los nuevos medios han tenido en contrapartida, el vacío, la «desanimación», la espectralidad o el caos. Sea como fuere, parece inconcebible que el nuevo lenguaje dodecafónico y postdodecafónico pueda servir, en ningún caso, como medio de expresión a lo que formaba el contenido de la música precedente. Reposa sobre una devastación interior subyacente.

Cavalcare la tigre (1961)

En el terreno artístico e intelectual se ha creado una situación análoga a la de la publicidad y de la propaganda. Esconden pues nuevos apetitos y nuevas obras maestras, con *exageraciones* que dar lugar a «olas» y «modas», cuyo motor no es otro que la búsqueda de beneficios pecuniarios de este o aquel editor. Por tanto, para un público determinado, se confirma aquello que se ha dicho justamente para quien sigue la moda: se es ridículo por miedo a parecer ridículo, no por ir al paso con la moda. Se padecen presiones y sugestiones, no se dice abiertamente aquello que se piensa y que se siente por miedo a ser tachado de profano y de ingenuo, después de oír los veredictos de los pontífices de la «crítica» ante cualquier obra de arte o de la literatura contemporánea. Las eventuales divergencias polémica entre las distintas interpretaciones y juicios, no cambian en lo esencial, sirven solamente para sazonar mejor los platos combinados, acrecentando su interés. Este discurso puede valer, sin variaciones, para muchos autores que, gracias a la «crítica», hoy son populares –incluidos Premios Nobel y *best–sellers*– pero cuya fundamental insignificancia sería evidente sólo para quien tuviera un espíritu libre, poseyera algún punto serio y superior de referencia y desde el principio

negase toda autoridad a los pontífices de la «crítica»

Totalità (25 de abril de 1967)

«Estupidez inteligente» es una expresión acuñada por un exponente cualificado del pensamiento tradicional, F. Schuon (después de que G. Bernanos hubiera utilizado una expresión análoga: la *intelligence des sots* [la inteligencia de los idiotas] y otro escritor francés dijera: *«Le drame de notre temps, c'est que la bêtise se soit mise à penser»* [el drama de nuestro tiempo es que la estupidez se haya puesto a pensar] para caracterizar la naturaleza de un tipo de intelectualidad que predomina en amplios sectores de la cultura moderna y que está ampliamente representado en Italia. Tal intelectualidad es prolífica, sobre todo, en el terreno del periodismo –verdadera calamidad de nuestro tiempo– y en el ensayismo. Uno de sus principales centros de difusión está constituido por las consideradas «terceras páginas» de los grandes diarios, que se dedican preferentemente a lo que se conviene en llamar «la crítica». Su característica principal es la falta de principios, de intereses superiores, de verdadero compromiso real, con una gran preocupación central, sin embargo, por parecer «brillantes» y «originales», y la gran importancia atribuida a las «hermosas líneas» del escritor profesional, a lo que es forma y no sustancia, y al *esprit* en el sentido frívolo y mundano del término. Para los representantes de esta «intelectualidad» la frase brillante y la toma de posición dialéctica y polémica capaz de hacer efecto, valen mucho más que la verdad. Las ideas, cuando las utilizan, son un mero pretexto: lo esencial es brillar, y parecer inteligentísimos, del mismo modo que para el politicastro de hoy una ideología de partido es simplemente un medio para prosperar.

L'Arco e la clava (1968)

Se debería acusar en la «crítica» de ser uno de los flagelos de la cultura moderna, flagelo que se ha concretado en la civilización burguesa, paralelamente al desarrollo de la «publicidad» y a la comercialización de la cultura. Fenómenos que hoy han asumido un desarrollo cancerígeno como la «crítica», serían inexistentes o poco menos en toda civilización normal, tradicional. En tales civilizaciones existen creadores, artistas y quienes juzgaban y apreciaban directamente las obras, sin intermediarios: los soberanos, los mecenas, el simple pueblo. Sin embargo, en nuestros tiempos, entre público y creadores, se ha entrometido el «crítico», un petulante y

presuntuoso parásito.
L'Arco e la clava (1968)

Más allá de cualquier tabú moralista, el punto destacado de las obras literarias de contenido sexual, es la «obscenidad». El uso actual de lo obsceno, a pesar de las coartadas absurdas como las de Henri Miller y Lawrence, forma parte de la tendencia a la autodegradación y a la contaminación de la que ya hemos indicado algunas de sus manifestaciones concretas. No puede calificarse como algo singular la valorización y la exaltación del sexo con este uso del lenguaje obsceno que termina siendo desagradable y repelente. El anticonformismo que, del nivel de un Nietzsche, desciende a aquel que se solidariza con el negro, lo vemos como una digna contrapartida al que recurre al lenguaje sucio y vulgar propio de la masa.
L'Arco e la clava (1968)

Como punto de referencia positivo no tomaremos al académico, vacío y convencional. Es preciso, en cambio, aludir a la oposición entre la forma y lo informe, a la idea de que todo proceso verdaderamente creativo consiste en el dominio de la forma sobre lo informe, o, si se prefiere, en términos griegos, en el tránsito del *caos* al *cosmos*. En un sentido superior, reconocido no solamente por los clásicos sino también por el mismo Nietzsche, lo «bello» corresponde precisamente a la forma consumada y dominadora, al «estilo», a la ley que expresa la soberanía de una idea y de una voluntad. Desde tal punto de vista, el advenimiento de lo informe, de lo caótico, de los «feo», atestigua un proceso destructivo: no una «potencia» sino una «impotencia». Tiene un carácter regresivo. Psicológicamente, el fondo es siempre el mismo: una tendencia sádica, un placer por demostrar la contaminación en el artista tanto como en quien aprecia y gusta (si se trata de un gusto sincero, no de un estúpido conformista a la inversa, como en la mayor parte de los casos) tal arte.
L'Arco e la clava (1968)

Si existe un campo en el que un principio de autoridad aparece como natural, legítimo e impecable, es en el terreno del saber. Quien no sabe, debe reconocer la autoridad de quien sabe, de quien está en posesión del conocimiento y de los instrumentos adaptados, dictados por una larga

experiencia y una tradición, para transmitirla. En esto no hay nada de humillante.

Il Conciliatore (julio–agosto, 1968)

Si el verdadero elemento clásico es el amor por la forma, ésta puede ser entendida y realizada también, y de manera precisa, en el plano de las fuerzas puras, como *ethos*, estilo de vida dominado, claro, libre de vanas agitaciones, enemigo de todo lo que no es esencial, particularista, ligado a lo simplemente impulsivo. La impersonalidad activa, conforme a la cual, la obra y la acción valen más que la «persona» en su particularidad y en su accidentalidad, puede entrar en la misma línea. En esta perspectiva, la disciplina es un valor; la firmeza y la mesurada dignidad son un valor; la ley absoluta sin atenuación, es un valor. Y un valor es, en el límite, el ideal «olímpico», de la claridad, de un orden, de una jerarquía, de un *cosmos* en el sentido originario griego, soberanía que ha resuelto el caos y domina el elemento puramente humano, como la claridad fría y desencarnada de las cumbres soberanas sobre las nieblas y las luces inciertas y confusas de los valles.

Il Conciliatore (15 de marzo de 1971)

Sobre todo, los exponentes de una Derecha en el sentido superior, tradicional, podrían y deberían contestar el mito burgués de la cultura y reiterar las diferencias en relación a los «intelectuales», sin tener en cuenta quienes, a los ojos de la gran masa, gozan de un prestigio y que, ciertamente disponen de la habilidad para organizar combates para mantener sus propuestas y posiciones en la prensa y en las editoriales. Podría darse la razón, a Ernst Jünger, cuando, en un contexto muy diferente, llegó a valorar polémicamente cierto «sano analfabetismo». Sería, por lo demás, una forma de suplantar las instancias de los «intelectuales» comprometidos de izquierda, que resultan más fastidiosos y más perniciosos, cuando acometen el proceso a la cultura «burguesa» en base a ideas y principios que, en última instancia, no están por encima sino por debajo de ella.

Il Conciliatore (15 de noviembre de 1971).

IX

CONOCIMIENTO Y AUTORREALIZACIÓN

La necesidad de dar una forma filosófica a la propia «visión del mundo» deriva en Evola de su mentalidad extremadamente racional, que, sin embargo, no cae jamás en un intelectualismo poco realista. Formado en las obras de Nietzsche, Weininger y Michelstaedter, partió del idealismo; el principio gentiliano del Yo como absoluta actividad creadora lo condujo a la identificación del conocimiento con la potencia, realizándose en el encuentro del Idealismo clásico con la «Magia» y con la ética nietzscheana de la voluntad de poder (*Idealismo Magico*, 1921–1927). El mismo impulso a la racionalidad que está en la base de su filosofía, ha hecho desarrollar el pensamiento evoliano en más direcciones, llevándole a reivindicar también (siempre con un severo conocimiento crítico), frente al pensamiento moderno, lo que sigue vivo y fecundo de las antiguas vías de elevación del hombre, desde la sabiduría pagana al esoterismo oriental. La ardiente búsqueda de lo absoluto, la sed de conocimiento y el esfuerzo de afirmación de sí hacia un estado superior de existencia, impulsaron a Evola a interesarse por las enseñanzas ascéticas y las técnicas de la realización espiritual, haciendo que su mundo espiritual saliera de los esquemas culturales para participar en el de las disciplinas mágicas, iniciáticas y esotéricas, del llamado «tradicionalismo integral».

Para la selección de fragmentos del presente capítulo nos hemos basado sobre todo, pero no exclusivamente, en las obras filosóficas y en las posteriores dedicadas a las «doctrinas interiores» tradicionalistas, es decir: *Saggi sull'Idealismo Magico, Teoria del Individuo assoluto, Imperialismo pagano, Introduzione allá Magia, La Tradizione Ermetica, Maschera e volto dello spiritualismo contemporáneo, Sintesi di dottrina della raza, Cavalcare la tigre, La dottrina del Risveglio, Lo Yoga della potenza y L'Arco e la clava,* además de escritos publicados en diversos períodos.

«Negar lo negativo con la afirmación de lo positivo y no por oposición a ello, es una de las máximas fundamentales de la autorrealización»

Saggi sull'Idealismo Magico (1925)

Puedo decir que estoy absolutamente seguro solamente de aquellas cosas cuyo principio y causa tengo en mi interior, en tanto que incondicionada libertad; en las demás, solamente puedo estar seguro de aquello que satisface esta condición. El proceso de conocer y el de la realización absoluta, de la elevación del individuo a señor universal, convergen entonces en un mismo punto, en el que aparece también el principio del error y de la oscuridad tanto como el de la impotencia.

Saggi sull–Idealismo Magico (1925)

Decimos que la filosofía en general culmina en el idealismo trascendente, el cual, a su vez, tiene el idealismo mágico como inevitable conclusión. Más allá de esto, no existe nada que hacer en filosofía, al menos si la filosofía no debe presentar su bancarrota y limitarse a un mero opinar, esclavo de la contingencia de cada momento. Si se trata de pensar en un ulterior desarrollo, más allá del idealismo mágico, se excede el terreno de la filosofía, y se entra en el de la acción, una *autorrealización según la propia potencia*.

Teoria dell'Individuo assoluto (1927)

La explicación que el *idealismo mágico* exige es una explicación mediante la acción, una explicación resolutiva. Explicar verdaderamente es *ex-plicare*, es decir, actuar, convertir en perfecto, y hacer pasar a acto aquello que es en potencia, en perfección lo que es imperfección, en suficiencia lo que es insuficiente según un proceso sintético, original y creador. Esta es la

verdadera, la única explicación. El resto son pasatiempos y cosa de mujeres. Es preciso combatir sin perdón toda la retórica intelectual y filosófica en la que el hombre se detiene disertando sobre su propia importancia (esto que es para nosotros la «Realidad», la «Objetividad», la «Verdad», etc.) en lugar de saltar para quemarlo y alzarse para ser aquello que es, en sí mismo: un Dios.

Teoria dell'Individuo assoluto (1927)

El error no es más que una verdad débil (una afirmación incompleta e insuficiente respecto a otra); *la verdad, un error potente*. Análogamente: entre ilusión y «realidad» no existe diferencia de naturaleza, sino solamente de grado: la realidad es una ilusión intensa y dominadora, la ilusión una realidad bosquejada, simplemente propuesta y abrumada por otras.

Teoria dell'Individuo assoluto (1927)

Aniquilación o, al menos, reabsorción en el indistinto devenir de los elementos, dispersión tras un residuo de existencia larvaria (el Hades de los paganos), tal es, para el ocultismo, el secreto de la muerte. Es, sin duda, terrible conocerlo, pero es mejor conocerlo. Pero, si tal es la ley de los hombres, sería posible romperla. La tradición iniciática de todos los tiempos, ha unido a este conocimiento trágico, el conocimiento de una vía a la inmortalidad, vía de excepción, que solamente unos pocos elegidos entre la masa de los hombres –y los *mukta* del hinduismo tradicional, los «despiertos» del budismo, los «salvados de las aguas» de algunas escuelas gnósticas, los «Héroes» de la tradición griega– han podido seguir. Contra la doctrina occidental del «alma inmortal», de la inmortalidad como un *don*, como algo que está implícito en la naturaleza del hombre y presente en *todo* hombre; y contra la negación de aquellos cuyo ojo, esté limpio de los fantasmas de la fe y de la esperanza y tenga todavía el orden natural como último límite, el ocultismo enseña la supervivencia como una *tarea*, como materia de acción, como algo a *construir* con la realización efectiva e individual de una experiencia que trasciende ese estado de existencia físicamente condicionado, límite para la conciencia del hombre común.

Bilychnis (noviembre 1927)

En la actitud pasiva de los cristianos, en su intolerancia por cualquier método y por una disciplina autónoma del individuo como camino a la

«gnosis», a una experiencia espiritual efectiva, intolerancia oculta pero todavía presente bajo las varias creencias en la «revelación», en la «gracia» y en el aspecto pecaminoso que asume toda iniciativa dirigida y precisa apoyada sobre las meras fuerzas del hombre, en todo esto existen bastantes temas de abandono que, junto con el *pathos* democrático e igualitario, puede evidenciar la eficiencia del cristianismo mismo en relación al carácter social, vulgarizado, inorgánico, impersonal del saber moderno (…) Y, en la medida en que el saber anterior, directo, integral dado por la Sabiduría es sustituido por el saber exterior, intelectual, discursivo, científico, así mismo, la conexión orgánica del hombre con las fuerzas profundas de la naturaleza, preconizada por la magia, es sustituida por una relación intrínseca, indirecta y violenta: la relación propia con la *técnica* y con la *máquina*. Así se explica cómo la revolución cristiana contiene el germen de la mecanización de la vida moderna.

Imperialismo pagano (1928)

Esotéricamente cuando se habla de «tradición» se entiende la transmisión (*traditio*) a lo largo de generaciones de una «presencia» de carácter trascendente, como una llama, que enciende a otra llama. Una cadena de individuos se convierte así en mediadora de una continuidad en contacto con la realidad metafísica y con una fuerza no–humana. Esta transmisión puede proceder de una élite existente tanto como de una veta escondida que opera tras las grandes fuerzas históricas y étnicas. Pero también puede ocurrir que lo oculto se abra y domine, es decir, que, en una civilización concreta, todas las actividades se organicen en torno a esta élite, convertida también en el centro manifiesto, en el eje del que extrae su sentido y su orientación un sistema de participación jerárquica. Entonces se tiene una tradición en el sentido grande, universal (…) Al aparecer como espíritu de una época determinada o civilización, la identidad metafísica se cualifica. En su manifestación más inmediata invierte dos ramas distintas y da lugar a dos formas fundamentales: *Acción* y *Contemplación*. Las dos formas correspondientes son: iniciación real e iniciación sacerdotal, de donde derivan dos tipos de tradiciones: *tradición mágico–guerrera* y *tradición ascético–contemplativa* o *«brahamánica»*.

Introduzione allá Magia quale scienza dell'Io (1928)

Una de las formas en las que la enseñanza esotérica se conserva y se

transmite secretamente es en el mito tradicional. Parte de las leyendas y de los mitos de la antigüedad son susceptibles de ser reducidos a términos de ciencia y de experiencia espiritual: algo que, por lo demás, no quiere decir que estos mitos no puedan tener simultáneamente un significado diferente –religioso, fantástico–poético, naturalista o moral– en el que, quien lo desee, pueda detenerse; y que, sin embargo, quiere decir que, quien lo ideó, debió tener *siempre* una conciencia precisa a partir de la transcripción de un contenido superior.

Introduzione allá Magia quale scienza dell'Io (1928)

El símbolo, en el conocimiento esotérico, tiene el lugar que el concepto tiene en el conocimiento racional y lógico. La justificación técnica fundamental del uso de los símbolos (en especial de los símbolos gráficos) consiste en adiestrar el espíritu para comprender *viendo,* en lugar de *pensando* –es decir, comprender saltando al cerebro intermediario (que, respecto al conocimiento integral, es más bien un agente neutralizador)– formulaciones discursivas y racionales a la que el «hombre culto» moderno recurre.

Introduzione allá Magia quale scienza dell'Io (1928)

La «integración», tal como la entiende Jung en base a sus «arquetipos», no es más que una caricatura del verdadero proceso de integración. La diferencia se puede expresar con palabras claras: todo el procedimiento psicoanalítico vale, en la mejor de las hipótesis, para reconducir a la normalidad y a la salud a un tipo humano roto y neurópata; el proceso iniciático parte, sin embargo, de un tipo humano normal y sano, para llevarlo más allá de la condición humana, teniendo como punto de partida aquello que para el psicoanálisis es precisamente el punto de llegada y la meta a alcanzar de manera fatigosa. La higiene del alma de los hombres escindidos por nuestra civilización es una cosa, el orden de los valores espirituales es otra. El psicoanálisis confunde ambas cosas.

Introduzione allá Magia quale scienza dell'Io (1928)

«Vivir el mito» significa acceder a través de los símbolos a una percepción de orden suprahistórico, en la cual la naturaleza y el propio hombre, por así decir, se hallan en un estado de creación y que, entre otras

cosas, contiene por ello el secreto de las energías que actúan en el interior y por detrás de las cosas visibles y de la propia corporeidad humana.

La Tradizione Ermetica (1931)

Se trata de exponer la exigencia de un camino hacia experiencias que, lejos de «reducir» la conciencia, la transformen en supraconciencia, que, en lugar de abolir el aspecto distintivo tan fácil de conservarse en un hombre sano y entendido entre tantas cosas materiales y actividades prácticas, la eleve a un grado superior, de manera que no altere los principios que constituyen la esencia de la personalidad, sino que por el contrario los integre. El camino hacia tales experiencias es el que lleva a lo verdaderamente sobrenatural. Pero este camino ni es fácil ni atractivo para la mayoría. Presupone precisamente una actitud opuesta a aquello que cautiva a los entusiastas por el «espiritualismo», empujados por un confuso impulso hacia la evasión; presupone además una actitud y una voluntad de ascensión en el sentido original de esta palabra, diferente al significado tradicional de mortificación.

Maschera e volto dello spiritualismo contemporáneo (1932)

Para poder dar forma a la vida, es preciso antes realizar aquello que está más allá de la vida; para poder despertar la raza del espíritu y, con ella, realzar y purificar la raza del cuerpo, es preciso ser capaces de alcanzar la altitud, y esto implica ascesis, es decir, superación activa, superación heroica, clima de extrema tensión espiritual.

Sintesi di dottrina della raza (1941)

La ciencia moderna no tiene el menor valor de conocimiento; se funda incluso en una renuncia formal al conocimiento en el sentido verdadero del término. La fuerza motriz y organizadora de este conocimiento no procede del ideal del conocimiento sino de exigencias prácticas, podría incluso decirse de la voluntad de poder aplicada a las cosas, a la naturaleza. (...) En último análisis, el impulso de conocer se transforma en un impulso de dominar. Bertrand Russell, ha reconocido que la ciencia se ha transformado, de medio para conocer el mundo, en medio para cambiar el mundo.

Cavalcare la tigre (1961)

Se debe pensar *a priori*, que, en una época como la nuestra, en un medio como en el que vivimos, y habida cuenta también de la conformación general interior de los individuos (que se resiente fatalmente de una herencia colectiva, antigua de varios siglos, que es absolutamente desfavorable), la iniciación se presenta como una posibilidad más que hipotética y aquel que ve las cosas diferentemente, o no comprende de qué se trata, o se equivoca él mismo engañando a los demás.

Cavalcare la tigre (1961)

Alcanzar esta cima en la que la distinción entre «Creador» y «criatura» se convierte metafísicamente en un sin–sentido, hace posible todo un sistema de realizaciones espirituales que, si partimos de las categorías del pensamiento «religioso» resultan difíciles de comprender; sobre todo, hace posible lo que en la jerga alpinista se diría una ascensión por la «vía directísima», es decir una ascensión a través de paredes desnudas, sin residuos de ningún tipo. Tal es el sentido del ascesis budista como sistema, no como simple disciplina generadora de fuerzas, de seguridades y de calma inquebrantable, sino como sistema de realización espiritual. El budismo conduce a la voluntad de lo incondicionado a límites casi inimaginables para el Occidente moderno. E, incluso, en este ascenso al filo del abismo, rechaza toda «mitología», actuando por medio de una fuerza pura que escapa de cualquier espejismo, rompe todo residuo de debilidades humanas y mantiene el estilo del conocimiento puro.

La dottrina del Risveglio (IIª ed., 1965)

Independientemente de lo que se ha llamada, con razón, la «superstición del hecho» (base del positivismo ochocentista), hoy superada, la ciencia puede demostrar, no sólo la «racionalidad» de los fenómenos naturales, sino simplemente su «matematicabilidad», es decir, su susceptibilidad para ser ordenados utilizando fórmulas matemáticas, siempre y cuando –y esto es importante– se consideren únicamente ciertos aspectos que se prestan a ello y se olviden otros (…) Croce tenía razón al llamar «seudoconceptos» a los conceptos científicos: no tiene ningún carácter cognoscitivo, son puros instrumentos prácticos, «hipótesis de trabajo» y la honestidad científica consiste en estar dispuestos a abandonarlos y a cambiarlos apenas aparezca, como un aguafiestas, cualquier fenómeno no observado o no correctamente observado, siendo el único propósito la máxima comprensión práctica

(experimental y técnica) de la realidad fenoménica.
Il Conciliatore (noviembre 1966)

El equívoco del cristianismo ha consistido en situar los valores ascéticos en la base de una moral impuesta a todos, no solamente a quien tiende hacia la trascendencia ultramundana, sino también a los que viven en el mundo y a los cuales se les pide, no una negación ascética de la existencia, incluido el sexo, sino, como máximo, una cierta «sacralización» de ella. Volvemos a encontrar el mismo equívoco, por lo demás, en la base de varias normas de la moral cristiana de los orígenes, que pueden tener validez únicamente en el campo de las disciplinas ascéticas, y, más concretamente, de un especial tipo de disciplina ascética.
L'Arco e la clava (1968)

Es evidente que el moderno conocimiento de tipo «científico», en sus aplicaciones técnicas, confiere al hombre moderno múltiples y grandiosas posibilidades en el plano práctico y material, pero que, desde el punto de vista concreto, le dejan tal como es. Por ejemplo, si en el campo de la ciencia moderna, alguien llega a conocer la tendencia aproximada de las leyes de los fenómenos físico, no por eso su situación existencial habrá variado. En primer lugar, los elementos fundamentales de la física más avanzada no son más que integrales y funciones diferenciales, es decir entidades algebraicas abstractas, las cuales, en rigor, no pueden aportar siquiera una imagen intuitiva ni un concepto, siendo puros instrumentos de cálculo (la «energía», la «masa», la constante cósmica, el espacio curvo, etc, no son más que símbolos verbales). En segundo lugar, tras haber «conocido» todo esto, no es que la relación «real» del hombre con los «fenómenos» haya cambiado, algo que también puede decirse para el mismo científico que ha elaborado conocimientos de este tipo y para el mismo creador de la técnica: el fuego continuará quemándolo, modificaciones orgánicas y pasiones turbarán su camino, el tiempo le dominará con su ley, nada diferente le dirá el espectáculo de la naturaleza, por el contrario, le dirá incluso mucho menos que al hombre primitivo, porque su «formación científica» desacraliza completamente el mundo, lo petrifica en el fantasma de una pura, muda exterioridad que, más allá de los conocimientos a los que hemos hablado, admite, como máximo, como franja subjetiva, las emociones estéticas y líricas del poeta y del artista, las cuales evidentemente no tienen valor

científico.

Lo Yoga della potenza (II ed.: 1968)

En el mundo moderno además de la ciencia de la naturaleza, existe la «filosofía», pero en ella es aún más visible el carácter de abstracción y de mera especulación conceptual que, por lo demás, se rompe en múltiples discordias entre sistemas vinculados a pensadores, no conociendo siquiera los frenos puestos a la divagación subjetiva de los «filósofos» del método científico moderno. Este mundo de la filosofía puede decirse que, en gran medida, es «irrealista».

Lo Yoga della potenza (IIª ed.: 1968)

Nadie desea afirmar que un hombre deja constancia de su *superioridad* cuando, utilizando cualquier medio técnico, es capaz de esto o de aquello: ni siquiera el señor de la bomba atómica, que apretando un botón podría desintegrar un planeta, deja de ser un hombre y sólo un hombre. Existe algo peor: si por cualquier cataclismo los hombres del *Kali–yuga* se vieran privados de todas sus máquinas, en la inmensa mayoría de los casos, se encontrarían probablemente en un estado de mayor impotencia que el primitivo no civilizado frente a las fuerzas de la naturaleza y a los elementos: precisamente porque la máquina y el mundo de la técnica han atrofiado sus verdaderas fuerzas. Se puede, por tanto, decir que la seducción por la «potencia», de la que el hombre moderno está orgulloso, es un verdadero espejismo luciferino. Diferente es el ideal de una potencia que no sigue las leyes de la naturaleza, sino que las doblega, las altera y las suspende, constituyendo una posesión directa de determinados seres superiores. De esta potencia, como del conocimiento verdadero, se ha dicho que su objetivo es la eliminación de la condición humana, del límite constitutivo de aquel Yo que los hindúes llaman «físico» (*bhûtâtmâ* = Yo de los elementos). El axioma de todo el yoga, del *sâdhana* tántrico y de disciplinas análogas, es el nietzscheano «el hombre es algo que puede ser superado», pero tomado en su sentido más estricto. Análogamente, la iniciación, en general, no admite la condición humana como un destino y no acepta solamente la condición humana. La superación de lo humano, considerada por tales disciplinas, en sus verdaderos y distintos grados, es la condición para potencia auténtica.

Lo Yoga della potenza (II ed.: 1968)

Para quien trata de formarse una idea de la divinidad y de sus relaciones con la realidad del mundo, se presentan dos vías, que se podría llamar deductiva una e inductiva la otra. Quienes toman la primera –como hace habitualmente cualquier creyente– parten de cierto concepto *a priori* de la divinidad, conforme a su fe, y en base a ella buscan explicar el mundo creado. En cambio, quien sigue la segunda vía, la inductiva, se hace una idea realista sobre el conjunto del mundo, y se esfuerza en representar qué divinidad podría ser la creadora y la autora.

Roma (27 de noviembre de 1971)

X

PROBLEMAS DEL ESPÍRITU

Para Evola, «la Vía existe solamente para aquel que quiere caminar por ella»: en su visión del mundo y del hombre, en su pensamiento, se manifiesta una forma de espiritualidad severa, para la cual nada es un don, nada se ofrece indistintamente a todos, sino que toda meta –el conocimiento, la inmortalidad, la misma personalidad– es una tarea, algo que debe proceder del esfuerzo realizado. Junto a este compromiso encontramos el valor ético y educativo de su enseñanza. La suya es una forma de espiritualidad «gélida o incandescente, nunca tibia», viva, fuente de nobles energías que sólo cuando uno se acerca a ella, está en condiciones de comprenderla y de realizarla en sí,

En todos sus libros –y, especialmente, en *Maschera e volto dello spiritualismo contemporáneo* (1932)– en los que denuncia las tendencias de cierto «espiritualismo», Evola opera una sistemática distinción de lo positivo y de lo negativo, amplía y aclara los horizontes e indica en qué direcciones se deben buscar las expresiones de la más alta espiritualidad y de lo verdaderamente sobrenatural, huyendo de los esquemas restringidos de la mentalidad más común y dando una seria orientación práctica, más que doctrinal, sobre la base de ideas y principios de orden tradicional.

Los fragmentos elegidos en el presente capítulo guían a la compresión de las ideas del autor sobre argumentos y problemas del Idealismo Mágico y de la teoría del Individuo Absoluto, el significado de los mitos, el valor de las religiones y el problema del catolicismo, el hermetismo, las formas históricas de la espiritualidad antigua y oriental, la crítica al materialismo y al espiritualismo contemporáneos, y han sido extraídas de *Saggi sull'Idealismo Magico, L'Individuo e il devenire del mundo, Teoria dell'Individuo Assoluto, Imperialismo pagano, Introduzione allá Magia, Maschera e volto dello spiritualismo contemporáneo, Sintesi di dottrina della raza, Cavalcare la tigre, La dottrina del Risveglio* y *L'Arco e la clava*, además de artículos aparecidos en varias publicaciones periódicas.

«La necesidad de lo sobrenatural está en lo profundo de la naturaleza humana y no se puede negar sin mutilar a esta misma naturaleza»

Maschera e volto dello spiritualismo contemporáneo (1932)

Para quien sea capaz de consideraciones frías y objetivas, ninguna creencia que haya aparecido en todos los tiempos, se muestra tan absurda e injusta, como la surgida, especialmente en Europa, en la época moderna, en gran parte a causa del cristianismo, que sostiene que la inmortalidad es algo que espera al hombre de manera natural, a la que cualquiera puede acceder, sin importar la vida que haya vivido y cómo la haya vivido. En esta existencia, nada se tiene si no se conquista y se construye, cualquier cosa es fruto del esfuerzo, de la voluntad tenaz, de una creación dolorosa afirmada ante vicisitudes desconcertantes en choque con fuerzas elementales. La inmortalidad –este valor supremo– es concebida por el cristianismo como algo que se adquiere sin ningún mérito, al margen de cualquier actividad que realice, por una especie de favor sobrenatural. Esta concepción, cuya comodidad supone una adulación y un estímulo para la perezosa e inconsistente vida de las masas, se contrapone a la enseñanza de la más alta sabiduría de todos los tiempos: del taoísmo a las doctrinas egipcias, de las posiciones védicas y budistas a las griegas, del *Eclesiastés* al estoicismo y a San Pablo, de las creencias babilonias a las gnósticas (por no hablar de la misteriosofía y del esoterismo de todos los tiempos), se transmuta con mayor o menor claridad, el concepto de que la inmortalidad es un don privilegiado accesible solamente para unos pocos que han conseguido alzarse hasta ella por su grandeza y que han sabido *construirse* gracias a su potencia.

Saggi sull'Idealismo Magico (1925)

Hay que saber renunciar a cualquier cosa desde el momento en que se experimenta la sensación de que se ha convertido en necesaria y apenas se descubre un atisbo de deseo o satisfacción por ella; hacer, por principio, no lo que gusta, sino lo que cuesta; asumir como principio siempre optar por la vía más difícil y, con ello, hacer más fuerte y pura la voluntad, y más enérgica la posesión de uno mismo.

Bilychnis (1925)

El «Yo trascendente», la «ley moral», la «dialéctica o historicidad del Espíritu», etc., como conceptos que *explican* (aunque sea como pura «antítesis dialéctica») y por tanto *anulan*, racionalizan lo irracional, son otros tantos nombres para el Dios de la religión y del optimismo perezoso, productos de la misma tendencia a *desechar*, a «apoyarse en algo» y «consolarse».

L’Individuo e il devenire del mondo (1926)

Al igual que el realista, el idealista absoluto huye del acto. El realista se libera de la tarea inventando al «otro» y atribuyéndole el ser que a él le falta y que considera más fuerte para él; el idealista no se descarga mediante la retórica y la mentira, simulando en el acto discursivo, el acto real o mágico y en el Yo como conocimiento, el Yo como suficiencia y potencia (…). La potencia es el *experimentum crucis* [experimento crucial] del idealismo. Si es cierto que el Yo (un Yo, naturalmente, que no sea, como el yo realista, un simple nombre para expresar loo que los naturalistas entienden por naturaleza) es el creador de la propia experiencia, le debe ser posible, apenas lo quiera verdaderamente, trasmutar *ad arbitrio* [a voluntad] esta misma experiencia. Si esto no es posible, el idealismo sufre una gravísima presunción contra su propio fundamento. Esto hace del idealismo uno de las pocas doctrinas filosóficas que admiten una verdadera y propia prueba experimental (el poder es también, si no *experimentum crucis*, al menos la condición para no arruinar en una «filosofía trágica» o «de la desesperación» para el individualismo).

Teoria dell’Individuo Assoluto (1927)

Como realidad, queremos decir, por tanto, que la medida del bien es la *virtus*, el grado de intensidad –de perfección y de decisión– del acto. No existe otro mal que la insuficiencia y la debilidad de los seres inciertos y disgregados, ni otro bien fuera de la potencia, la voluntad *una*, incondicionadamente suficiente a sí misma y sin embargo libre y capaz de hacer y de ser aquello que quiere. El resto son disparates que pueden dejarse a las mujeres, a los místicos y a los poetas. Criterio de lo real, aquí en la voluntad el problema ético coincide con el ontológico, recupera la luz y el alto significado del antiguo concepto del mal como «privación del ser», como aquel residuo de imperfección y de necesidad correspondiente a la «materia» y a la *ex – istencia*; y del bien como el acto que completa el mundo, que da al mundo su ser perfecto.

Teoria dell’Individuo Assoluto (1927)

Pronto, uno se da se da cuenta que, a través del devenir, *nada* puede realizarse y *nada* es alcanzado. Un devenir puro permanece como la única realidad, sin ningún fin, sin ninguna razón y sin, ninguna utilidad. La *vidya*

oriental es esta visión terrorífica, en la que aflora el sentido de la primera opción, de la «serpiente lunar», liberada de la «ignorancia» (*avidya*). Aquí aparece el síntoma de la crisis, el dilema nietzscheano entre fuerza y debilidad. Los débiles se rompen. En el hundimiento pesimista, la voluntad que sigue colocando al ser, no en sí mismo, sino en lo otro, arruina ya que es otra ruina. Por tanto, es preciso recurrir al cese del actual flujo para que extinguirse (budismo exotérico, ascetismo unilateral) o bien se es impotente para hacerlo y, abrumado por su contradicción, es voluntad desgarrada, desesperada, dolorosa (Schopenhauer, Bahnsen). Los fuertes, sin embargo, *rompen*. Relegan la «verdad», los «fines», las «razones» –todo el «otro» mundo– desplazando el centro sobre la misma voluntad, convirtiéndola en su absoluto valor, el *autotélos*. La medida de la potencia la facilita el saber hasta qué punto se es capaz de vivir en un mundo en el que no existe ni «sentido», ni verdad, ni fin, ni leyes, ni justicia, ni causalidad y *querer* este mundo.

Teoria dell'Individuo Assoluto (1927)

La concepción más elevada no es la que hace del espíritu algo diferente a la materia y al mundo, sino aquella que sitúa al espíritu *en la* materia y *en el* mundo como Señor y condición invisible de ambos. Entonces, dado que el mundo es el cuerpo del espíritu, de la misma forma, el espíritu no está verdaderamente más que en el esplendor de un cuerpo transfigurado, de un cuerpo que se convierta en acto, testimonio de su esencia viviente. Sin embargo, la vía que conduce hacia él no es ascesis, separación, fuga de la realidad, fe soñadora en un Padre o en el «Reino de los Cielos», abstracta separación entre lo natural y lo sobrenatural, de potencia y de espiritualidad, sino que es la inmanente resolución del mundo en el valor, espíritu que va a hacer de la realidad, plegada a su ley, la expresión misma de la perfección de su actualidad.

Imperialismo pagano (1928)

Hay que distinguir –y de manera muy neta– entre lo que es religión como hecho devocional, emotivo y popular, o como filosofía teologizante, dogma y apologética, de lo que es espiritualidad considerada como realización metafísica mediante una iniciación regular. La fe, la esperanza, la caridad, la «necesidad del alma», el «temor de Dios» y cualquier otro elemento similar, por sí mismos, no llevan un paso más allá de lo que es simplemente humano, ni han tenido jamás nada que ver con la verdadera espiritualidad: con la

espiritualidad, tanto de una tradición heroica, como de una tradición de conocimiento sagrado. Pero son precisamente elementos de este tipo lo que, de hecho, constituye la sustancia de la tradición cristiana. El resultado, frecuente y contaminante, lleva a una humanización de lo divino.

Introduzione alla Magia quale scienza dell'Io (1928)

El cristianismo, en relación con otras tradiciones, tiene un carácter particular. Por una parte, no es, como el hebraísmo antiguo o el islam ortodoxo, una pura religión de la «Ley», sino que pone de relieve la experiencia interior. Por otra parte, ignora el plano experimental, esotérico e iniciático, por lo que su nivel es inferior al de las tradiciones que tienen en cuenta este plano de manera adecuada. Esta naturaleza intermedia del cristianismo permite poder caracterizarlo y definirlo como una religión esencialmente mística, que ha absorbido y adaptado en forma místico–sacramental no pocos elementos esotéricos.

Introduzione alla Magia quale scienza dell'Io (1929)

Son posibles muchas actitudes ante lo «espiritual». La actitud «mística» se caracteriza precisamente por un tipo «estático» de experiencia, es decir con la salida de la personalidad fuera de sí misma y con una búsqueda de la experiencia, no tanto para su contenido objetivo, como para el gozo, la sensación y el arrebato que acompaña al estado estático. Definido así, pertenece al misticismo el odio por toda la exigencia de la ciencia, del método y de la claridad, pues se trata de un estado esencialmente sentimental o pasional, con un desprecio por la personalidad autónoma y por la intelectualidad.

Maschera e volto dello spiritualismo contemporáneo (1932)

El psicoanálisis como fenómeno general, más que verdad, es un símbolo, un signo de los tiempos. Depende del hombre –de su posibilidad de renacimiento o de su sometimiento definitivo a un proceso de regresión espiritual en curso desde hace siglos– hacer verdadero o falso, en el curso de su vida, el mito psicoanalista.

Maschera e volto dello spiritualismo contemporáneo (1932)

El retorno al catolicismo, para los mejores, para los seres que no están

rotos interiormente, *puede tener un valor positivo, en cuanto que constituye el primer paso a lo largo de una dirección que debe, necesariamente, llevar más allá del catolicismo. Y, si se trata de esto, los pasos siguientes deberán orientarse hacia una tradición verdaderamente universal, unánime y perenne, donde la fe pueda integrarse en una realización; lo sensible en la vía del despertar: el rito en actos de potencia; el dogma en expresión de un conocimiento absoluto e infalible, en tanto que no–humano y en tanto que tal, viviente en los «héroes» y en los «ascetas», en aquellos que han disuelto su vínculo terrestre.*

Maschera e volto dello spiritualismo contemporáneo (1932)

El término «religión» no puede aplicarse correctamente a todas las grandes y luminosas formas de la espiritualidad antigua, oriental y occidental. En el centro y en apoyo de estas formas, existe lo sobrenatural o «ultramundo», concebido, no como un don de la fe o de una revelación, ni como dogma, sino como un conocimiento real. A este conocimiento, Guénon le llama *«Metafisica»*, no el sentido que ha tomado en la filosofía, sino precisamente como ciencia de lo que está más allá de lo físico, y que, por tanto, no es ni siquiera el producto de facultades ligadas a condiciones físicas y racionales, como las que están al alcance de la personalidad humana común (…). Un axioma del mismo teosofismo: «No existe religión más alta que la verdad», no es que diga algo diferente, por su relación con la idea, sostenida por estas corrientes espiritualistas, de una fundamental unidad superior a cualquier forma particular de religión.

Maschera e volto dello spiritualismo contemporáneo (1932)

La distinción en el ser humano de tres principios diversos, cuerpo, alma y espíritu, es fundamental para la vivencia tradicional (…). El «espíritu», en la concepción tradicional, tiene un significado supra–racional y supra–individual. No tiene, pues, nada que ver con el intelecto común y, menos aún, con el pálido mundo de los «pensadores» y de los «literatos»; es más bien el elemento sobre el que se apoya toda ascesis viril y toda elevación heroica, todo esfuerzo para realizar, en vida, lo que es «más que vida».

Sintesi di dottrina della razza (1941)

El concepto de «valor» como significado, sabor de la vida, permanece, a

pesar todo, en el centro de la experiencia de Nietzsche. Y si todos los valores objetivos desaparecen y se muestran engañosos, existe una sola solución: concebir la propia voluntad pura como legisladora y creadora de valores que den un sentido a la vida. Con toda razón se ha hecho notar que, pesar de las apariencias, el «inmoralismo» de Nietzsche no hace más que llevar hasta el límite la llamada moral absoluta, formal o autónoma. El único punto firme que permanece es el principio mismo, separado de todo elemento afectivo y sensible, de todo motivo «heterónomo» y «eudemonista», del «imperativo categórico» de Kant; sólo que en Nietzsche este principio es verdaderamente «puro», se evita el enredo por el que, según Kant, al formular una norma concreta entran de nuevo ocultándose, ideas humanitarias de la corriente de la moralidad. Aparte de Nietzsche, en Occidente, solo Max Stirner llegó más lejos con su teoría del «único», si bien aplicada casi exclusivamente al terreno social.

Maschera e volto dello spiritualismo contemporáneo (IIª ed., 1949)

Hoy no existe nadie de cierta cultura que pueda verdaderamente creer, con los católicos, que «fuera de la Iglesia no existe salvación» (*extra Ecclesiam nula salus*) en el sentido de que las grandes civilizaciones que han precedido al cristianismo, hasta Grecia y Roma, o tradiciones milenarias no europeas aun existentes, como el budismo, el islamismo, el hinduismo y así sucesivamente, no hayan conocido ni lo sobrenatural, ni lo sagrado, sino solamente imágenes distorsionadas y confusas prefiguraciones de la misma, mero «paganismo», politeísmo y «mística naturalista». En particular, será difícil encontrar a quien crea aún que el pueblo judío haya sido verdaderamente «pueblo elegido» entre todos, único depositario de la verdadera y perfecta religión, y mucho más difícil será admitir que el ciclo luminoso de las grandes civilizaciones y religiones indoeuropeas, sea inexistente o situado en una esfera inferior. Aquí no se trata de «fe» o ausencia de fe, sino de conocimiento o de ignorancia.

Gli uomini e le rovine (1953)

Un conjunto de conceptos, que en el Occidente cristiano han sido considerados como esenciales e indispensables a toda «verdadera» religión (el dios personal del teísmo, la ley moral con sus sanciones de paraíso y de infierno, la concepción restringida de un orden providencial y de un finalismo moral y racional del mundo, la fe descansando sobre una base

principalmente emotiva, sentimental y sub-intelectual) son ajenos a una visión metafísica de la existencia, visión universalmente presente en el mundo de la Tradición.

Cavalcare la tigre (1961)

El significado de todas las crisis de los últimos tiempos puede resumirse así: el hombre ha querido ser libre, sin embargo, para él, esta liberación solamente podía significarle la ruina. «Dios ha muerto», se ha dicho, siendo una simple forma patética para indicar el estado de ánimo fundamental de la época. Sin embargo, el mismo Nietzsche constata: «¿Haber matado a Dios, no será una acción demasiado grande para nosotros? ¿No deberíamos convertirnos en dioses para ser dignos de ella?». Reconocer que «si nada existe, todo está permitido», hablar de la «libertad del espíritu», entraña inevitablemente esta consecuencia: «Ahora es preciso que demostréis la nobleza de vuestra naturaleza».

Cavalcare la tigre (1961)

Si un día la humanidad volviera a condiciones más normales, pocas civilizaciones parecerían tan singulares como la actual, en la que se persigue cualquier forma de poder y de dominio sobre la materia, descuidando, sin embargo, el dominio sobre la propia mente, sobre las propias emociones y sobre la vida psíquica en general. Por ello, muchos de nuestros contemporáneos –los considerados «hombres de acción», en primera línea– se parecen a aquellos crustáceos, duros y con excrecencias escabrosas en la concha, pero blandos e invertebrados en el interior.

La dottrina del Risveglio (II ed., 1965)

Muchas mentes privadas de la facultad de discernir según el recto juicio, mentes que carecen de forma y de «visión del mundo», se encuentran en un estado de «enfermedad espiritual» que los hace receptivos a influjos de todo tipo. Esta situación deletérea –que es presentada como una conquista y un progreso– procede de una premisa diametralmente opuesta a la verdad: se presume que, a diferencia de las épocas precedentes, llamadas «oscurantistas», el hombre moderno es espiritualmente adulto, capaz, por tanto, de juzgar y de construirse a sí mismo (tal es la premisa de la misma «democracia» moderna en su polémica contra cualquier principio de

autoridad). Esta fatuidad basta para evidenciar que, en la época moderna, existe una gran cantidad de hombres, interiormente informes que, por eso mismo, están abiertos a cualquier sugestión y a todas las intoxicaciones ideológicas, hasta el punto de pasar a ser esclavos, incluso sin sospecharlo siquiera, las corrientes psíquicas propias del ambiente intelectual, político y social en el que viven.

Gli uomini e le rovine (II ed., 1967)

El culto supersticioso de la *ratio* sustituyó el de la «vida», del «devenir» o del «inconsciente», y cosa aún más grave, ha terminado por confundir el espíritu con algo que, en el fondo, corresponde a la parte naturalista e incluso pre-personal del ser humano. Es muy pertinente, a este respecto, lo dicho por René Guénon: después de que el racionalismo, el materialismo y el positivismo del último siglo hayan provocado que el sujeto se cerrase a lo que está por encima de sí mismo (y tal es la contribución del «iluminismo» distorsionado), estas nuevas corrientes se van a abrirlo a lo que está por debajo de él. En especial, el inconsciente se ha convertido en un saco que acoge cosas de este tipo.

L'Arco e la clava (1968)

No existe «progreso» que valga (y que pueda volver superflua la función que, en su sentido más alto y severo puede tener, para un hombre no degradado, una religión), cuando se trata de problemas más reales, como la muerte, la angustia existencial, los trastornos debidos a la irrupción de lo irracional, las pasiones y los mismos instintos. Por el contrario, creer que el progreso, la ciencia, la tecnocracia y también Cristo, convertido en una especie de asistente social integral, modelo de altruismo humanitario, pueda resolver tales problemas, significa atestiguar, además de un primitivismo, una falta completa del sentido de la seriedad ante la vida y ante la condición humana.

Il Conciliatore (15 de junio 1969)

El psicoanálisis freudiano identifica la angustia con los «bajos fondos» de la psique en sentido propio: impulsos irracionales, libido, turbios complejos e, incluso, impulso a la destrucción. Por su parte, una teoría completa del ser humano debería tender a ampliar los horizontes interiores y no a reducirlo

todo a este fondo turbio, demoníaco y subpersonal, verdadero «mundo inferior» en el que tiene su lugar todo lo que sucede fuera de la zona de la conciencia ordinaria más restringida. Frente a este inconsciente, reconoce el «superconsciente» como el mundo, no subpersonal, sino suprapersonal provisto de una luz y de una conciencia superiores. La integración en este «superconsciente» del Yo, fue el fin de las disciplinas tradicionales que abrieron la vía para conseguir un verdadero poder sobre el inconsciente, para controlarlo, para paralizar su acción oblicua, confirmando la soberanía de un Yo –alejado del ser el histérico «Super–Yo» producto del ambiente–, convertido en principio libre, el *egemonikon*, por utilizar un término antiguo, es decir el «soberano interior». El psicoanálisis, por su parte, se caracteriza por el enfocar la atención, obsesivamente, hacia los bajos fondos de la psique, sobre la zona inferior, instintiva, conduciendo a una verdadera y propia regresión. Se encuentra en la misma línea de otras corrientes modernas, caracterizadas por una reducción de lo superior a lo inferior, o por una revuelta de lo inferior contra lo superior.

Il Conciliatore (15 de noviembre 1970)

Algunos creen que el budismo es sinónimo de alienación existencial, ven en el nirvana budista la forma suprema de evasión, un a forma de sustraerse al mundo concebido como dolor y un refugiarse en una informe trascendencia. Aquí no se trata de detenernos en lo que es la verdadera sustancia del budismo. Diremos solamente que el budismo de los orígenes, aparte de luchar contra las especulaciones abstractas y el ritualismo en el que había caído la casta *brahamánica* hindú, había planteado simplemente el problema de la «liberación». También el antiguo mundo romano conoció con las palabras de Salustio: *omnia orta accidunt et aucta senescunt* [todo lo que nace muere y todo lo que crece envejece], idea que constituye también el punto de partida de la doctrina budista originaria. Existe en el mundo la ley de la caducidad y de la impermanencia, pero es posible sustraerse a ella y participar de una existencia superior. Sobre esta existencia superior, situada más allá de la vida y de la muerte, el budismo siempre ha evitado hablar, esto es «filosofar».

Vie delle Tradizione (abril–junio 1971)

Toda medida positiva de la verdadera espiritualidad, para el hombre, debe ser una conciencia clara, activa y distinta: aquella que posee cuando examina

objetivamente la realidad exterior u ordena los términos de un razonamiento lógico, de una deducción matemática, o toma una decisión en su vida moral. Tal es su triunfo, es decir, aquello que lo define dentro de la jerarquía de los seres. Cuando, por el contrario, transita por los dominios de un misticismo nebuloso, de un recelo panteísta o por los de la fenomenología, por sensacional que sea, que se efectúa en las condiciones de la regresión, del colapso síquico, del trance, no asciende, sino *desciende* en la escala de la espiritualidad, pasa de lo que es más a lo que es menos en el campo del espíritu.

Maschera e volto dello spiritualismo contemporaneo (IIIª ed., 1971)

Leer obras «espiritualistas», frecuentar círculos de teosofía, meditar sobre el «huésped desconocido» maeterlinkiano, hacer los buenos veinte minutos diarios de concentración plenos de una fe conmovedora por la reencarnación que permitirá a cada alma continuar la «evolución» a través de una nueva existencia, donde recogerá «los frutos del buen karma humanitario» acumulado, esto es en verdad un régimen particularmente cómodo de «superación». La doctrina cristiana originaria, por la que se vive una sola vez y en esta única vida se decide toda suerte, hasta aquella de una eterna salvación o de una eterna condenación, y la que no justifica la vida presente sin una referencia constante a «Dios», suenan ya como una saludable diana en contra de semejantes sueños de mediocridad, de ilusión y de languidez «espiritualista».

Maschera e volto dello spiritualismo contemporaneo (IIIª ed., 1971)

No hay que hacerse ilusiones frente a exposiciones sobre la iniciación y la «magia»; que nos sirvan como camino a la cumbre, como puntos liminales de referencia, para fijar bien las distancias, y no como instrumentos de adulación y de vanidad; que junto con tales enseñanzas se tenga siempre presente, aquellas otras, donde vale la prohibición del oculto, y el dicho: «No se puede ver a Dios sin antes morir» y para aquel que «ha sido mordido por la serpiente del mundo espiritual», fue víctima de la insidia de un maldito. Si existe un derecho de pedir, más allá de ésta, una verdad más elevada, tal derecho es medido inexorablemente por la capacidad de una conversión, una transfiguración, de una separación y de una superación absoluta. Es un derecho aristocrático. El único derecho que la plebe no podrá usurpar jamás, ni hoy, ni en cualquier otra época del mundo.

Maschera e volto dello spiritualismo contemporaneo (IIIª ed., 1971)

XI

ORIENTACIONES EXISTENCIALES

El sentido más profundo de la enseñanza de Evola reside quizás en su valor como «vehículo» (es decir, en tanto que medio, a través del cual, se transmite la antigua sabiduría) y, sobre todo, en el ejemplo ofrecido de rigurosa coherencia entre vida y pensamiento y como guía existencial para la orientación de aquellos que quieren ser, ante todo, «hombres» – en su virilidad, en su dignidad, en todos los aspectos superiores de su ser.

Más allá del nihilismo y del hundimiento de los valores, y sobre la base de una decidida oposición a todo lo que es civilización residual y cultura burguesa, Evola señala a los hombres de hoy el sentido de la existencia y sugiere, no para cualquier individuo, sino para aquellos a los que llama «tipos humanos diferenciados», cómo asumir también los procesos extremos y, a menudo irreversibles, de disolución, como agentes positivos en el sentido de una autodisciplina, de un autoperfeccionamiento, de una elevación, en vez de, como para los más, ser factores de destrucción espiritual. Para cualquier problema, Evola ofrece la solución, para cada falso mito presenta una verdad tradicional, para cada veneno muestra el antídoto que conduce a la defensa y al desarrollo de la personalidad: una visión del mundo y de la vida, en definitiva, para quien debe actuar en un mundo que no es el suyo, sin quedar abrumado ni interiormente contaminado, manteniéndose

en las posiciones de fidelidad a sí mismo y a una idea.

Para este capítulo, hemos consultado, sobre todo, *Orientamenti* (1950) y aquella especie de breviario de comportamientos existenciales del hombre diferenciado que es *Cavalcare la tigre* (1961): pero también han sido extraídas algunas citas de: *Introduzione alla Magia, Imperialismo pagano, Maschera e volto dello spiritualismo contemporaneo, Rivolta contro il monto moderno, Sintesi della dottrina della raza, Gli uomini e le rovine, Metafisica del sesso, Il Cammino del Cinabro* y *L'Arco e la Clava,* y muchos artículos que tratan esta temática, publicados en varios periódicos y revistas.

«La tarea esencial que hoy se plantea al hombre diferenciado es 'Hacer que aquello sobre lo que no se puede hacer nada, no pueda nada sobre mí'».

La dottrina del Risveglio (1965)

En la práctica, muchas cosas nos resultan imposibles solamente porque *creemos* que lo son; la vía del espíritu *no existe para quien no quiere recorrerla*.
Bilychnis (1925)

La acción debe liberarse. Debe realizarse en sí misma, podada de la fiebre mental, purgada de odio y de codicia. Estas verdades deben estar presentes en el ánimo: no hay donde ir, no hay nada que pedir, nada que esperar, nada que temer. El mundo es libre: fines y razones, «evolución», hecho o providencia, todo esto es niebla, son cosas inventadas por seres que no sabían todavía andar por sí mismos y precisaban muletas y apoyos.
Introduzione alla Magia quale scienza dell'Io (1927)

Incluso en la vida cotidiana se precisa una disciplina, apta para afrontar lo inútil de todo sentimentalismo y de cualquier complicación afectiva. En su lugar, se sitúa la mirada lúcida y el acto preciso. Como en el cirujano, en lugar de la compasión y de la piedad, solamente la acción es quien resuelve

situaciones extremas. Como en el guerrero y en el deportista, en lugar del miedo, de la agitación irracional ante el peligro, debe aparecer la pronta determinación de todo lo que uno debe hacer. Piedad, miedo, esperanza, impaciencia, ansia, son escamas que recubren el ánimo, que alimentan poderes ocultos y vampíricos de negación. La compasión, por ejemplo, no hace que desaparezca el mal que sufren otros, sino que contribuye a enturbiar el propio ánimo. Si puedes, actúa, asume la persona del otro y comunícale tu fuerza. Si no, distánciate. Haz lo mismo con el odio: odiar degrada. Si quieres, abate, arranca, pero sin que tu ánimo se altere.

Introduzione alla Magia quale scienza dell'Io (1927)

A partir de determinado punto, no te sentirás unido ni a la sangre, ni a los afectos, ni tampoco a la patria, ni a ningún destino humano. Solamente podrás sentirte unido con quien esté en tu misma vía.

Introduzione alla Magia quale scienza dell'Io (1927)

Existe un amor que es signo de riqueza, es el acto puro y libre del que da con absoluta generosidad, porque *puede* dar; y existe un amor que tiene necesidad de apoyo, de abandono del alma, querido por el sentimiento, que aspira a hacer desaparecer la sensación de aislamiento que no somos incapaces de soportar. Lo primero es algo luminoso y sobrehumano, lo segundo está empapado de pasión y de necesidad, de aquello que es femenino y no masculino. Lo primero testimonia la individualidad, lo segundo la corrompe. Lo primero confirma las diferencias, lo segundo las abole mediante la unión, el altruismo, o la «comunión de las almas». El primero es un dar, una libertad; el segundo es, efectivamente, una absorción, una forma de contaminarse y contaminar.

Imperialismo pagano (1928)

El premio de la «virtud» es la virtud misma. Es decir: la virtud es un valor en sí misma, y en sí misma, fuera de cualquier atracción que procede de la sensibilidad, es querida de una forma pura, absoluta, no–humana.

Imperialismo pagano (1928)

Hoy tenemos necesidad de hombres que tengan un concepto puro y efectivo de la «espiritualidad»: que la separen de todo lo que es dominio del

sentimiento, de evasión mística y de prejuicio «humano» que no la reduzcan a algo pequeño del cerebro, del corazón, ni siquiera de los sentidos, sino, que la realicen como un *estado*, como una *presencia* que se expresa en formas concretas y superiores de acción y de visión, no excluyendo con esto todos los demás elementos no–espirituales de la vida humana, individual y comunitaria, sino dirigiéndolos animándolos y organizándolos desde este nivel superior de conciencia. Nivel que –y este es el punto fundamental– no se valora en términos religioso–clericales, morales, doctrinales o sentimentales, *sino que constituye un valor en sí mismo*, sentido viviente y potente de pura inmanencia, de pura centralidad.

L'Educazione Fascista (febrero 1929)

Hoy, en esta época de dominio de lo irracional y del demonismo de lo colectivo, existen demasiadas fuerzas contra las que es preciso resistir y combatir, para que además se añadan los peligros de la «espiritualidad». Lo «espiritual» vale como un conocimiento, no como una tentación. Es preciso superar, tanto la actitud irrealista religiosa, como la actitud mezquina cientifista y positivista. Sentirlo como una realidad presente, en absoluto milagrosa sino evidente, en el marco de una sensación del mundo más completa, más amplia y más libre. Leamos los mitos, los símbolos y los ritos de las grandes tradiciones, conozcamos la ilusión y la relatividad de tantos ídolos y valores modernos. Además, *en el fondo, se impone un retorno a la visión helénico–clásica de la vida*.

Maschera e volto dello spiritualismo contemporaneo (1932)

Sólo planteándonos los significados y las concepciones que existieron antes de aparecer las causas de la civilización precedente. es posible tener un punto absoluto de referencia, una clave para la comprensión efectiva de todas las desviaciones modernas, y encontrar al mismo tiempo, terrenos sólidos, la resistencia infranqueable de aquellos a los que, a pesar de todo, les será dado conservar y transmitir la «tradición». Y hoy cuenta –de forma precisa y solamente– el trabajo de aquellos que se mantienen firmes en los principios, inaccesibles a cualquier concesión, indiferentes ante las fiebres, ante las convulsiones, las supersticiones y las prostituciones a cuyo ritmo danzan las últimas generaciones. Hoy cuenta solamente el silencioso «mantenerse firme» de unos pocos, cuya presencia impasible sirve para crear nuevas relaciones, nuevas distancias, nuevos valores.

Rivolta contro il mondo moderno (1934)

Es digno de ser llamado Hombre –*vir*– aquel que, en sí mismo, tiene la propia norma, que, por lo tanto, es activo ante la realidad, rechaza sufrir su violencia, sino que, más bien, trata de dirigirla o, allí donde no sea posible, le cierra el paso; para quien el hecho no se convierte en derecho, y aquello que es hijo de la contingencia y de la necesidad no usurpa la dignidad propia de los principios. Quien, por el contrario, «modela» la realidad, siendo interiormente inconsistente y pasivo, no sabiendo más que adaptarse a las circunstancias y, como máximo, trata solamente de aprovecharlas oblicuamente mediante la realización de fines contingentes y materialistas, estos rasgos corresponden a lo que, siempre ha tenido un carácter de feminidad.

Rassegna Italiana (octubre de 1939)

Para nosotros, las cualidades del carácter, son mucho más importantes que las de un abstracto intelectualismo o las proporcionadas por una vana creatividad artística. Un hombre que, sin apenas educación, ha vivido el sentimiento del honor y de la fidelidad, para nosotros vale más que un académico laureado y narcisista, dispuesto a cualquier bellaquería para prosperar: en lo más alto de todo se sitúan, para nosotros, los valores heroicos y ascéticos, los únicos que justifican la vida con algo que sea «más que vida».

Sintesi di Dottrina della Razza (1941)

El «estilo» que debe ganar protagonismo es el de quien se mantiene en posiciones de fidelidad a sí mismo y a una idea, con intensidad, repugnándole cualquier compromiso, con una entrega total que se debe manifestar no solamente en la lucha política, sino también en cualquier expresión de la existencia: en las oficinas, en los laboratorios, en las universidades, en las calles, en los mismos afectos de la vida personal.

Orientamenti (1950)

Se equivoca quien nos acusa de ser «antihistóricos» y «reaccionarios». No existe la Historia, esa entidad misteriosa escrita con letra mayúscula. Son los hombres los que hacen y deshacen la historia mientras son *verdaderos* hombres; el llamado «historicismo» es, más o menos, lo mismo que en los

ambientes de izquierda se llama «progresismo» que solamente aspira a una cosa: fomentar la pasividad respecto a la corriente que crece y que lleva cada vez más adelante. Y, en cuanto al «reaccionarismo», preguntaros: desearíais que mientras se destruye y se profana, nadie reaccionase, sino que permaneciera mirando e, incluso, diciendo: «bravo, seguid así»?

Orientamenti (1950)

No debemos sobredimensionar la cultura. Lo que llamamos «visión del mundo» no se basa en los libros: es una forma interna que puede ser más precisa en un ser sin una formación cultural particular, que en un «intelectual» o en un escritor. Entre lo más nefasto de la «libertad cultural» al alcance de todos, hay que incluir el hecho de que el individuo queda abierto a las influencias de todo tipo, incluso cuando no puede permanecer activo frente a ellas, o es incapaz de discriminarlas y juzgarlas correctamente.

Orientamenti (1950)

Contra el psicoanálisis, debe prevalecer el ideal de un Yo que no abdica, que quiere permanecer consciente, autónomo y soberano frente a la parte nocturna y subterránea de su alma y frente al demonio de la sexualidad; que no se siente ni «reprimido» ni psicológicamente escindido, sino que realiza un equilibrio de todas sus facultades humanas, ordenadas hacia la realización de un significado superior de la vida y de la acción.

Orientamenti (1950)

Ante un mundo podrido cuyo principio es: «haz lo que veas hacer», o, también, «primero el vientre, el pellejo (tan citado por Malaparte), y después la moral», o también: «éstos no son tiempos en que se pueda uno permitir el lujo de tener un carácter», o, en fin: «tengo una familia que alimentar», nosotros oponemos esta norma de conducta, firme y clara: «No podemos actuar de otra forma, éste es nuestro camino, ésta es nuestra forma de ser».

Orientamenti (1950)

Es importante y esencial que constituir una elite, que, con aguerrida intensidad, defina, con un rigor intelectual y una intransigencia absolutos, la idea en función de la cual es preciso unirse, y afirmará esta idea sobre todo en

la forma del hombre nuevo, del hombre de la resistencia, del hombre en pie entre las ruinas. Si nos es dado superar este período de crisis y de orden vacilante e ilusorio, sólo de este tipo de hombre será el futuro. Pero, incluso, aunque el destino que el mundo moderno se ha creado, y que ahora lo arrolla todo, no pudiera ser contenido, gracias a tales premisas las posiciones interiores permanecerán intactas: en cualquier circunstancia, lo que deberá ser hecho será hecho, y perteneceremos así a esa patria que ningún enemigo podrá nunca ocupar ni destruir.

Orientamenti (1950)

Despreciamos el mito burgués de la «seguridad», de la mezquina vida estandarizada, conformista, domesticada y «moralizada». Despreciamos el vínculo anodino propio de todo sistema colectivista y mecanicista y de todas las ideologías que confieren a los confusos valores «sociales» primacía sobre los valores heroicos y espirituales, por medio de los cuales se debe definir, para nosotros, en todos los dominios, el tipo del hombre verdadero, de la persona absoluta. Algo esencial se habrá conseguido cuando despierte nuevamente el amor por un estilo de impersonalidad activa, en el que lo que cuente sea la obra y no el individuo, por el cual seamos capaces de considerar como algo importante, no a nosotros mismos, sino a la función, la responsabilidad, la tarea que se acepta, el objetivo perseguido.

Orientamenti (1950)

No existe crecimiento exterior económico o prosperidad que valga la pena y a la que la no debamos resistir resueltamente cuando la contrapartida sea una limitación esencial de la libertad y del espacio necesario para que cada uno pueda realizar aquello que le es posible, más allá de la esfera condicionada de la materia y de las necesidades de la vida ordinaria.

Gli uomini e le rovine (1953)

La medida de lo que se puede exigir a los otros es dada por aquello que se puede exigir a uno mismo; alguien que carezca de la capacidad de dominar, ante todo, a sí mismo y de dotarse de una ley no estará en condiciones de dominar según la justicia a otros y proporcionar una ley quien no la tenga.

Gli uomini e le rovine (1953)

El peor mal de la Italia de hoy es el burgués: burgués–sacerdote, burgués–campesino, burgués–obrero, burgués–«señor», burgués–intelectual: todo esto apenas es serrín, sustancia sin forma, en la que no existe ni lo «alto» ni lo «bajo». Acabar con todo esto, debe ser la consigna.

Gli uomini e le rovine (1953)

El factor religioso es un elemento indispensable en la visión de la vida necesaria para dar forma a un nuevo despliegue reconstructivo, a través de la dimensión heroica que le es propia. En general, es necesario sentir que, más allá de esta vida terrestre, existe una vida más alta, porque solamente quien lo siente así, dispone de una fuerza indestructible e irrompible, la única que será capaz, donde sea necesario, de darle una predisposición para el sacrificio activo y un impulso absoluto; el tener muy poco en cuenta la propia vida, algo que, en el caso contrario, sólo en posible en momentos de exaltación y de desencadenamiento de fuerzas irracionales.

Gli uomini e le rovine (1953)

Toda ética verdadera, es decir tradicional, y no «social» o abstracta, filosófica, se basa en asumir en forma tan libre como absoluta lo que corresponde a la naturaleza propia de cada ser. Un dato originalmente «naturalista», al convertirse en contenido de un acto puro del querer, pierde su carácter y adquiere valor ético. La fórmula de toda ética se resume en el «se tú mismo» o en el «se fiel a ti mismo», entendiendo por «uno mismo» la propia naturaleza más profunda, la propia «idea» o tipicidad.

Metafisica del sesso (1958)

Cuando un ciclo de civilización llega a su fin, es difícil poder alcanzar algo resistiendo, oponiéndose directamente a las fuerzas en movimiento. La corriente es demasiado fuerte, y se correría el riesgo de resultar arrastrado. Lo esencial es no dejarse impresionar por la omnipotencia y por el triunfo aparente de las fuerzas de la época. Tales fuerzas, al estar privadas de conexión con cualquier principio superior, tienen, en el fondo, su tiempo medido. No es preciso, pues, fijarse en el presente y en las cosas próximas, sino que es necesario tender la vista a las condiciones que se podrán delinear en un tiempo futuro. El principio a seguir puede ser el de dejar libre curso a las fuerzas y a los procesos de la época, manteniéndose, sin embargo,

dispuestos a intervenir cuando ‘el tigre, que no puede revolverse contra quien le cabalga, estará cansado de correr’.

Cavalcare la tigre (1961)

La superación objetiva, no patética y polémica, del plano de la moral se realiza, en efecto, a través del conocimiento –conocimiento de las causas y de los efectos– y de una conducta que solamente tenga como base tal conocimiento. La noción moral del «pecado» debe de ser sustituida por aquella otra, más objetiva, de «culpa» o, más exactamente, de «error». Para quien ha situado el centro de sí mismo en la trascendencia, la idea de «pecado» tiene tan poco sentido como las nociones corrientes, siempre condicionadas, del bien y del mal, de lo lícito y de lo ilícito.

Cavalcare la tigre (1961)

Actuar sin esperar los frutos, sin que sea determinante la perspectiva del éxito o del fracaso, de la victoria o de la derrota, de la ganancia o de la pérdida, ni siquiera la del placer y del dolor, la aprobación o la desaprobación de otros (…). El hombre para el cual la libertad nueva no significa ruina porque, dada su especial estructura, al disponer de una sólida base en sí mismo, o bien porque está en condiciones de conquistarla con una ruptura existencia de nivel que restablezca el contacto con la superior dimensión del «ser», hace propia una visión de la realidad desprovista del elemento humano y moral, libertad de las proyecciones de la sentimentalidad y de la subjetividad, de las superestructura conceptuales, finalistas y teístas.

Cavalcare la tigre (1961)

El hombre verdaderamente diferenciado no es ni el *outsider* profesional y polémico, ni el «objetor de conciencia», ni el anarquista. Una vez ha conseguido que la vida, con sus interacciones, no comprometa a su ser, eventualmente podrá manifestarse también la cualidad del soldado que para actuar y para realizar una tarea, no exige preventivamente una justificación trascendente y una seguridad casi teológica sobre la justeza y bondad de su causa (…) *Apolitia* es la distancia interior irrevocable, en relación a esta sociedad y a sus «valores»; es el no aceptar estar ligados a ella por un vínculo espiritual o moral. Quedando esto sólidamente establecido, pueden ser realizadas, con un espíritu diferente, las actividades que para otros

supondrían limitaciones.
Cavalcare la tigre (1961)

El hombre diferenciado que contemplamos se siente absolutamente *fuera* de la sociedad, no reconoce un derecho moral a la pretensión de su inserción en un sistema absurdo, puede entender no solamente a quien esté *fuera*, sino incluso a quien esté *contra* la «sociedad», contra esta sociedad.
Cavalcare la tigre (1961)

Sobre el matrimonio [para el hombre diferenciado] son patentes las contaminaciones entre lo sagrado y lo profano y el conformismo burgués, incluso cuando se hace referencia al matrimonio religioso indisoluble católico. En realidad, tal indisolubilidad, que, en el ámbito católico debería tutelar la familia, no es hoy más que una simple fachada. Las uniones indisolubles nominalmente, de hecho, están frecuentemente taradas y son superficiales. En el área de la pequeña moral ni siquiera sirve para que el matrimonio sea efectivamente indisoluble; interesa sólo hacer como si lo fuera. Que hombres y mujeres, una vez debidamente casados, hagan, más o menos, lo que quieran, que finjan, se traicionen o simplemente se soporten, que permanezcan juntos por simple conveniencia, reduciendo la familia a aquello que se ha dicho antes, todo eso, importa poco. La moral queda a salvo y se cree que la familia sigue siendo la célula fundamental de la sociedad, pero se condena el divorcio y se acepta la sanción o autorización social –como tal, descarada– para cualquier convivencia con base sexual, que corresponde al matrimonio (…). El matrimonio, como rito y como sacramento que comporta indisolubilidad ha tomado forma en la historia de Iglesia muy tardíamente, no antes del siglo XII, y la obligatoriedad del rito religioso para toda unión que no quiera ser considerada como un mero concubinato, fue proclamada en una fecha posterior, en el Concilio de Trento (1563). Esto no afecta, sin embargo, a un matrimonio indisoluble tomado en sí mismo: sólo que entonces se deben precisar el lugar, el significado y las condiciones. Es necesario poner de relieve que, en este caso, como en otros en lo que respecta a los sacramentos, en la Iglesia católica nos encontramos ante una singular paradoja: partiendo del propósito de sacralización de lo profano, se ha terminado profanando lo sagrado. El significado verdadero y tradicional del matrimonio–rito se encuentra diluido y ensombrecido en San Pablo, cuando para aludir a él no utiliza el término «sacramento», sino el de

«misterio» («es un gran misterio», dice textualmente en Efesios V, 31–32). Puede admitirse, sin más, una idea superior del matrimonio, como unión sagrada e indisoluble, no en las palabras, sino en los hechos. Tal tipo de unión es, sin embargo, concebible solamente en casos excepcionales, en los que esté presente, como principio, una entrega absoluta, casi heroica, de una persona hacia la otra, en la vida y más allá de la vida, que en más de una civilización tradicional fue conocida, con ejemplos, incluso, de esposas que encontraban natural no sobrevivir a la muerte de su marido.

Cavalcare la tigre (1961)

Hemos dicho que lo sagrado ha sido profanado porque esta concepción de una unión sacramental indisoluble, «escrito en el cielo» –superando el plano naturalista, genéricamente sentimental y también, en el fondo, solamente social–, ha querido aplicarse, incluso imponerse, a no importa qué parejita de esposos, que se unen en la iglesia en vez de en el ayuntamiento por un simple conformismo respecto a cierto medio social. Y se ha pretendido que, sobre este plano exterior y prosaico, sobre el plano de lo «humano, demasiado humano» nietzscheano, deban y puedan valer los atributos del matrimonio propiamente sagrado, del matrimonio como «misterio». (...) No basta. Puede constatarse en la doctrina católica, además del absurdo tendente a democratizar, a imponer a todos, el matrimonio–rito, la incongruencia del hecho de pretender que el rito transforma las uniones naturales, no solamente en indisolubles, sino también en «sagradas», estando ambas incongruencias ligadas, por lo demás. En razón de premisas traumáticas precisas, lo «sagrado» no puede reducirse aquí a un mero juego de palabras. Se sabe que el catolicismo y el cristianismo se caracterizan por una oposición entre la «carne» y el espíritu, una especie de odio teológico hacia el sexo, que procede de la extensión ilegítima en la vida ordinaria, de un principio válido, todo lo más, para cierto tipo de vida ascética. El sexo, considerado como tal, es una mancha, algo pecaminoso y el matrimonio es concebido como un mal menor, como una concesión hecha a la debilidad humana en favor de quien no sabe escoger como norma de vida la castidad, la renuncia al sexo. No pudiendo anatematizar toda la sexualidad, el catolicismo intenta reducirla, en el matrimonio, al hecho biológico banal, admitiéndose exclusivamente su uso, dentro del matrimonio, para fines de procreación. A diferencia de otras tradiciones antiguas, el catolicismo no reconoce ninguna valencia superior, aunque sólo sea potencial a la experiencia sexual en sí, no existiendo ninguna

base para transformarla dando mayor intensidad a la vida, completando y elevando la tensión interior de dos seres de sexo opuesto, cuando es precisamente, así como debería, eventualmente, concebirse una «sacralización» concreta de las uniones y la acción de una influencia superior ligada al rito. Las premisas cristianas de las que ya hemos hablado convierten todo ello en imposible y el ideal católico no es ya un ideal de «uniones sagradas», sino de «uniones castas»: ninguna «sacralidad» concreta se inserta en el hecho existencial.

Cavalcare la tigre (1961)

Puede también seguirse la antigua, y notoria máxima de considerar cada día como el último de la propia existencia individual: precisamente como una capacidad para no alterar la propia calma interior que no debería ni siquiera cambiar cualquier cosa en el propio pensar y en el propio actuar.

Cavalcare la tigre (1961)

La actividad científica tiene por ideal la claridad, la impersonalidad, la objetividad, el rigor, la exclusión de los sentimientos, de los impulsos y de las preferencias del individuo. El licenciado piensa excluirse a sí mismo, hacer hablar «a las cosas»; se interesa por las leyes «objetivas» que no tienen en cuenta lo que gusta o disgusta al individuo y que no tienen ninguna relación con la moral. Ahora bien, estos son rasgos también del realismo que debe estar presente entre los elementos válidos para el compromiso del hombre integrado.

Cavalcare la tigre (1961)

Cada día vemos como se confirman rigurosamente las previsiones extraídas de la interpretación general de la historia occidental. Si el punto de vista de tal interpretación histórica no asegurase una imposibilidad spinoziana, hoy podríamos experimentar sentimentalismos hostiles ante todo aquello aceptado por Occidente, que augura y prepara su propia ruina. Occidente actúa con una ceguera propia del ganado bovino y cuando examinamos la rigurosa concatenación inmanente de las acciones y de las reacciones, nos remite al dicho, de que Dios ciega a aquellos a los que quiere perder. En lo que se refiere a la Italia actual, el espectáculo general solamente puede suscitar pena y disgusto.

El Camino del Cinabrio (1963)

Las cosas hoy han llegado a tal punto que efectivamente se experimenta una sensación de extrañeidad y lejanía, incluso de náusea, por el mundo que tenemos en torno y que se asoma a la tentación no solamente de «romper la pluma», sino también de dejar actuar, con un absoluto distanciamiento, para que estos procesos tengan vía libre, deseando incluso que se aceleren para poder sonreír sarcásticamente, cuando el ciclo se cierre. El hecho es, sin embargo, que quien combate por la justa causa no lo hace por sí mismo, persiguiendo cualquier ventaja personal, sino porque le sería imposible actuar de otra manera. «He hecho aquello que debería hacerse», estas son las palabras de autojustificación indicadas por una antigua tradición, la cual, al mismo tiempo, subraya la impersonalidad de tal forma de actuación, en la que se debe tener en cuenta, no solamente el propio placer o la propia desgracia, ni siquiera el éxito o el fracaso (…) Para quien asume este compromiso, tal «tentación» es automáticamente rechazada. Si es necesario, combatirá en posiciones perdidas. En el límite, sólo será posible crear un «frente de las catacumbas», también con su Santa Vehme.

Il Conciliatore (octubre 1963)

El futuro no pertenecerá a los que se entregan a las ideas híbridas y desintegradas que prevalecen hoy, incluso en los mismos círculos que no se autodenominan de izquierda, sino a los que tienen el coraje del radicalismo, el de las negaciones absolutas» y de las «afirmaciones soberanas», por utilizar las palabras de Donoso Cortés.

Gli uomini e le rovine (IIª Ed.: 1967)

El puesto donde debería encontrarse el «soberano interior», tal vez para oponer la pura ley del interior a cualquier otra ley exterior, y a cualquier hipocresía o mentira (Stirner, Nietzsche, Ibsen), está vacío. Se vive al día, considerándolo todo, de manera estúpida. De ahí que, en algún momento raro de toma de conciencia, surja el disgusto y la apatía. Falta una autoridad, faltan verdaderos jefes, en el exterior, en el organismo del Estado, mientras que al individuo le falta una forma interior: lo uno está relacionado con lo otro, hasta el punto de que es posible pensar que se trata de dos aspectos diversos del mismo fenómeno propio de nuestros tiempos evolucionados y democráticos

L’Arco e la clava (1968)

En cuanto al anticonformismo, el primer requisito es una postura vital resueltamente antiburguesa. En su primer período, Ernst Jünger no temió escribir: «Mejor ser un delincuente que un burgués»; no pretendemos tomar esta fórmula al pie de la letra, pero la orientación general implícita es válida. En la vida, cotidiana se debe estar atento a las trampas constituidas por los episodios sentimentales, el matrimonio, la familia y todo lo que pertenece a las estructuras que subsisten de una sociedad que se reconoce como absurda. Esta es la piedra angular de la cuestión.

L’Arco e a clava (1968)

Si nos planteamos una reacción de fondo contra el «sistema», esto es, contra las estructuras de la sociedad y del mundo moderno en general, en mi opinión hay pocas perspectivas (…). No se trataría de «contestar» o polemizar, sino de hacer saltar todo por los aires; lo que, en el momento actual, es obviamente fantasía y utopía. Mucho más posible e importante puede ser abordar una acción formadora y de defensa interior individual, cuya fórmula sería: *«Actúa de forma que aquello sobre lo que no puedes nada, no pueda nada contra ti»*.

Entrevista a Gianfranco de Turris.
Il Conciliatore (15 de enero de 1970)

En lo que respecto, no a la doctrina, sino al plano práctico, las únicas tareas razonables (bastante elevadas) conciernen a la formación de uno mismo. De joven, es fácil entusiasmarse por algunas ideas (que a menudo son relegadas al olvido en cuanto aparecen las «necesidades de la vida»); es también fácil hacer las revoluciones con la palabra, dado que la posibilidad de que pudiera alterarse realmente la situación actual es mínima; menos fácil es asumir, antes de todo, una disciplina, una firme línea de conducta para la vida de cada día (…). El «tipo de hombre diferenciado» es aquel que, como personalidad, está en condiciones de asumir un compromiso activo, en absoluto pasivo, frente a todo lo que en él es inactualidad, pasión, impulso, afectividad, «naturaleza». Es aquel que, al menos en parte, tiene en sí mismo aquel principio que una antigua filosofía llamó el «soberano interior», el *egemónikon.*

Entrevista a Gianfranco de Turris.
L'Italiano (noviembre 1970)

Incluso el problema del divorcio puede ser adecuadamente encuadrado para aquel que contempla nuestro tiempo. Es inútil subrayar que, en la actualidad, la familia de tipo tradicional ha desaparecido casi completamente, al haber desaparecido algunos de los presupuestos espirituales a través de los cuales el divorcio podía aparecer inconcebible, si no puramente blasfemo. Los antidivorcistas a ultranza, por tanto, quieren mantener rígidamente la indisolubilidad, incluso cuando una familia está ya en la práctica disuelta, cuando está carcomida por desidias, o bien domina en ella la apatía, el soportarse entre las partes, la indiferencia, o actitudes muchos peores todavía, prevaleciendo las fuerzas centrífugas. Por lo tanto, sólo puede justificarse mediante consideraciones empíricas, no desde un punto de vista realista, existencial y, además, espiritual. Todo se reduce a una compulsión artificial. Instituyendo el divorcio, se ofrece una *posibilidad*. Evidentemente no serían los católicos tradicionalistas los que harían uso de él, por lo tanto, no deberían tener ningún interés en la polémica.

Il Conciliatore (15 de septiembre de 1971)

La conversión en positivo de la mayor libertad de las costumbres modernas y de la transformación moderna de la mujer se manifiesta en un tipo de relaciones que, sin ser superficiales ni «naturalistas», tienen un carácter evidente, fundamentadas, desde el lado social y ético, en la lealtad, la camaradería, la independencia y la valentía, quedando siempre la conciencia propia al tratarse de dos seres –hombre y la mujer– con caminos distintos que, en el mundo en disolución, pueden superar su aislamiento existencial fundamental sólo a través de lo que brota de la pura polaridad sexual.

Cavalcare la tigre (IIª ed.: 1971)